

ANTONIO PÉREZ HENARES

LA
MIRADA
DEL LOBO



se

*A los mendigos,
que en las hostiles aceras del bosque de cemento
siguen durmiendo al calor y cobijo de sus «lobos».*

Miradas

*E*L lobo sabía más del hombre que el hombre del lobo. El lobo y el hombre se conocían desde hacía ocho inviernos. El niño había visto al cachorro con la loba cuando él aún caminaba entre mujeres. El lobato había cortado la pista del muchacho cuando todavía no había cazado su primera pieza.

Ahora los dos dirigían sus manadas en la cacería.

El hombre y el lobo se habían visto cada invierno. El hombre había distinguido desde siempre entre los lobos a aquel lobezno de color más claro, casi blanquecino, que sus grises hermanos. El lobo reconocía, entre todos los olores humanos, el de aquel jovenzuelo espigado siempre con el venablo en la mano.

Pero el lobo había observado mucho más tiempo al hombre que el hombre al lobo. Sabía más el lobo del hombre que el hombre del lobo. Y era el lobo quien se acercaba al hombre y lo miraba.



Capítulo I

La manada del Tallar

El amanecer se había asomado mucho antes al umbral de la lobera, pero la loba aún estaba por volver. El lobezno tenía hambre y fue el primero en sentirla a la entrada del cubil. Rebulló entre sus hermanos de camada y avanzó a tropezones, buscando la salida. Hacía menos de media luna que había abierto los ojos y poco más de una entera que había nacido. Era el menos renegrado y el más pequeño de los seis. Quedó relegado a la peor tetilla, y mientras que los otros se saciaban de leche, él tuvo la justa para ir tirando. Sus hermanos crecieron más y ahora era también él, una vez destetados, quien casi siempre menos alcanzaba a comer de lo que sus progenitores traían en sus estómagos para regurgitarlo en la puerta de la madriguera.

La loba no los había dejado durante el tiempo en que les dio de mamar. Únicamente algunas pequeñas salidas hasta la fuente y el regato de agua, justo bajo el cubil, y alguna mínima excursión siempre con la boca de la lobera a la vista. El lobo macho se encargaba cada día de traerle a la loba su

sustento y a veces no lo hacía solo, sino acompañado de algunos miembros de la manada, lobos jóvenes del año anterior en su mayoría. Pero, excepto el macho, ninguno osaba siquiera intentar entrar donde estaban los cachorros. Ahora que estos, ya con los oídos y los ojos abiertos y con las orejillas —amusgadas al nacer— empezando a envelar, habían comenzado a comer, las visitas eran más frecuentes y la madre los dejaba solos y partía a cazar en compañía del macho. Lo hizo por vez primera hacía un par de noches y la pasada había vuelto a salir. Hoy, mucho después de amanecer, que era cuando aparecía en la entrada del cubil, aún no había vuelto. El pequeño cachorro, que apenas había alcanzado bocado la vez anterior, sentía las punzadas del hambre en el estómago, se había incorporado del montón de pelo que hacía con sus hermanos y, tambaleándose sobre sus todavía débiles patas, se había dirigido a la puerta de la madriguera presto a ser, esta vez, el primero en alcanzar la comida. Había llegado a boca misma de la lobera cuando percibió a su madre fuera.

Pero la loba no venía a darle de comer. Entró rápida y al tropezárselo, casi en la entrada, lo cogió apresuradamente pero con extremo cuidado de la piel del pescuezo, lo levantó en vilo y salió a la luz con el cachorro colgando de sus fauces. El animalillo, suspendido en el aire, se inmovilizó. La luz cegadora le hizo cerrar sus débiles ojillos. La claridad repentina le produjo una conmoción en todo su sistema nervioso, pero no hizo movimiento alguno. Sabía que debía estarse todo lo quieto que pudiera. Oía el resuello contenido de su madre y su inquisitivo olfatear de un olor que él mismo, a pesar de su corta edad, también alcanzó a distinguir. Eran en realidad dos los olores que llegaban por primera vez a su olfato junto a la cegadora luz del sol alto de la primavera. Eran dos olores que aparecían unidos y así iban a estar para siempre en su recuerdo y en su futuro. El de una criatura y su sudor y el de algo acre y dañino que penetraba en los pulmones y que iba a acompañar siempre al primero. El hombre y el humo. La loba sí sabía lo que ambos significaban y por qué a ambos temía. Hacia su lobera subía el hombre con el fuego en la mano. Y ella debía escapar cuanto antes y poner a salvo a sus cachorros.

La vieja loba parda, la hembra dominante de su manada, había sentido a los humanos poco después de clarear el día, tras la cacería nocturna y cuando

acudía a alimentar a sus crías. Volvía con el macho, el líder de la lobada, su compañero, mientras que el resto de la pequeña manada se había desperdigado en busca de sus encames. La pareja de lobos vio a la fila de hombres que venía desde Tari.

Los lobos estaban regresando por la «cuerda» del Tallar tras haber cazado en los bosquetes de chaparros y encinas de los «llanos en alto», donde en esta época abundaban las presas fáciles: recentales de corzos, gamos, muflones y ciervos. La elevada planicie, poblada de vegetación arbórea de no excesivo porte y abundante matorral, se desplomaba a sus costados en dos laderas que iban descendiendo hacia profundos valles sombreados por grandes robledales, que configuraban un bosque tupido, aunque mucho más transitable por abajo y por donde las diferentes pistas de los ungulados daban cuenta de la abundancia de su fauna.

Por uno de los costados, el encarado más hacia el sur, la caída era abrupta y pronunciada, la montaña descendía casi verticalmente a un estrecho y hundido valle que, sin apenas respiro, iniciaba de inmediato otra pronunciada cuesta hasta remontar a otro «llano en alto», que configuraba todo aquel paisaje, de igual altitud y al que la vista alcanzaba con facilidad, pero al que suponía un indudable esfuerzo acceder.

Por el norte, sin embargo, la caída era mucho más tendida y suave. La costera, en la que se abrían multitud de manantiales y fuentes que daban origen a regatos de regular porte, descendía entreverada de oteros, montecillos y pequeñas cárcavas, hasta abrirse blandamente hacia un gran valle, este mucho más ancho y amplio, al fondo del cual se presentía, por la serpiente de altos y estilizados árboles, un río. Más allá se extendía una inmensa llanura, una alomada estepa cuyo horizonte se cerraba en una gran cadena de montañas que unas veces azuleaba en la lejanía y otras, como en esta ocasión, resplandecía blanca de nieve.

El valle hundido y el río junto a las tierras adyacentes de la estepa marcaban los límites del territorio de caza de la manada que se completaban con las puertas de entrada y de salida al valle grande, entre sendos picos redondeados, a modo de muelas desgastadas, del cauce fluvial, hacia el que, bajando de los montes, corrían multitud de arroyos y regueras, haciendo del lugar un enclave privilegiado para todo tipo de herbívoros. Aquel era el

territorio de la manada de lobos del Tallar. Pero también era el territorio de caza de los hombres de Tari.

La loba los vio avanzar hacia ella por el robledal de Narejos. Los hombres venían en fila, tal y como acostumbran los humanos a caminar cuando se dirigen rápidamente hacia algún lugar determinado. Su rumbo marcaba inequívocamente hacia la fuente del Jabalí, y allí era precisamente donde, entre unas grandes piedras de entraña calcárea y porosa, tenía el cubil la loba y donde había parido a sus cachorros.

Ahora los veía subir, como tantas veces, desde aquel afloramiento pétreo, en lo alto del cual humeaba el poblado de Tari, la Roca, por un terreno más despejado por la acción de los propios hombres y su fuego, al borde mismo de los robles y bordeado por dos regueras, la del Chorrillo y la de la Juncada. Desde la cuerda del Tallar los lobos habían vigilado de generación en generación a las generaciones de hombres de Tari. Ambas manadas, la del hombre y la del lobo, llevaban compartiendo desde tiempos inmemoriales aquel espléndido cazadero, lleno de generosas fuentes, cálidas solanas, húmedas umbrías, frescos pastizales y recogidas barrancas por donde la vida se deslizaba, reptaba, gazapeaba o corría en abundancia.

Los dos lobos, macho y hembra, ahora juntos, atalayaban desde el viso del monte intuyendo y temiendo el destino de aquella partida, pero prudentes aguardaban hasta estar seguros del objetivo final de su ruta. Se solaparon entre los grandes robles que faldeaban el Tallar y desde arriba, ocultos, fueron controlando la subida de los hombres. Los vieron llenar sus recipientes para el agua, hechos con vejigas de jabalí, en la fuente del Chorrillo, justo antes de adentrarse en lo espeso del bosque donde los lobos los perdieron de vista, pero no tardaron en reaparecer por el portillo de Rabotacapas manteniendo siempre la misma ruta: rectos hacia el pico del Tallar para, desde allí, siguiendo la misma cuerda que ellos utilizaban, ascender hasta el viso del monte y tener desde aquel emplazamiento dominados los cubiles de la fuente del Jabalí.

Al comprenderlo, los lobos emprendieron un trote ligero hacia el pico. Allí volvieron a agazaparse entre un bosque de sabinas que crecía muy cerca del alto e inmóviles esperaron lo que presentían como mortal amenaza para sus cachorros. Ahora no veían a los hombres de nuevo, a cubierto bajo el

dosel arbóreo del bosque. Pero los oyeron antes de divisarlos otra vez cuando la partida de cazadores brotó al pequeño claro de la Parra y el Roble, donde una vid silvestre abrazaba el tronco de un gigantesco árbol y subía entrelazada por sus ramas. El árbol señoreaba un talud poco pronunciado, y justo bajo él manaba el agua y se había abierto un pequeño prado que era muy frecuentado por numerosos herbívoros. Allí, los lobos vieron que los hombres se detenían y en su voz sonora y cantarina hablaban entre ellos. Oyeron los extraños y largos sonidos con que se expresaban y los gestos de las extremidades de arriba con las que aquellos raros seres verticales lanzaban varas que herían y mataban y piedras que golpeaban a distancia con dureza.

Una de las manos de un hombre indicó una dirección y luego señaló otra. La fila se partió en dos. Unos siguieron el camino que llevaban, hacia lo alto del pico. Y los otros giraron hacia naciente, faldeando, hacia el sopié de la fuente del Jabalí. Tendrían así prácticamente rodeada y sin dejar escapes posibles la madriguera del lobo. En el grupo que faldeaba, el lobo detectó a un niño, un cachorro de humano, que los hombres llevaban con ellos, protegido por los demás y caminando en el centro del grupo. Y los lobos olieron algo más. Los hombres llevaban el fuego con ellos. Cada uno tenía en la mano una tea resinosa donde lo harían nacer. Los hombres no sólo querían matar a los cachorros. Querían exterminar con el fuego a la manada entera.

La loba no esperó más. Ahora sí que salió a toda prisa de detrás de la sabina, retranqueándose para evitar ser vista, pero ya con la angustia y la necesidad de llegar al cubil antes que sus enemigos. Los hombres no vieron a la loba. Pero al macho sí.

Este se descolgó hacia los enemigos que subían y se plantó ante ellos. El hombre que iba delante gritó sobresaltado al verlo emerger amenazante, con los caninos al descubierto, el pelo erizado y gruñendo sordamente. Los retaba. Los hombres se lanzaron contra él levantando sus venablos y el lobo hizo ademán de huir, retrocediendo, solapado, casi andando, apenas esbozando un trote, hacia poniente, en dirección contraria a los cubiles. Alguno quiso iniciar la persecución, pero un grito de otro lo detuvo. Todos se pararon. Los hombres no caían en su trampa. Volvieron a reunirse y de nuevo emprendieron la subida, rectos hacia el viso del monte. El macho había

fracasado en su intento de distraerlos y ganar tiempo para su hembra.

Pero lo intentó de nuevo con la fila que entraba por abajo. Volvió raudo sobre sus pasos, persiguió a esta segunda hilera, la sobrepasó subrepticamente sin ser detectado por los humanos y llegó a una zona de espesos matorrales, zarzas y espinos unos doscientos pasos más abajo de donde se abría la boca del cubil. Su propio paso y el de la hembra habían abierto una pequeña senda hacia él. Y allí, oculto ligeramente por unas grandes aliagas, se agazapó esperando a los hombres, que no tardarían en llegar.

La hembra había alcanzado la madriguera. Veía la hilera de cazadores al pie del monte y olfateaba a los que iban tras sus pasos. Salió con el cachorro en la boca y no dudó un instante. Se escurrió, tapándose entre los matorrales, ladera adelante. Sólo cuando la distancia ya era considerable, se decidió a remontar por un portillo hacia los llanos en alto. Al hacerlo, lo sabía, era cuando su silueta se recortaría contra el cielo y la descubrirían. Y así fue cómo el cachorro humano vio al cachorro de lobo colgando de las fauces de su madre.

El niño gritó señalando al animal que huía. Los hombres también la habían visto y se lanzaron a la carrera.

—¡Se los lleva, se los lleva! —gritaron.

Pero entonces, ante ellos, emergió de repente, salido de la nada, amenazador, y esta vez no iba a amagar sólo. Sin un aviso ni un gruñido, el gran macho saltó desde su escondrijo. Pareció lanzarse de frente, pero justo cuando el hombre que llevaba la delantera levantó su azagaya para defenderse, el lobo se giró bruscamente y se escabulló entre la vegetación, desde donde regruñó cercana y amenazadoramente. Los hombres fueron hacia él, pero el macho aguantó su posición, aunque vio que querían rodearlo. El lobo sabía que aquellos palos en sus manos traían la herida desde lejos. Había visto morir a presas con ellos clavados y había comido de alguna que había escapado de los hombres y la manada había encontrado muerta o muy debilitada y ellos habían rematado y aprovechado. Pero también había visto perecer revolcándose con la muerte en las entrañas a algún compañero en un encontronazo con la manada humana al pretender disputarles animales muertos en la nieve cuando las presas escaseaban en invierno. Todo aquello

había marcado su memoria y sabía que debía mantenerse a distancia del animal erguido, aunque en ocasiones también el lobo había comido su carne cuando la manada había encontrado a uno solo, en medio de la ventisca, aislado y enfermo. Aquellas varas puntiagudas y el fuego hacían que el lobo hubiera que ceder casi siempre, y esa impronta estaba marcada en la memoria del gran macho, que, además, ahora estaba solo frente a muchos.

Pero el lobo defendía su cubil, su hembra y su camada. Había visto a la loba poner a salvo al primero de los lobeznos y sabía que tenía que conseguirle tiempo para que pudiera volver a por los otros. Silenció su gruñido y se escabulló entre dos de los hombres que intentaban darle caza, ganándoles la espalda. Fijó su atención en el cachorro humano. Este había quedado a la retaguardia de la partida, y como los hombres avanzaban, se descolgó un poco, permaneciendo separado de ellos. El lobo atacó.

Saltó sobre su espalda buscando clavar sus colmillos en el cuello, cerca de la nuca, pero no consiguió llegar a su carne, porque lo protegió la zamarra de piel con capucha que llevaba. Cayó el muchacho con el animal encima. Este hizo presa en uno de sus brazos y allí sí logró hacer brotar la sangre. Pero el chillido del cachorro humano hizo girar veloces a los hombres. Llegaron gritando y blandiendo sus armas. Pero no las lanzaron porque el lobo se escudaba en el cuerpo del niño caído. Regruñó cavernosamente, enseñando los dientes en un gesto rabioso, soltó su presa y huyó. Volaron tras él las azagayas, cuando ya pudieron hacerlo sin temor a herir al crío, buscándolo entre la maraña de matorrales. Solo una le alcanzó, apenas un rasponazo, en la espaldilla, que le rasgó la piel y le trajo el dolor. Se clavo levemente, casi no fue más allá del pellejo, sin llegar al hueso, y al golpearse con las matas, se desprendió. El lobo huyó entonces. Hacia el río. Necesitaba revolcarse en el barro y taponarse aquella herida. Los hombres lo buscaron un rato y uno de ellos encontró la azagaya con la punta manchada de sangre.

—El lobo está herido.

—Pero el venablo no se ha clavado.

—Buscadlo, puede estar agazapado.

Lo hicieron revisando cada matorral, mientras dos de ellos atendían al muchacho. El lobo, en esta ocasión, sí había conseguido su objetivo de retrasar su llegada. Y la loba ya volvía. Había dejado al lobezno en un

somero refugio, un abrigo mínimo en la base de una roca a no mucha distancia del viso, y regresaba veloz para intentar repetir su rescate en el cubil. Pero al otear desde la cuerda supo que no iba a poder llegar hasta la boca. Los que faldeaban aún estaban muy abajo, pero los que habían seguido por la senda del alto ya le cortaban el camino y algunos estaban tomando posiciones sobre las piedras bajo las cuales se abría la lobera. Los cachorros se encontraban a su merced y la loba ya no podía hacer nada por salvarlos.

Los de arriba gritaban y gesticulaban a los de abajo para que se apresuraran. Estos les contestaron con grandes voces señalándoles al muchacho herido, al que estaban llevando en brazos hacia la fuente para lavarle las dentelladas. Se las limpiaron y comprobaron que el desgarrón en el antebrazo era muy profundo, dejando al descubierto el hueso, aunque este no parecía estar roto o astillado. Tenía además la cara ensangrentada por los muchos arañazos que había sufrido en la caída y cuando estuvo a merced del lobo. El muchacho se mantenía sereno y no lloraba, aunque el dolor y el escozor cuando le lavaron hicieron que se le saltaran las lágrimas. Pero no profirió ni un gemido mientras lo curaron, espolvoreándole ocre y una pasta hecha con musgo que uno de ellos llevaba en un taleguillo, y le vendaron con unas tiras de cuero muy fino. Los hombres, al ver la entereza y el valor del niño, le sonrieron y consolaron.

Pero ya no iba a poder realizar la misión para la cual lo habían traído con ellos: deslizarse al interior de la madriguera y capturar a los lobeznos.

La loba, mientras, seguía agazapada, oculta en lo alto, espiando ansiosa los movimientos de unos y otros. No veía al macho, aunque presentía que era el culpable de la conmoción en el sopié, junto a la fuente. Tenía impresa la imagen de los otros cinco cachorros en la madriguera, donde se habrían refugiado en lo más profundo al sentir a los humanos. Una fuerza la impelía a correr hacia ellos, pero otro instinto, el de supervivencia, la mantenía inmóvil, con los ojos clavados en sus enemigos, y hacía temblar todo su cuerpo.

Los hombres habían tomado definitivamente las alturas sobre la lobera y la tenían rodeada. Uno de ellos, el más menudo, probó a introducirse en ella y hasta se había arrastrado un poco hacia su interior, pero era demasiado estrecha para su corpulencia y, aunque había estirado todo lo que pudo el

brazo, no había logrado llegar hasta donde se encontraban los lobeznos. Se topó asimismo con un recodo de piedra que le impidió alcanzarlos metiendo un palo con horquilla, que fue la maniobra que intentó a continuación y que tampoco consiguió su objetivo.

Frustrados, discutían y gritaban a los de abajo. Finalmente tomaron una decisión. No sabían dónde estaba el lobo macho herido y lo suponían emboscado en la ladera. También podía haber vuelto la loba y andar oculta por los alrededores o incluso hallarse en la zona algún otro lobo más de la manada.

Los que estaban en la lobera parecieron retirarse. La loba se puso tensa, presta a hacer una nueva intentona. Pero pronto comprobó que lo único que hacían era remontar hacia la cuerda y ocupar los pasos y los portillos donde, a intervalos, se apostaron. Mientras, los del sopié, tras dejar al niño al cuidado de un cazador junto a la fuente, se desplegaron hasta formar una gran línea en forma de media luna. Entonces uno hizo brotar el fuego, sacándolo de unas ascuas de un recipiente de corteza de abedul donde lo portaba. Lo avivó y lo alimentó hasta que de la pequeña hoguera prendió su tea, pasándolo a quienes tenía a sus lados, que a su vez hicieron lo propio con los siguientes. Ya cada uno con el fuego ardiendo en sus manos avanzaron sobre la costera extendiéndolo. Batían hacia arriba incendiando el matorral hasta lograr que los diferentes focos se fueran uniendo los unos con los otros y conseguir al fin una barrera uniforme de llamas, que, a favor del viento, comenzó a trepar rápidamente ladera arriba, creando un infranqueable muro de fuego que arrasaba todo cuanto a su paso encontraba. Los cazadores esperaban que si la manada o parte de ella estaba refugiada en los cubiles o en sus cercanías el fuego los obligaría a salir y huir hacia las lanzas de quienes los aguardaban en el viso.

La fila de hombres de abajo, parapetada tras el fuego, gritaba y se afanaba en que el frente de llamas no se quebrara. Los de arriba esperaban acechantes. Desde la distancia la loba vigilaba contemplando cómo el fuego se apoderaba por entero de la ladera y se acercaba a la boca del cubil donde sus cinco lobeznos se ocultaban. El lobo viejo vio cómo las llamas se apoderaban de lo que había sido su más íntimo y protegido territorio, el que tantas veces había marcado y cuyas fronteras los humanos habían traspasado y violado. En el

pequeño cobijo donde su madre lo había dejado, el cachorro más pequeño temblaba de frío y miedo.

El fuego llegó a la boca del cubil, ardió a su alrededor, crepitó y lamió su entrada, pero faltó de alimento lo buscó cuesta arriba y prosiguió su avance. Ahora consumía insaciable la costera entera, alentado sobre todo por las formaciones de aliagas que eran su mejor pasto. Pero, a pesar de su furia devoradora hacia lo alto, no huía animal alguno. Tan sólo algunos conejos se escurrían delante de las llamas. De los lobos no había señal alguna. Las llamas llegaron al escalón con la cumbre y lo superaron. Los hombres hubieron de retirarse hacia los costados para no ser ellos mismos atrapados por el incendio. El fuego alcanzó la cuerda y corrió por el llano. Los hombres lo desbordaron por los lados y bajaron al encuentro de los batidores. Se juntaron en la fuente del Jabalí. Bajaban furiosos y se enfadaron aún más al ver al muchacho herido. Se sentían burlados y hasta vencidos por el lobo, y aunque no parecía que el niño fuera a sufrir mayores secuelas de aquella dentellada —la curandera de Tari a buen seguro se la sanaría con sus emplastos y pócimas—, ellos necesitaban descargar su rabia.

Esperaron en la fuente a que el fuego dejara de arder en el terreno que había arrasado, empaparon de agua sus mocasines y las perneras de sus pantalones de suave cuero para poder andar entre los rescoldos del espacio calcinado y humeante, y volvieron a subir, ahora todos juntos, hasta la boca de la paridera de la loba. Esta los vio avanzar de nuevo y contrajo en un gesto su hocico descubriendo los caninos. Le subía el gruñido desde lo más hondo de sus entrañas y se le erizó por entero el pelaje del lomo. Pero no pudo hacer más que castañetear los dientes, impotente, y seguir esperando a que los hombres se fueran.

Pero no se marcharon. Uno, de nuevo el más delgado y enteco, volvió a tratar de penetrar en la madriguera. Se tumbó en el suelo, metió la cabeza y medio cuerpo en el cubil e intentó abrirse camino hacia su interior, utilizando la punta de su venablo para rascar la tierra e intentar ensanchar la entrada. Pero fue inútil. Topaba con aquella nariz de roca y no le quedó otro remedio que retroceder exasperado con la cara sucia y la ropa tiznada. Los lobeznos se habían retirado tras el recodo, donde el caño estrecho y profundo se agrandaba, donde habían sido paridos y donde en aquel momento,

aterrorizados, se apretaban los unos contra los otros, sin emitir un solo sonido que pudiera delatarles.

Pero los hombres sabían que estaban allí. Volvieron a meter palos ahorquillados y varas flexibles que llegaron a rozarles, pero el recodo de piedra imposibilitaba que pudieran agarrarlos y arrastrarlos hacia fuera. El cazador desistió al fin y se incorporó con un gesto de rabia.

Discutieron qué hacer. Alguno propuso excavar la madriguera desde arriba, pero comprendieron que era imposible por las losas de piedra de su techo. En medio de los tizones aún humeantes, los hombres, furiosos, gesticulaban y gritaban. La loba, ansiosa e inmóvil, aguardaba.

Por fin tomaron una decisión. Cada uno marchó en una dirección. Buscaban combustible y tuvieron que ir a por él donde no lo había consumido el fuego. Trajeron aliagas, romeros secos, tomillos, retamas, arbustos, brozas y toda la paja medio seca que pudieron hallar. Dejaron las brazadas en la boca del cubil y las fueron empujando con sus lanzas y ramas hacia el interior de la madriguera, hasta dejarla bien atacada de combustible. Luego le prendieron fuego, y cuando este se internó hacia las entrañas de la paridera, lo empujaron con los astiles de sus lanzas y lo siguieron alimentando hasta que ni ellos mismos pudieron aguantar la humareda. Se retiraron unos pasos para contemplar su obra y uno corrió presuroso encima de las rocas, donde por un respiradero se escapaba el humo, para de inmediato taponarlo con tierra. Lo hizo con saña, golpeando con el pie la tierra para no dejar ni una mínima rendija de aquel aliviadero. Los lobos tenían que morir aunque ellos no lograran capturarlos. Aunque quizás alguno aún intentara escapar y saliera.

Pero no lo hizo ninguno. Tardó la leña en consumirse y el humo en dejar de revocar y salir por la boca de la madriguera. Ellos aguardaron ceñudos y vigilantes. Pero ningún lobezno asomó ni oyeron dentro gañido alguno que confirmara un dolor y una presencia. Tan sólo el crepitar de las ascuas que poco a poco se consumían. Y fue mucho tiempo después cuando al fin se fueron, recogieron al muchacho herido de la fuente y se dispusieron a reanudar el camino a Tari.

—Los que hubiera dentro han muerto. Seguro. El fuego ha acabado con ellos —quiso regocijarse uno.

—O la loba se los había llevado a todos antes de que nosotros llegáramos y ese que le vimos sacar era el último que le quedaba —se amargó otro.

—No le ha dado tiempo. Están muertos todos allí dentro —replicó fosco el primero.

La loba los vio bajar hasta el sopié y perderse de vista faldeando. Pero aún siguió mucho rato inmóvil con la mirada fija en la entrada de su cubil, con la imagen de sus cachorros en el fondo, esperándola. Al fin, recelosa, intentó descender a su vez, pero la tierra todavía estaba muy caliente y en muchos lugares el resplandor rojizo de las ascuas vivas se mantenía. Dudó en seguir y entonces a la imagen de los cachorros en el fondo del cubil le sucedió otra más urgente, la que los hombres no habían dejado aflorar mientras permanecieron en su destruido dominio: la del cachorro más pequeño que había dejado al resguardo de la roca. La loba respondió a ella y, como agitada por una urgente llamada, emprendió rápida carrera hasta donde había depositado al lobezno.

El cachorro no se había movido. Temblaba como un azogado y gimió al ver aparecer por fin a su madre. La loba lo lamió, consolándole, y luego lo volvió a coger entre sus fauces y se puso en marcha con decisión y rapidez. Sabía muy bien su destino. Buscaba el lado contrario, la gran cárcava en la empinadísima costera del otro lado del gran llano en el alto y hacia allí dirigió su paso en un sostenido trote. Estaba lejos y le costó llegar, haciendo alguna parada para depositar al cachorro en el suelo. Pero al fin alcanzó aquella vieja tejonera que en alguna ocasión había utilizado de refugio, aunque nunca hubiera criado en ella. Se aseguró primero de que no hubiera intrusos en su interior y penetró después con su lobezno. Al fondo escarbó un poco con sus patas delanteras acondicionando mínimamente el recinto. Luego se tumbó. Los lobeznos ya comían, pero todavía no habían dejado del todo de mamarle, por lo que no tenía las tetillas secas. El lobezno no tardó, hambriento como estaba, en ir una a una extrayendo toda la leche que a su madre le quedaba. Luego, saciado, se acurrucó pegado a la loba y se quedó dormido.

La hembra salió de nuevo. Había comenzado a caer la tarde. Cuando las sombras se alargaban, estuvo de nuevo en el viso del Tallar, encima de su madriguera. Y allí se echó de nuevo, en el mismo lugar desde donde había visto impotente hacer a los hombres, hasta que el crepúsculo llegó y el sol se

puso tras las grandes montañas que tapaban los horizontes. Fue en aquel momento cuando, viniendo desde el río, por la cuesta de las Matillas, vio regresar al macho. Se aproximaba furtivamente, solapándose en la vegetación y aprovechándose de los reguerones. La loba lo llamó con un aullido corto al que él respondió al instante, y ya, al descubierto, vino hacia ella.

La loba le lamió la herida del costado, que ya no sangraba. Llegaron las sombras y el silencio vespertino. Desapareció el día y la oscuridad fue la dueña de los montes.

Entonces los dos lobos bajaron al cubil. Avanzando con cautela llegaron a la boca de la lobera. Ya no salía humo por ella, y tras varias huidizas intentonas, la hembra se atrevió a meter la cabeza un instante. Tan solo para sacarla a escape y dar un salto hacia atrás. Lo que le llegó del interior no le trajo olor alguno de vida. No olía allí dentro a sus cachorros: olía sólo a fuego, a hombre, a humo y a carne muerta y abrasada.

Los dos lobos se fueron al fin. Silenciosos, hurtándose entre los chaparrales. La noche comenzaba a sonar y había salido la luna. Pero los lobos no la aullaron.

El silencio

*C*uando el sol oculta por fin su sangrienta agonía, cuando la luz del crepúsculo se evapora y el cielo oscurecido preludia el brillo aún inexistente de la primera estrella, cuando el día ya muere, y ha muerto, pero la noche todavía no ha nacido, es el silencio.

Se han ido callando las criaturas diurnas. Ha callado el críalo, han dejado de piar junto a la charca los pequeños pájaros, ya no viene a beber el arrendajo y hasta los mirlos han dejado de revolar vocingleros y escandalosos por los pies de los matones de encinas. Ha callado todo y la noche no quiere hacer oír sus voces de momento. Es el silencio. Es la inmovilidad, es el suave paso entre la luz que ya no descubre ni penetra las formas y los cuerpos de la tierra y la oscuridad que aún no acaba de compactar las sombras y permite atisbar los contornos.

En el río el agua se aquieta, se serena. Ni siquiera se deja mecer por el viento. Hasta los peces suben a boquear en lo manso y más tendido de la corriente sin hacer ruido alguno. Tan sólo una onda que se mueve y se diluye en su propio movimiento. Es el sereno que espera. Porque todo parece haberse quedado —tierra, aire, agua y cielo— esperando.

Luego se oirá la llamada del autillo, pero ahora, por un instante que se alarga y pareciera que no iba a romperse nunca, es el silencio y nada se mueve. Nada.

Luego rebullirá un conejo, y el tamareo del jabalí y el regaño de dos turones en celo. Tardará aún más en elevarse del suelo la sinfonía de los grillos y habrá que esperar a que el gran búho se decida a hacerse oír en el umbrío gran pino donde ha dormido a salvo de cornejas molestas, de cuervos agresivos y hasta de osadas urracas que no tienen reverencia para el señor

alado de la tiniebla.

Luego habrá luces en la oscuridad. Luces en el cielo y ojos brillantes en la tierra. Habrá sonidos, roces, caminar de pezuña hendida y el quedo acecho de las garras acolchadas del felino. La noche sonará y cantará. Podrá, si hay luna, recuperar incluso formas y siluetas. Pero ahora es el silencio. Ahora se ha muerto el día y no ha empezado aún a vivir la noche.



Capítulo II

El fuego de Tari

El niño de Tari miraba al fuego. Junto a él había nacido y a su lado se había criado. En torno a él transcurría su vida y eran su llama y su ascua quienes iluminaban sus primeros recuerdos.

El fuego estaba en la gran gruta que se abría bajo la mole pétreo de Tari y en lo alto de la planicie sobre ella, donde se asentaban las cabañas semisubterráneas de troncos, ramas, pieles y tierra del poblado. El fuego era lo máspreciado para su manada, aquello que ninguna otra poseía. El niño de Tari no había visto a otros humanos que no fueran los de su manada de la Roca. Sabía, porque se lo habían contado y prevenido contra ellas, que había otras manadas de hombres, pero hasta el momento no había visto a ninguna. El niño de Tari no conocía más que las de los animales que compartían con ellos la tierra. La de los ciervos y la de los gamos, el rebaño del muflón, la piara del jabalí, el bando de la perdiz y la paloma y las bandadas de los pájaros pequeños. Pero sobre todo la manada de los lobos. La otra manada que cazaba en la tierra de Tari y desafiaba a la manada de los hombres

disputándoles sus presas y su carne. El leopardo los retaba, al igual que el oso, y un terrible animal, el león, del que algunos hablaban todavía en los fuegos, pero estos caminaban solos y no tenían jefes como ellos y los lobos. Los lobos cazaban juntos y combatían unidos. Eran poderosos y temibles. Pero la manada de los hombres poseía el fuego. El fuego era únicamente aliado de la manada de los hombres y todas las otras le temían. Sólo la manada de los hombres podía vivir junto al fuego. Las otras le huían. Porque la manada de los hombres de Tari era la dueña del fuego y sólo a ellos obedecía. Ellos lo hacían nacer, lo alimentaban, lo hacían crecer e incluso lo mataban. El fuego no siempre se dejaba dominar, y cuando escapaba, ni siquiera el hombre podía controlarlo. Se desataba y crecía hasta convertirse en un ser monstruoso que lo devoraba todo, incluido un hombre si cometía el error de intentar enfrentarse a él. Cuando el fuego escapaba al hombre, este no podía matarlo y había de huir de él, de su furia y de su hambre.

Pero la manada de Tari sabía sujetarlo muy bien, lo manejaba casi siempre a su antojo y el fuego obedecía. Había, eso sí, que tenerlo siempre vigilado, prisionero entre piedras o muy pequeño y encerrado su corazón, un ascua, en un recipiente de corteza de abedul, envuelto entre hojas. Había que estar siempre pendiente, para que no se desatara y huyera o, al contrario, cuidarlo con mimo para que no muriera sin alimento. El viento era amigo del fuego, y su mejor cómplice cuando quería escapar. Sus alimentos favoritos eran la madera seca, las pajas y los matorrales. Todo lo que recababa era muy bien recibido por él y se lo comía con ansia. Con lo verde y lo húmedo se enfurecía haciéndolos sisear y burbujear hasta que al final lograba morderlos con la llama haciendo brotar el humo. Porque lo verde y lo húmedo, enfadados, se revolvían en la hoguera expandiendo el pegajoso y picante humo que hacía toser y venir lágrimas a los ojos. El agua y la arena eran los peores enemigos del fuego y lo mataban.

La manada humana era la hacedora del fuego, y el fuego, su sirviente. Con él ahuyentaba y atemorizaba a sus enemigos, con él protegía el poblado, con él calentaba las cabañas y vencía el frío, con él derretía la nieve, con él asaba la carne de sus presas y con las piedras que él ponía al rojo hacía hervir el agua y se podían allí ablandar y cocer raíces, hierbas y tubérculos, o también caracoles, mejillones y cangrejos. Su calor secaba las ropas

empapadas, ahumaba los pescados y las tiras de carne para que no se pudrieran y servía incluso para que el pedernal se trabajara mejor y las puntas de las lanzas de madera se afilaran y endurecieran. El fuego era el insuperable batidor, que conducía espantadas las presas hacia las lanzas de los hombres, quien hacía despeñarse a un rebaño o salir aterrorizados a los animales de sus madrigueras. Contra el más grande y el más pequeño, contra el uro o la nube de mosquitos, el arma y el escudo del hombre era el fuego.

El fuego no sólo estaba en poder de los hombres. Había fuegos libres. El fuego podía descender del cielo y descolgarse de la nube. Era el fuego del rayo del que el hombre no era dueño. Pero al otro, al que mantenía prisionero, el que sí poseían los hombres que habitaban la Roca de Tari, siempre lo mantenían vivo. Se custodiaba en la gran gruta, pero había hijos suyos en todas las cabañas y todos los cazadores lo llevaban con ellos. Pero si el fuego moría, si el fuego se apagaba, la manada de los hombres de Tari tenía el secreto para hacerlo nacer. Porque el fuego se escondía en la entraña de algunas piedras y en el corazón de la madera.

El niño de Tari miraba al fuego. Y ahora estaba viéndolo nacer.

El hombre estaba sentado en cuclillas con una fina y recta varilla de viburno cogida entre las manos. La hacía girar con rapidez y constancia deslizándola entre sus palmas. Cuando llegaba a la base repetía con urgencia el movimiento, sin pausa. La varilla se engarzaba en un trozo de madera de sabina, grueso y plano, con un pequeño agujero redondo y algo mayor que el grosor de la varilla que giraba, que el hombre sujetaba firmemente con los pies para que no se moviera lo más mínimo con su trabajo.

La varilla giraba y giraba y volvía a girar con los ojos del niño fijos en el agujerillo donde se encastraba y donde rozaba con la otra madera dura, tallada en el tocón de aquella vieja y dura sabina. De allí esperaba ver surgir la maravilla. Lo había visto hacer en ocasiones y no se cansaba nunca de observar al hombre cuando, aunque hubiera fuego en la gruta y en los recipientes de corteza de abedul, hacía fuego nuevo. Porque cuando se celebraba alguna cosa especial se hacía fuego nuevo y se hacía con la varilla, no con el pedernal y la piedra negra, que era el recurso rápido si había que hacerlo con urgencia y en situación de emergencia en alguna expedición. Ese fuego era de hombres solitarios, y en el poblado el fuego nuevo se hacía

nacer como lo hicieron los antepasados.

El hombre había colocado en el cubículo unas delgadas hilachas de hierba seca y de estopa. A su lado tenía depositadas menudas ramitas secas y más hierba seca, y un poco más allá un montón de aliagas y romeros, igualmente secos. El niño seguía con sus ojos fijos en el lugar donde se producía el frotamiento. Sabía que allí brotaría en algún momento la primera señal. La esperaba incluso con más ansia que el hombre que se afanaba hasta el sudor en no perder la intensidad y la rapidez de sus movimientos. El niño de Tari desesperaba. Le parecía que nunca iba a conjurarse el ensalmo, que esta vez el prodigio no llegaría a producirse. Pero sí. En un instante, en uno de los roces de la varilla, una hilacha de humo, como un soplo de polvo, se hizo presente en el aire. Se diluyó con rapidez, pero al poco hubo otra, y luego otra, y cada vez más intensas y espesas, y por fin la hilachita se mantuvo continua. El hombre redobló su esfuerzo y la velocidad en su girar de manos. Y el humo ahora se concentró en la covachita, cada vez más denso y persistente, y de golpe una chispita de luz apareció en la yesca. Se apagó. Pero a nada surgió otra y una más, y entonces el hombre se inclinó, dejó caer la varilla a un lado y sopló con firmeza en aquel mechón humeante de hierba y fibras secas de estopa y jara. Sopló con continuidad y fuerza hasta que la chispa fue extendiéndose, uniéndose a otras chispas, hasta conjuntarse todas y ¡zas!, en un momento mínimo y glorioso, el que el niño había esperado con tanta ansiedad, brotó una pequeña, minúscula, llama.

El niño de Tari hizo un gesto de enorme alivio y exhaló un suspiro que largamente había contenido en el pecho. El luego había nacido. Sonrió al hombre con una expresión de total felicidad, y este, tras limpiarse el sudor de la frente con la mano, le devolvió la sonrisa y la mirada con un guiño cómplice.

El hombre lo alimentó con presteza, dándole de comer más hierba seca y pequeñas ramitas, junto con más tiras y fibras de corteza de jara hasta que la llama se apoderó de todo. Había depositado el fuego en un pequeño reducto de piedras y allí fue donde añadió la aliaga y el romero. En ellos el fuego comió con voracidad haciéndolos crepitar con su hambre. Al morder al romero, un olor agradable y fresco se desprendió de la hoguera y el niño lo aspiró con fruición. A nada el fuego desbordó, ayudado por el hombre, el

pequeño reducto y pasó a enseñorearse de un círculo mucho más grande en el que añadieron ramas y gruesos troncos. Una gran hoguera ardió al fin y el hombre y el niño hubieron de retirarse unos pasos, obligados por el calor que desprendía.

Vino gente. Mujeres y otros niños. Traían más leña. La hoguera la consumió y fue haciendo en el círculo de piedras una cama de poderosas ascuas rojas y brillantes que el hombre iba extendiendo al tiempo que seguía alimentando al fuego, ahora con gruesas ramas de encina. Después, cuando la cama de ascuas había crecido mucho, hasta casi el borde de las piedras que sujetaban al fuego, llegaron otros dos hombres con un jabalí ya despellejado y vaciado de su menudo y entrañas. Lo traían ensartado desde la boca hasta el culo en un largo palo. Dos mujeres venían con ellos portando dos fuertes horquillas, capaces de soportar el peso del jabalí, que clavaron en dos agujeros redondos que se habían taladrado para tal fin en la dura corteza de la Roca de Tari, a ambos lados de la hoguera. Allí suspendieron el jabalí ensartado y al poco rato sus jugos y su grasa chisporroteaban en las brasas. Al niño de Tari le subió un recuerdo del estómago y la saliva se hizo presente en su boca. Empezaba a disfrutar de aquella carne que luego comerían todos.

Ello sería al ponerse el sol, al comenzar la noche. Todo Tari estaría alrededor de la hoguera, que habría consumido grandes troncos y que, retirado ya el jabalí, volvería a elevar grandes llamas hacia lo alto. Brillaría en medio de todo su territorio, sobre la Roca, proclamando a las manadas quién era el dueño del fuego. El niño de Tari, acurrucado contra su madre, miraría el fuego y aquel lecho de rojas ascuas ardientes y cambiantes a cada giro del viento, y comería carne asada. Miraría la llama lamer la encina, envolverla, penetrarla y conseguir hacerla arder por entero. Miraría al ascua brillar, oscurecerse y volver a revivir para acabar por apagarse en ceniza. Miraría al fuego que había visto nacer y lo seguiría mirando hasta que sus ojos se cerraran por el sueño, saciado, protegido y confortado en el regazo de su madre, en el círculo de la manada de Tari que se había hartado de carne de jabalí.

Los colores del fuego

Amarillo, naranja, rosa y violeta se mezclan en la ola de la llama cuando se eleva de la hoguera. Al borde mismo de la madera que arde, el azul se enrosca al humo. En la rama seca, cuando el fuego come con ansia, crepita; pero cuando el agua, su enemiga, está dentro, su boca hambrienta sisea con furia hasta hacerla salir burbujeante por sus extremos. En la madera blanda, como la del álamo caído, la llama puede subir con brillos blancos y lenguas altas, aunque no tanto como cuando come aliaga o se recrea en asaltar las matas de romero que lo hacen vibrar y reírse en múltiples chispas olorosas. Pero es en la madera fuerte, la de la compacta encina o el poderoso roble, donde el fuego descubre el verdadero color de su rojo y ardiente corazón. Es allí, donde se derrama su sangre, donde el ascua reluce y aleja a la misma llama con la feroz intensidad de su brillo. Ese es el verdadero color del fuego, que es más intenso aun cuando el frío es el amo en la tierra, cuando el hielo cerca la fogata. Entonces la brasa funde su propio color hasta derretirlo y absorbe el ojo del hombre que no puede separar la vista de su embrujo. Es cuando el fuego juega con la mirada del hombre y la atrapa. En el día puede, en ocasiones, librarse de su hechizo, pero en la noche, cuando no hay en el mundo otros colores que los suyos, es cuando se apodera del recuerdo del hombre y lo mantiene prendido de sus luces.



Capítulo III

El hijo de la loba

La loba se llevó al único cachorro superviviente del ataque de los hombres al lugar de su territorio más alejado de la Roca de Tari. Habían roto lo que era el círculo esencial de su espacio más privado, de su relindo más protegido y marcado, y ahora, violados estos límites, la vieja hembra buscó un viejo cubil en una aún más antigua tejonera, en la solana del pronunciado barranco que hacia el sur marcaba el límite del cazadero de la manada del Tallar, más allá del cual muy pocas veces se arriesgaban en sus campeos, pues al otro lado del minúsculo valle las señales olfativas de otra manada lupina anunciaban que podían ser mal recibidos.

Era un extremo de toda su área de caza y desquiciaba las habituales rutas de campeo, pero ahora prevalecía por encima de cualquier otra cuestión la seguridad del pequeño lobezno. Había echado ya casi todos sus dientes de leche pero todavía le faltaban dos lunas para poder seguir en las expediciones de caza a los adultos y a varios subadultos que permanecían subordinados a los dos líderes y a los lobatos de la anterior camada. El macho y la hembra

dominantes eran los únicos que se reproducían y el lobezno era la única esperanza de aumentar fuerzas de aquel año para todo el clan en vez de los cuatro o seis que solían engrosar la manada. El gran macho con dedicación preferente, pero en conjunto todos los miembros habían ayudado —aunque en esta época no era raro que cada uno cazara por su cuenta— a la manutención de la loba durante el periodo de lactancia de los cachorros en que no se había movido del cubil entre las peñas de la fuente del Jabalí. Ahora seguían haciéndolo para alimentar tanto a la hembra, tras lo sucedido muy reacia a abandonar las cercanías de su nueva guarida, como al cachorro. El líder y los demás de la familia casi competían en acercarse hasta la vieja tejonera de la gran cárcava con los estómagos cargados de carne de la presa más reciente para regurgitarla ante la matriarca y su cachorro, que nada más ver aparecer a un adulto empezaba su despliegue de gañidos y lametones en sus fauces para que devolviera la comida apresuradamente tragada. En realidad, no le hacía falta pedirlo, pues tanto su padre como los demás parecían entrar en un éxtasis de felicidad cuando alimentaban al lobezno. Alrededor de la lobera todo eran cabriolas y retozos y algunos lobos ya casi adultos parecían retornar a comportamientos infantiles y juguetones.

Era también objeto de todas las atenciones de su preocupada madre, pues cada vez más seguro sobre sus patas y más osado en sus intenciones, el tiempo en que no dormía en la madriguera lo empleaba en prospectar todo lugar al que pudiera llegar, cada vez más lejano, y en meterse en los más variados problemas y peligros. Empezó por perseguir mariposas y acabó en un arroyo de donde hubo de rescatarlo la madre. Prosiguió con un encuentro con un erizo que no le costó caro porque el animalito al hacerse una pelota se fue rodando ladera abajo con todas sus púas. Y un atardecer —eso lo hizo bien—, al observar una sombra veloz en el suelo, se metió más que aprisa en la lobera. El águila real, siempre al acecho en lo alto, dio una pasada, pero sin demasiada convicción, porque había descubierto desde la altura que muy cercana al cachorro permanecía la hembra vigilante.

El lobezno, con todos los cuidados, abundante comida y sin competencia alguna de sus hermanos, se desarrolló con rapidez y vigor. El guarín de la camada, que de haber salido toda ella adelante hubiera sido un lobete subordinado al mayor empuje de sus hermanos —y ello, con mucha

probabilidad, le hubiera supuesto un puesto relegado y oscuro en su vida adulta en la manada—, merced a aquella jugada del destino, iba camino de ser un poderoso macho que tal vez un día pudiera reproducir los genes de la manada del Tallar. Iba adquiriendo cada vez mayor envergadura y trotando tras su madre no tardó en dar pequeños campeos cerca de la vieja tejonera. Más que cazar, la hembra buscaba el adiestramiento del cachorro, que la imitaba en sus aproximaciones, agachándose, emboscándose detrás de una mata, camuflándose entre unos lentiscos o intentando aproximarse sigilosamente por la espalda para sorprender a su madre. Los juegos de esta edad, que debía haber compartido con sus hermanos de camada y que le hubieran dado su puesto en el grupo, había de sustituirlos por escarceos con sus hermanos mayores o con sus parientes adultos o con sus progenitores. Estos aguantaban lo increíble al pequeño lobezno y ni un gruñido de amenaza se escapaba de sus gargantas a pesar de que los dientecillos de leche más de una vez llegaron a la carne de alguno.

Los campeos se hicieron cada vez más largos y a poco la hembra comenzó a acompañar al macho en sus recechos con el cachorro siguiéndola. Fue el inicio de su verdadero adiestramiento. El lobato, que a punto de completar las tres lunas de su nacimiento se movía ya con soltura, había empezado además a mostrar la verdadera coloración de su pelaje, que en él tenía un inusual tinte blanquecino, mucho más que el resto de la camada, como si se hubiera impregnado de la ceniza que quedaba en el fuego de los hombres y con el que habían socarrado a sus hermanos.

Fue en uno de aquellos campeos cuando la manada emboscó, en un navazo en medio de un monte de chaparros, a una corza con su recental. Una parte de la lobada ojeó a la presa hacia aquel claro que solían tomar las aguas en invierno y que ahora, ya cercano el verano, mantenía el más jugoso pasto. En el centro, en unos montículos que permanecían siempre por encima de las someras aguas, crecían unos saúcos y varios espinos albares. Aprovechando el montículo y aquella vegetación, el lobo macho se agazapó esperando el paso de su presa. Los jóvenes corrieron al animal hacia el terreno despejado, y aunque la corza intentó salvar el cerco un par de veces, al final se vio empujada a atravesar aquel terreno limpio. El gran lobo la vio salir y, midiendo justo el momento de su arrancada cuando estuviera más cercana a

su posición, consiguió atraparla. El ataque fue al cuello y el animal cayó pataleando. El macho zamarreó con violencia a su presa hasta destrozarle la tráquea. Cuando los jóvenes y la loba, seguida del cachorro, llegaron al claro, la presa agonizaba entre estertores y lastimeros balidos de queja y muerte. Fue entonces cuando la vieja loba se percató de la presencia del corcino, que había cruzado el navazo pero que se había quedado esperando a su madre, temblando de miedo al oír sus gritos de dolor y angustia, paralizado en su huida. El recental era muy pequeño para la época del año, producto de un parto tardío, y la loba no tuvo mayor dificultad en clavar su mordisco carnívoros en él tras una persecución casi juguetona acompañada del resto de la manada.

Pero la loba no degolló al corcino ni lo descoyuntó con uno de esos brutales zamarreos con los que los lobos acaban con la resistencia de sus presas. Le infligió una herida en el cuello por la que manó la sangre, pero sin causarle la muerte, y cogiéndole en sus fauces, donde se debatía débilmente, lo llevó hasta su cachorro y lo soltó.

El corcino cayó al suelo y allí quedó inmóvil. El lobezno Blanquino se aproximó inquisitivo hacia él. Lo olfateó, lo olisqueó sobre todo por donde salía la sangre de la herida y hasta le dio con la pata, pero su inmovilidad hizo que pareciera perder el interés por él. Casi se alejaba cuando el recental se levantó tembloroso sobre sus patas e inició una tambaleante huida. Entonces el lobete se lanzó a la caza. Se abalanzó sobre la cría y la derribó. Pero una vez en el suelo y aunque le clavó un par de veces los dientes, no supo cómo proseguir la matanza. El corcino volvió a quedarse inmóvil y el lobillo se agazapó en esta ocasión esperando a que se levantara otra vez. Aguando hasta que su indefensa presa lo hizo de nuevo, y repitió el ritual de captura y mordiscos superficiales que no remataban al animalillo.

El juego siguió un tiempo. Tanto que la manada ya había devorado buena parte de la corza cuando la loba se decidió a intervenir y dar una primera lección de matar a su hijo. En un salto se apoderó del corcino y de una feroz dentellada le partió el cuello. El lobezno lo observó todo con intensa atención mientras el recental agitaba convulsamente sus finas patas hasta dejarlas estiradas y rígidas, en un último estertor. La loba empezó a despedazarlo y el lobete se unió al festín.

El tiempo de la hierba verde y de las crías indefensas llegaba a su fin. Era una época de abundancia y la manada del Tallar ni siquiera se congregaba al completo para la caza. Andaba desperdigada por el territorio, algunos jóvenes incluso traspasaban las fronteras y seguramente cuando llegara el invierno habría quien no acudiría a la llamada. Tal vez porque hubiera perecido o quizás hubiera decidido buscar nuevo territorio y compañera para liderar un nuevo grupo. Con todo, el macho dominante, los subalternos y los cinco hijos de la anterior camada no se alejaban demasiado del cubil de la tejonera convertido en punto de referencia. Al quedar situado en el extremo más alejado de Tari, los hombres, durante aquel tiempo, apenas se toparon con los lobos en sus zonas de cacería, que ellos orientaban más hacia las márgenes del río. Para los hombres también era tiempo de abundancia y se felicitaban de haber desplazado a sus rivales. Se encontraban de vez en cuando con alguno solitario o algún grupete que vagaba al albur y que rápidamente se ponía a cubierto ante la aparición de la línea de hombres de Tari.

—La manada del Tallar está rota. Se ha ido.

—Volverá con la nieve. Estos son lobos jóvenes. El gran lobo y su hembra no están muertos. Los volveremos a ver con el hielo —aseguró un cazador veterano.

El lobo Blanquino, cuando llegó el calor, ya era un espigado mozalbete que, avisado y atento, participaba cada vez con más éxito en las cacerías, siempre al lado de la madre. Aquerenciado a su compañía se había convertido en su sombra y fue ella y no los machos quien le enseñó todas las artes de la cacería. Había que errar muchas veces antes de conseguir una presa. Al campear solos o todo lo más con un par de compañeros, las presas a que podían aspirar eran de tamaño medio. El corzo era la más frecuente, pero también la más esquiva. Los ataques fallaban uno tras otro. Tampoco tenían mucho mayor éxito con los ciervos. Los grandes machos quedaban ahora fuera de su alcance, habría que esperar a la nieve, y los objetivos eran las hembras y las crías. Una gabata fue precisamente la primera presa que el joven lobo blanquino pudo apuntarse como suya. La cierva había parido dos crías ese año y a las dos atendía. Los lobos las emboscaron en las cercanías de la fuente Grande. Apostados en la costera las vieron acercarse y se lanzaron sobre ellas. La hembra corrió con las gabatas tras ella. Una se desvió

un instante de la línea de huida que la madre había elegido hacia el pico de las Casqueras para desorientar a sus perseguidores entre los espesos matorrales donde la perdían de vista y no podían correr con la rapidez deseada. La cervatilla flaqueó un instante al coger el cipotero de subida, se descolgó un poquito en la falda y los lobos le ganaron la altura. Desde ese momento el animal no tuvo salvación. La cierva y la otra cría se perdieron en el monte. Ella fue a sucumbir en el sopié. La loba le saltó a los bajos y le abrió el vientre de una dura dentellada. Los lobos del año anterior buscaron los jarretes y no tardaron en derribarla. El Blanquino fue quien atacó el cuello y con un profundo mordisco en la tráquea dio fin a su vida. El Blanquino había perdido sus dientes de leche y lucía relucientes sus caninos.

El tiempo más seco trajo mayor escasez de presas. Estas se refugiaban en los sotos del río y en la espesura del monte. Buscaban la vegetación más tupida y allí permanecían ocultas. Los lobos también sesteaban todo el día y sólo cuando el sol trasponía por detrás de los picachos donde hacía tiempo que no quedaba resto alguno de nieve salían a sus campeos hasta poco después del amanecer, cuando de nuevo el sol comenzaba a picar. Y con él llegaban las moscas, tan desesperantes como el propio calor.

El Blanquino, cada vez más espigado y alto, parecía incluso un animal escuálido, aunque en absoluto lo estaba. La falta de borra en su pelaje y las largas patas en un cuerpo no del todo cuajado le daban un aspecto endeble y destartalado. Pero en realidad y para su edad era un animal muy desarrollado. Iba a ser un gran lobo.

La loba vieja empezó a dejar de visitar las cercanías del cubil de la tejonera y paulatinamente derivó en sus campeos hacia sus antiguos territorios. No se asomaban al viso del llano en alto sobre la fuente del Jabalí, pero sí frecuentaban el extremo poniente de la costera del Tallar y sobre todo las fuentes que allí manaban. Se encamaban en cualquier lugar apropiado del bosque o en ocasiones buscaban el frescor de un gran juncal o de los carrizos de alguna ribera. Pasaban la mayor parte del tiempo los dos solos y tanto en los llanos en alto como en los ribazos y oteros de la parte baja del cazadero habían encontrado una pieza que cubría sus necesidades: los conejos.

También cazaban alguna liebre, pero estas les resultaban más difíciles y eran mucho más escasas. Sin embargo, los conejos abundaban por doquier.

Estaban por todos lados y no había lugar en el cual no apareciera el rastro de su visita nocturna, bien en los montículos que utilizaban como caga fruteras o en las múltiples escarbaduras con las que delataban su masiva presencia. Tampoco es que fueran a abrir la boca y cogerlos, pero había tantos que siempre se acababa por hincarle el diente a alguno.

La madre y el hijo depuraron una técnica infalible. El joven se dedicaba a ojear entre aliagas, retamas, escobas, romeros, tomillares y montones de carrasca a todos cuantos pudiera haber allí agazapados. Casi nunca conseguía atrapar ninguno. Pero cuando salían a escape hacia las madrigueras, allí es donde los aguardaba la loba, que, aplastada y oculta tras algún matorral, una mínima elevación del terreno o una simple roca, saltaba sobre ellos en la boca misma de las conejeras.

En alguna ocasión coincidieron en sus quehaceres con algún zorro, que salió huyendo ante la presencia de los lobos. Y también con un lince. Se lo topó el Blanquino, y el gran gato, agazapado, bufó hasta asustarlo. Luego se retiró sigiloso. De haber sido un cachorro en el cubil, el lobo hubiera tenido razones para tener miedo. Los lince pueden aprovechar la ausencia de la loba y dar muerte a toda una cunada. Pero ahora el Blanquino lo superaba en peso y no suponía peligro alguno. El lince macho al que había estropeado la caza se retiró, enfadado y sigiloso, y el lobo comprendió igualmente que con el enfrentamiento no ganaba nada. Las zarpas del lince lo podían dejar ciego. Con los gatos, incluso con un montes, había que tener cuidado.

Las cacerías de conejos tenían lugar frecuentemente en el crepúsculo y a primeras horas del día. Fue entonces cuando los hombres de Tari vieron de nuevo a la vieja loba y lo comentaron. Y fue la primera vez que señalaron al lobo Blanquino.

—La loba vieja ha vuelto. Estaba cazando conejos en la barranca de Naguafría. Iba con un lobato del año, uno blanquino.

—Os dije que la manada del Tallar volvería.

Los olores del lobo

El lobo no sigue la pista por la huella. Sigue el rastro que olfatea. La huella no es la pisada que se ve, sino el paso que huele. El lobo no es de huellas, sino de olores. Las presas son olores, los enemigos son olores, la manada son olores, el rival es olor y el mismo lobo es su propio olor.

Es un mundo de olores vegetales donde vive el lobo, y mi mundo de olores animales de los que vive el lobo. Los olores vegetales son olores estables, enraizados en el suelo, aunque trepen a las ramas de los árboles y los disperse el viento. Son olores quietos, aunque cambien con las estaciones, con las lluvias, las nieves o los soles, con el calor o con el frío o con la humedad que harán que el bosque los desinflen o los oculten, se esparzan o se achiquen. Son olores que perduran aunque muden.

Son los otros olores, los que se mueven, los que ponen en marcha al lobo. Es ese olor que pasa, que discurre, que se recorre y se para, el olor animal que camina entre los olores inmóviles del vegetal, ese es el olor que penetra el cerebro del lobo y le despierta las imágenes, erizándole el pelo, descubriéndole el colmillo o provocándole el aullido hacia la luna.

Los olores de las presas siempre huyen, salvo cuando quieren ocultarse como olores, se agazapan e inmovilizan y los de las crías apenas si se desprenden de sus pieles. Pero los otros casi no permanecen en la trocha y hay que perseguirlos rápido hasta darles vista o detectarlos emboscados, porque si no, velozmente, desaparecen y no parece que hayan estado nunca.

Pero otros olores intentan pervivir. Son los olores que marcan, pegajosos, presencias y territorios. Son olores de dientes más afilados, hasta de los más pequeños, el turón o la garduña, pero todos, el zorro, el lince, el glotón o el leopardo, se señalan.

Y se señala a sí mismo el lobo con el olor de la manada, el olor del celo, el del rival, el del territorio ajeno y el del propio lobo que acota su cazadero, su hembra y su dominio.

Es entre olores donde vive el lobo, que le traen víctimas, le barruntan heridas o le hacen buscar ansiosos encuentros.

Pero hay un olor que no camina solo. El olor de la bestia erguida que huele a hombre y huele a fuego. El que lleva el humo pegado a la piel de otros animales en los que resguarda la suya, tan débil. Ese es el olor que el lobo no quiere cortar en el bosque ni en la estepa, ni desea topárselo en la nieve. Es el olor que hace girar el rumbo de la manada.

Si es que no deja sangre desprendida. Porque hay un olor que siempre es llamada para el lobo. Entre todos los olores es el de la sangre el que le llama y al que siempre persigue.



Capítulo IV

La madre

Estaban su madre y otras mujeres. Su madre estaba siempre, pero otras mujeres rodeaban igualmente su existencia. También había otros niños. Pero la madre estaba siempre. Los hombres tardaron en estar en el círculo más cercano del cachorro humano.

Con los de su edad se tocaba, se empujaba, reía, corría y se golpeaba. Pero eran juegos y risas. A veces había dolor y él huía buscando a su madre, y si no la hallaba, lloraba y chillaba hasta que ella venía. A veces venía otra mujer. Porque todos eran Tari, pero Tari ante todo era su madre.

Tari eran también los hombres, y él los sabía poderosos y esenciales, casi tanto como su madre. Pero los hombres, incluso el hombre que estaba con su madre, eran lejanos.

El niño de Tari se apartaba cuando ellos venían o pasaban. Él y los otros niños los veían venir, juntarse entre ellos y conversar o reunirse con las mujeres y entrar en la noche a las cabañas. Los miraban con reverencia y admiración y los seguían alborotando cuando llegaban con sus grandes presas

al poblado. Pero ellos se mantenían erguidos, en lo alto, lejanos. Algunos daban miedo. Sus voces eran intimidatorias y ellos se refugiaban tras las mujeres si alguno elevaba la voz y la ira recorría su cuerpo. Pero el hombre de su madre no le daba miedo. Esperaba siempre que se fijara en él y sobre todo que lo cogiera con sus fuertes manos y lo levantara en el aire, riendo. Entonces el niño de Tari no sólo no se asustaba, sino que reía y gritaba de alegría. Y amaba a aquel hombre grande.

Los otros niños, pasado algún tiempo, se convirtieron en compañeros y en rivales. Amigos y enemigos. Más débiles, más fuertes. Con alguno era el juego más alegre y su compañía se buscaba para andar por el poblado mirando cosas, tocándolas, chillando cuando se era perseguido. Y rodando cuando se caía. Con ellos era risa, pero a otros se rehuía. Con unos y con otros se medían fuerzas, se peleaba en juego o con mayor saña. Se medía el vigor, la fortaleza y quién era el dominante. En las luchas, cuando había dolor, ya no se iba corriendo a la madre. Ya no se lloraba, se quedaba aguantando la punzada con el amigo y dolía menos. Sólo cuando alguno de bastante mayor edad y más fuerte golpeaba demasiado, aún se acudía al refugio seguro de la madre. Pero cada vez menos e incluso a menudo buscaba más estar lejos de ella y se escabullía a sitios donde ella no pudiera verle.

Pero ni el niño de Tari ni sus compañeros podían bajar desde la planicie sobre la roca a la tierra que se extendía bajo ella. Únicamente los muy pequeños lo hacían colgados en macutos a las espaldas de sus madres. Los que ya caminaban pero aún no se sostenían bien en carrera, como ahora él, tenían prohibido salir. Algo más mayores iban en los grupos recolectores con las mujeres y algún hombre que custodiaba la partida. Pero estos no se alejaban nunca demasiado del poblado. Los hombres sí. Él los veía bajar y marchar por las sendas hasta perderse de vista cuando los tragaba el gran bosque de robles o cuando al ir hacia el río la vegetación acababa por taparlos. Pero él no podía salir del roquedo donde, por un tiempo, hasta que sus piernas soportaran la fatiga y la carrera, quedaba al cuidado y vigilancia de algunas mujeres, algún hombre viejo y algún muchacho, al borde de ser hombre, cuando habían marchado las partidas de caza de los hombres o de recolección de plantas, frutas y raíces o captura de pequeñas presas, nidos o aves, de las mujeres.

A esos jóvenes ya mayores era a quien más temía, más que a los hombres, el niño de Tari. Los hombres nunca golpeaban a un niño. Su voz bastaba. Pero estos muchachos guardianes tenían manos largas y duras y las de algunos en especial se complacían en el golpe a los pequeños. Había que permanecer alerta y listo para escabullirse al menor síntoma de su enfado, porque todo parecía molestarles y la mano dura caía al menor descuido acompañada siempre del grito furioso y de la risotada tras el gemido del pequeño que se dolía. El niño de Tari lanzó algún quejido las primeras veces, pero luego no quiso llorar cuando alguno de aquellos golpes malvados le alcanzaba. Se sorbía el dolor y las lágrimas para evitar la humillación añadida de la risa de quien abusaba.

Pero aun cuando el hijo de Tari empezaba a serlo del grupo, lo era ante todo de su madre. Ella era el alimento, el refugio, el regaño, la caricia y el castigo. Era el centro de todos los círculos, cada vez más amplios, por los que el niño de Tari empezaba a caminar. Era un adiestramiento cariñoso ante el tropiezo, pero donde no faltaba tampoco el correctivo tras la falta o la desobediencia. Alguna vez los golpes de la madre habían dolido más que los de los muchachos guardianes. Aunque fueran más leves y ligeros parecían ser más duros que la pesada mano de los jovencuelos. Pero al contrario que con ellos, al golpe no tardaba en sucederle no mucho más tarde algún consuelo.

Los círculos del cachorro humano se ensanchaban y se llenaban de otras gentes. Y aunque ella seguía siendo la presencia casi continua, atenta y protectora, otras figuras empezaban a aparecer y a cobrar cada vez más importancia. Un día, incluso el círculo máximo hasta aquel instante —el del poblado en lo alto de la Roca, aquel afloramiento en la pequeña llanada entre la costera donde brotaba la fuente de Narejos y la de enfrente donde manaba el Chorrillo— se amplió al fin. Por vez primera el niño de Tari bajó del roquedo. Lo hizo agarrado a la mano de su madre, excitado pero en absoluto temeroso. Deseaba poder correr con sus compañeros por todos aquellos lugares que ahora pisaba y que hasta entonces sólo había podido atisbar desde lo alto. Pero debía aguantarse las ganas. No podía separarse del grupo, y en eso su madre había estado tan severa como amenazante cuando franquearon la salida, un portillo en la roca por donde apenas cabía un hombre corpulento y que estaba siempre cerrado con una empalizada protegida por fuera con los

más duros espinos. Un senderillo siempre entre rocas y algún otro portillo igualmente protegido acabó por dejarlo a los pies de Tari, en el llano.

Fue una corta salida. Nada más que para hacer acopio de agua en la fuente del Chorrillo. Pero después de ella, los horizontes del niño de Tari se abrieron y empezó a conocer el territorio de su manada, aunque comprimido a los recorridos del grupo de recolectores, mujeres, ancianos y jovencillos. Recoger comida y agua eran, junto al acarreo de la leña, las tareas en las que a partir de ahora iba a estar ocupado. Tenía que empezar él también, aunque fuera un niño, a proveer para Tari.

La tierra era generosa en ambos casos y no tenían que alejarse demasiado. La frontera de los grupos recolectores estaba delimitada por el río, que nunca cruzaban, y la línea de fuentes en las faldas de los montes. No traspasaban el viso ni se arriesgaban aproximándose a los límites de su territorio, bien fuera hacia el saliente marcado por el monte de las Matillas ni a poniente, donde nunca llegaban, ni a la vista de un lugar, una gran cueva sobre un risco al que los hombres nombraban con respeto y cierta aprensión al que llamaban Nublares, considerado un lugar prohibido incluso para los cazadores.

Más allá del río que entraba entre las montañas de entraña rojiza y se marchaba por entre otras blancuzcas y en cuya piel destellaban cristales de piedra que brillaban al sol, estaba la estepa, una gran planicie ondulada, que era el hogar de los grandes rebaños, pero también de los peligrosos cazadores que los acechaban. Más allá del viso de los montes achatados, hacia el sur, estaban los tupidos y espesos bosques de los llanos en alto, donde algunas mujeres jóvenes y fuertes, y nada más que en contadas ocasiones, como las de la berrea del venado, acompañaban a los hombres en sus expediciones de caza. Pero en ellas nunca participaban los cachorros pequeños.

Aquel era el primer territorio del niño de Tari y a él le resultaba grandioso e inabarcable. Un lugar lleno de maravillas, donde los descubrimientos se sucedían a cada paso que se daba. Y los mejores de ellos eran siempre las fuentes. Se iba de una a otra, pues era en su alrededor donde más abundaba la vida, donde crecían los frutos y las bayas, donde se recogían los tubérculos y se podía hacer acopio de hierbas o de caracoles. Y donde los lazos, los cepos y las trampas para conejos y pequeños mamíferos o las redes y la liga para aves y pájaros daban siempre los mejores resultados. Para el niño de Tari, el

frescor, la hierba, el olor a humedad y a las muchas flores que allí se abrían y perseveraban más que en ningún lugar, el campeo por las fuentes, y en particular por la que no tardó en ser su favorita, la del Roble y la Vid, se convirtió en el itinerario preferido y al que con más gusto y entusiasmo caminaba. El río era otro de los destinos más habituales. Allí se bajaba para recoger en sus orillas todo tipo de vegetales similares a los que se recolectaban alrededor de los manantiales de la costera, pero había otros únicos, como los berros que crecían en la propia corriente del río, o los espárragos que se enredaban entre los carrizos. Y se pescaba. Con nasas se lograban abundantes capturas de peces pequeños y medianos y en especial de cangrejos. Se ponía algún tipo de cebo, carne casi putrefacta y maloliente, en el fondo, y los cangrejos entraban pero no podían luego escapar. Los peces caían más en los anzuelos de hueso cebados con lombrices y cuyas cuerdas se hacían con crines de caballo. Pero las grandes truchas y los enormes barbos escapaban. Esos quedaban para el arpón dentado de los cazadores, principalmente en los momentos del desove. Mujeres y niños se conformaban con abundantes capturas de cangrejos, y al niño no le importaba. Le gustaba comerlos mucho más que los insípidos peces.

Fue el río quien le enseñó que el peligro puede surgir en cualquier recodo y cuando nada parece presagiarlo. Fue el río el que casi mató al niño de Tari.

Había revisado con las mujeres y otros niños las cuerdas para los peces y las nasas de mimbres para los cangrejos. Iban echando las capturas, que aquel día eran bastante escasas, en un cesto trenzado con anea. Y el niño de Tari se había metido en el río intentando coger más. Había aprendido a coger cangrejos con las manos en uno de los escasos días que los hombres habían acompañado al grupo de muleros en una expedición recolectora, aunque en realidad habían bajado más para observar los cruces en los vados de las manadas de grandes herbívoros. Pero al final se habían entretenido pescando con sus arpones y capturando algún cangrejo. El hombre de su madre había llevado al niño con él y el muchacho había gozado intensamente de aquella compañía. Había seguido todo lo que él hacía con palpitante interés y le había acompañado con un pequeño cestillo para recoger allí las presas que el adulto iba extrayendo con las manos de los agujeros en las orillas. El hombre le había enfilado a sondear con las manos bajo las solapas, las plantas acuáticas,

las piedras. Las dos manos en semicírculo, aferrándose a su víctima por atrás, pues el cangrejo huye dando un coletazo y navegando hacia atrás, y cazándolo con sigilo y sorpresa. El muchacho intentaba imitarle capturándolos directamente en sus propias cuevas. Era donde más fácilmente se cogían.

Al niño de Tari le había dado miedo, al principio, el meter la mano en aquellas oquedades a ras de agua, pero la presencia del hombre se lo había hecho callar y aguantar. No tardó mucho en vencer su aprensión y en coger alguno, a pesar de que pronto aprendió que los cangrejos se defendían en sus covachas y propinaban dolorosos y cortantes picotazos con sus pinzas, que clavaban hasta hacer brotar sangre en los dedos. Descubrió asimismo que su pequeña mano era a veces más eficaz que la gran manaza del adulto, y este, en alguna ocasión, le pidió su concurso para capturar algún bichejo que se resistía en una entrada demasiado pequeña. Claro que el hombre cogía más, porque tenía mucho más largo el brazo y llegaba mucho más hondo. Pero el muchachito se afanaba tanto y se daba tan buena maña que el hombre sonreía con orgullo ante los progresos y acabó por contagiarse en su ansia de coger más que nadie, tanto que al final acabaron por llenar el cestillo de cangrejos e incluso hacerse con un par de barbos que el hombre sorprendió en sus cuevas y agarró, tras pasarles suavemente la mano por la tripa, firmemente de las agallas para que no pudieran escurrírsele. El crío probó con alguno, pero cuando este parecía no tener escapatoria, un coletazo del pescado y dejaba de serlo para convertirse de nuevo en pez libre en la corriente de las aguas ante la mirada apenada del frustrado captor y la risa cariñosa y alentadora de su maestro.

El niño e incluso el hombre, aunque lo disimuló, se llevaron también algún susto cuando en vez de cangrejo o pez lo que agarraron fue una culebra. Pero el adulto tras lanzar un respingo se apresuró a asirla justo por detrás de la cabeza y levantarla en el aire tras extraerla de su madriguera, más que nada para asustar al crío que se cayó de culo y casi pierde todos los cangrejos. Menos mal que el cesto con lapa estaba sujeto con un pestillo. La culebra acabó también en él y según el hombre constituiría un auténtico manjar cuando estuviera pelada y asada en las brasas. Orgullosa, el niño de Tari llevó todo aquel botín a su madre. Vio reír al hombre con ella, y al irse,

este le acarició el pelo de la cabeza dejándolo ufano y feliz.

Ahora el niño de Tari, con un muchachito de parecida edad que la suya, intentaba repetir lo aprendido y hacer crecer la menguada cosecha de cangrejos. Se había metido al río donde el agua era muy somera y con escasa corriente y había cruzado al otro lado donde trataba de repetir el éxito de la vez anterior, aunque en esta ocasión los resultados eran muy escasos y con mucho esfuerzo lograban ir atrapando alguno. Ambos estaban a la vista del grupo de mujeres que se habían quedado en la otra orilla haciendo brazadas de anea y cortando mimbres para cestos y nasas y les habían indicado hasta dónde podían pescar río abajo, todo un tramo de escasa profundidad que acababa en un recodo.

El niño había obedecido, pero había terminado por llegar casi al límite de lo permitido y seguía sin conseguir apenas capturas. Todos aquellos agujeros que inspeccionaba ya lo había hecho con el hombre y era evidente que los habían esquilado. Se le alcanzaba que donde podría encontrar más sería en aquellas covachas que no hubieran sido saqueadas.

Así que, sin casi darse cuenta, traspasó en un momento dado el área marcada, y tras atravesar una zona donde el vado se enrabietaba un poco en pequeñas espumas, siguió por la aparentemente mansa orilla, donde, en efecto, empezó a tener mucho mejores resultados en su cacería, pues como tal estaba disfrutando sus primeras capturas en solitario.

Había ido depurando su técnica. Se agachaba y tanteaba por debajo de la broza. Cuando en la pared descubría una cueva, metía el brazo hasta donde podía llegar y exploraba los rincones de la madriguera. El movimiento del cangrejo al retroceder lo delataba, y luego, gracias al tacto en su caparazón rugoso, lo localizaba. Había aprendido, aunque no siempre, a librarse de sus pinzas, y conseguía las más de las veces sacarlo del agujero y depositarlo en el cesto que ahora llevaba su ayudante, el otro muchacho que no se atrevía a meter la mano en las cuevas y que unos pasos más atrás permanecía en aguas más someras, pues a él ya le llegaba a veces por la cintura. Lo hacía con una sonrisa de triunfo, sintiéndose un verdadero cazador de Tari. Pasado el vado, encontraba más cangrejos, y animado por ello fue adentrándose cada vez más en el recodo. Estaba pensando en regresar porque el agua le parecía allí demasiado profunda cuando, tras un nuevo éxito, avanzó un paso más en

busca de una última madriguera antes de volver. Entonces resbaló. Perdió pie y el agua lo empujó un poco más adentro. Cayó en ella y lo envolvió entero. Intentó de nuevo incorporarse y sentir el suelo, pero no lo encontró. El agua lo arrastraba a su interior. Desprevenido, además, había tragado una gran bocanada de líquido y tosía. El miedo, la angustia y la oscuridad le cercaron y le envolvieron en su tiniebla húmeda. Quiso gritar pero fue un barboteo lo que salió de su boca y tragó aún más agua. Empujado por la propia corriente, salió un momento a flote y se vio yendo en dirección a un remolino en el medio del pozo al que el agua lo había llevado. El niño chapoteó con tanta desesperación como inutilidad. Volvió a hundirse. El remolino lo engulló hacia lo más hondo de sus tripas, pero allí, en medio del pánico, hizo pie y acertó a dar una fuerte patada que le hizo emerger de nuevo y esta vez la fortuna y la corriente le sonrieron. El agua le sacaba al borde del remolino y sobre la orilla colgaban brozas y algunas zarzas. A ellas se asió a pesar de sus pinchos y allí agarrado sí que gritó con todas sus fuerzas. Pero antes que él ya lo había hecho su compañero. Su madre y las mujeres cruzaban chillando el río para acudir a rescatarlo.

Cuando regresaron hacia Tari, con sus manos heridas por las espinas de la zarza que le había salvado, el niño cerraba los ojos y se veía en el vientre del agua, tragado por ella y rodeado de angustia y oscuridad. Pero no le cogió miedo. Después del gran susto, el hombre de su madre lo volvió a llevar al río y en un remanso tranquilo le enseñó a nadar. Aprendió a hacerlo de lado, con la cabeza siempre fuera del agua, moviendo las manos en brazadas muy cortas y dando patadas con los pies.

Y es que el hombre de su madre, tras aquello, empezó a enseñarle muchas cosas. Comenzó a prestarle mucha atención, a enseñarle el fuego, la lanza, la honda, el venablo, el cuchillo, a saber de quién es la huella y cuál es el sonido de cada animal. Y la madre empezó a dejar de ser el centro de los círculos del niño de Tari. Y fue Tari, el grupo, alrededor de donde empezó a girar su vida.

El ojo del hombre

A l hombre lo huelen antes de que él asome siquiera su nariz, lo oyen mucho antes de que llegue y hasta puede que lo vean mucho antes de que él haya puesto siquiera su vista a mirar. El hombre salta poco, en la carrera casi todos los animales lo dejan atrás y carece de garras y colmillos. Su extraña manera de caminar tal vez le dé ventaja a sus ojos, pero tan sólo en el día, pues en la noche únicamente el cegato jabalí ve menos que él. Pero su fuego hace luz y su ardor lo protege.

Aunque sólo en vista pueda competir y mal con las otras criaturas, por ella parece captar lo que otros no distinguen y su pupila le sirve para capturar todos los otros sentidos y hasta los sentidos de los demás para intuir su huida o su refugio y trazar mejor que nadie sus sendas, para cortar las de los otros y sorprenderles mientras comen o beben.

Desde su boca sin colmillos el hombre habla a la manada y sus palabras construyen emboscadas, preparan trampas, cierran salidas y transmiten movimiento y dirección a los pasos de otros hombres. Desde la mano sin garras empuña el cuchillo y el hacha y su brazo delgado lanza la muerte a lo lejos.

Con la mano sin garras, con la boca sin colmillos, con la nariz sin olfato, cuando la manada de los hombres pasa, las otras escapan y se escabullen.



Capítulo V

El aprendiz

El niño de Tari empezó a dejar de serlo el día que casi se ahogó en el río, y comenzó a ser un joven cazador la mañana en que el gran lobo del Tallar le clavó los colmillos en el antebrazo en la primavera siguiente. Curó bien y le gustó que quedara una cicatriz como recuerdo del ataque. También sintió una gran simpatía por la curandera, una hembra esquiva y solitaria que solía acompañarlos en las salidas de recolección pero que se distanciaba del grupo para recoger extrañas plantas que guardaba con sigilo y secreto en su zurrón, y no quería que nadie la observara. Al niño de Tari le gustaba aquella mujer solitaria, porque le había salvado el brazo, y ella parecía tener cierta preferencia por el espigado muchacho.

Pero lo que cambió del todo la vida del jovencuelo fue que a partir de que su brazo ya estuviera curado, el hombre de su madre consideró llegado el momento de adiestrarlo en las artes de la caza de la manada de Tari. Y le fue explicando y mostrando las diversas formas en que los hombres cazan.

Está la batida, cuando unos cazadores se despliegan gritando y haciendo

ruido por un monte y los otros esperan por donde suponen que van a huir las presas. El fuego es el batidor más eficaz, pero casi no puede utilizarse porque arrasa todo el bosque.

Está el rececho, una caza más solitaria o todo lo más con un pequeño grupo, un par de ellos a lo sumo, que sigue la mano por los costados, donde el cazador, rastreando huellas y buscando querencias, confía con su sigilo poner a tiro la presa. El celo de los grandes herbívoros, la berrea del ciervo y la ronca del gamo, en otoño, o la ladra del corzo, en pleno verano, son los momentos más propicios, pues los animales, cegados y sordos por el celo a cualquier cosa que no sea la consecución de las hembras y la lucha contra los rivales, se hacen mucho más vulnerables.

Está la espera. Emboscado junto a un lugar querencioso para los animales, las fuentes o algún específico punto del río, también algunos revolcaderos, aguardar en silencio y con el aire a favor que las presas se aproximen.

Están las trampas. Con las mujeres había aprendido a poner lazos para los conejos, los zorros y los gatos monteses, a disponer redes y ligas para las palomas y losas para las perdices y los urogallos. Ahora, para las grandes piezas, la gran zanja abierta en el paso, con lanzas de punta clavadas en su fondo y bien tapada y camuflada con una fina capa de ramitas, hojas y tierra, era la manera más fácil de conseguir apoderarse de un gran rumiante. También podían caer otros animales. E incluso un lobo.

Esas eran las artes de caza de los hombres de Tari. Eran sus armas la lanza larga de arremeter y el venablo y el lanzador para lograr arrojarlo a la mayor distancia. La maza y el hacha para golpear y trocear, el cuchillo para rajar y diferentes lascas talladas para desollar y cortar. Las puntas mejores eran las de pedernal. Para los arpones dentados de pescar, buriles y punzones, el asta o el hueso eran los materiales requeridos.

Aquel verano el niño de Tari aprendió a construirse sus armas y a servirse de ellas. Pero más importante aún era el saber descubrir a la pieza por su huella, a conocer su querencia y sus campeos, a perseguirla y acecharla sin que ella se percatara y a lograr ponerse a la distancia necesaria para poder arrojar el arma con posibilidades de alcanzarla en un punto vital. El cobro de animales heridos, por el rastro de la sangre, era la enseñanza más vital e

importante, pues muy pocos caían en el lugar que eran alcanzados y en el rastreo era cuando se ponía en verdad de manifiesto la habilidad del cazador. Dejar en el bosque una pieza herida era motivo de máxima desazón y sentimiento de fracaso, pues ella acabaría por morir y su carne no aprovecharía a la manada de Tari. Tal vez a otras sí, pero los hombres no cazaban para ellas.

Porque aquella fue otra gran enseñanza. El hombre no cazaba para sí. Cazaba para la manada entera, y por ello no importaba en la cacería quién fuera el que asestara el golpe o rematara a la pieza. Lo importante era que la pieza se cobrara y que la manada comiera.

A pesar de sus esfuerzos, no eran pocas las veces en que el joven de Tari se sentía un estorbo, que nada alcanzaba a ver en el suelo, ni entre las matas, que no sabía cómo hacer que el aire no delatara su presencia y que su azagaya no golpeará la tierra, un arbusto o un tronco antes que a la presa. Se lamentaba con silenciosa amargura de su torpeza, pero sus compañeros veteranos ante su gesto abatido, en medio de alguna burla amable, se empeñaban en alentarle y corregirle sus errores, alegres de poder hacerlo y azuzados por el interés evidente del muchacho. Que era mucho y que no tardó en dar sus frutos ante la pezuña marcada, la zarpa señalada, la ramita partida, el paso por la trocha, el restriego en el árbol junto al revolcadero o la escarbadura en el abrevadero, lo que hizo que los viejos cazadores, los que más le animaban, se mostraran orgullosos de sus progresos y se esmeraran aún más en transmitirle todo aquello que con los años y la experiencia habían adquirido.

El joven de Tari los admiraba y escuchaba y se fijaba en todo lo que hacían y cómo lo ejecutaban poniendo su máxima atención. Lograría ser como ellos, ver las huellas como ellos y arrojar el venablo con su misma destreza. Aprendería todo lo que ellos sabían, porque era muy consciente de que aquel conocimiento que le estaba siendo entregado era el mayor patrimonio de la manada de Tari, tanto o más que el propio territorio que dominaban. Podían encontrar otros cazaderos, pero su sabiduría la llevarían con ellos.

El aprendiz respetaba el conocimiento de sus maestros y a ellos se sometía, porque esa era la manera de los hombres, esa, la verdadera posesión

de la manada de Tari.

Así era como avanzaba sobre la tierra la manada de los hombres, ascendiendo sobre la sabiduría de los que antes la habían transitado y de las manadas que les habían precedido. De esta forma aumentaban su propia sabiduría. El joven de Tari lo aprendería todo, luego él avanzaría un paso más y luego él transmitiría todo lo aprendido en los otros y por él mismo. Entonces se convertiría en maestro.

Pero ahora era un aprendiz y obedecía. No era puntero en el rececho, ni el encargado de lanzar la primera azagaya, ni el señalado para cerrar el escape de la presa. No importaba. Empezaba a tener su lugar en la fila y en el cerco, aunque este cometido podía ser a veces tan sólo el de transportar el agua, sujetar las patas del jabalí para que el desollador hiciera mejor su labor o llevar a Tari la nueva de una buena matanza para que acudieran las mujeres para ayudar a llevarse la carne.

En cada paso el joven de Tari aspiraba el saber de la manada y poco a poco distinguía la huella fugaz del corzo y si en una piara había rayones o bermejós. Un día le señalaron un lugar en el cierre de un acoso, otra jornada falló por muy poco un venablo contra un ciervo a la carrera, pero a nada no tardó en herir a una muflona que se escabullía y que al final pudo cobrarse. El hombre de su madre le entregó su asadura para que fuera él quien llevara el exquisito bocado del matador a su cabaña.

Aquel otoño, cuando el bosque cambió sus colores y el roble comenzó a perder las hojas dejando sólo vestidas a las encinas, el joven de Tari ya tenía un lugar propio en el círculo de la hoguera de la carne. Ya no se sentaba entre mujeres. Tenía su puesto entre los jóvenes, y los que antes, cuando era un niño, se habían mofado y hasta lo habían golpeado sabían ahora que su mano empuñaba una lanza. Ahora era a él a quien en ocasiones se le encomendaba la misión de acompañar a las mujeres y a los niños en las tareas de recolección. Era algo que a pocos agradaba, pero el joven de Tari, aunque hacía un gesto de disgusto aparente, por dentro se alegraba al poder pasar un tiempo con su madre. A ella era a quien le gustaba más que a nadie narrar sus aventuras y contar sus avances en la caza. Y ella era la que más se alegraba y con más atención escuchaba relatar al muchacho sus andanzas.

Un día de aquellos le tocó en suerte esa tarea. Muy ufano, con su lanza y

su venablo, amén de la honda que manejaba también con soltura y que era muy útil principalmente para pequeños mamíferos o hasta para abatir un corzo o un borrego de muflón, encabezó la marcha de las mujeres hacia las fuentes, para recoger en sus cercanías las moras de los zarzales, así como avellanas, castañas y hayucos en los bosques que las rodeaban. Fueron subiendo por la del Chorrillo, la del Valdehuevero, la del Piojo para descolgarse desde allí a la del Roble y la Vid, la más abundosa en frutos de todas ellas. Luego bajarían por su reguera y al atardecer estarían de vuelta en Tari.

Fue en aquel instante, al descolgarse desde el Piojo, cuando el joven de Tari vio al lobezno Blanquino con la loba, a media costera, resubiéndose y hurtándose entre los enebros para acabar de taparse en el bosque del Tallar.

El lobato estaba echando el pelaje de invierno y la borra que le estaba creciendo le hacía parecer más fuerte y corpulento. Su color más blanquecino le iba a hacer inconfundible entre toda su manada. Iba solo con su madre. La loba miró al grupo de humanos y enseguida emprendió un trotecillo rápido y se perdió de vista. Pero el Blanquino se quedó parado, observando, medio tapado por una sabina, al joven que también se había detenido y lo miraba. El lobo, en el umbral de su primer invierno, volvía a oler aquel tufo del hombre y del humo que le había perseguido nada más abrir los ojos, y algo en él le resultaba conocido. Lo observó una vez más con una larga mirada fija y luego se perdió, al trote —ese escurridizo y extraño trote de lobo—, tras su madre. El joven de Tari supo quién era aquel lobato Blanquino que trasponía a media cuesta por el Tallar. Él lo había visto ya de cachorro, colgando de la boca de la loba, el día que el lobo macho le desgarró el brazo y los hombres abararon la lobera de la fuente del Jabalí.

Las grullas

El lobo y el hombre las oyeron pasar bajo las estrellas. Los dos las habían sentido anteriormente —a las grullas siempre se las oye primero y luego se las intenta descubrir en el cielo—, cuando los robles comenzaban a perder las hojas y el bosque se empapó de humedad. Habían atravesado en grandes bandadas siempre en la misma dirección, por encima de los llanos en alto de los montes sobre el Tallar, y ninguno de los dos había podido dejar de seguirlas con la vista hasta que sus clamores y sus siluetas se perdieron en el horizonte.

Esta noche su vuelo y su voz tenían un sonido diferente. Porque estas grullas, que bajaban cuando el aire de la noche —de un día que había amanecido soleado y tibio— se estaba tornando gélido a cada ráfaga, presagiaban el más duro invierno. La noche cristalina comenzaba a destilar el hielo por la punta de cada una de sus estrellas. El joven de Tari y el lobato del Tallar halaron vanamente de distinguir las siluetas de los grandes pájaros viajeros surcando el cielo con estrellas, pero sin luna. No pudieron verlas.

Al día siguiente, con el cielo encapotado, sí pudieron observar sus formaciones. Volaban raudas, una bandada sucedía a otra y algún ave rezagada se afanaba en trompeteos y clamores para enlazar con cualquiera de las aves dibujadas por sus compañeras. Venían traspasando la sierra para avanzar veloces hacia el sur. Barruntaban la tormenta, presentían el frío de las tierras polares que las vieron nacer, y el ritmo de sus poderosas alas era enérgico y continuo. Traían detrás la nieve. Venía a su alcance y perseguidas por ella pasaron a centenares durante toda la mañana. Las grullas dejaron de pasar cuando, cada vez más cenicientas, las nubes comenzaron a arremolinarse sobre el Tallar y sobre Tari.

La ventisca, anunciada por las grullas, se desató con las primeras sombras. Primero blancas y duras semillas de hielo repiquetearon en los árboles, los arbustos, la tierra, las cabañas y la propia piedra de Tari. Luego, copos furiosos trizaron el espacio nocturno. Después, la cellisca se agitó y silbó durante toda la noche con los ventisqueros corriendo la nieve hasta amontonarla en los terraplenes. El amanecer trajo el albo paisaje que las grullas, hijas del norte, habían presagiado.

El lobo Blanquino corrió alegre por el llano en alto sintiendo la nieve crujir bajo sus patas. Luego se revolcó en ella y dio zarpazos a los copos que seguían cayendo.

El joven de Tari miró desde la Roca todo el espacio cubierto por aquella inmensa piel blanca y se fijó en que los árboles sin hojas estaban cuajados de estrellitas de hielo. Vio que los cazadores se apresuraban a salir y se señalaban unos a otros los rastros marcados en la nieve que delataban a sus presas.

Y fue con ellos.



Capítulo VI

El primer invierno

La tardía media luna, a la que el amanecer sorprendió a mitad de su camino por los cielos, no había querido asomar en medio de la tormenta y esperó a que esta se calmara y a que el cielo ceniza del día y luego turbio en la noche recuperara su transparencia para poder mostrarse a la inmensidad fría de la nevada.

La nieve ocupaba el horizonte entero, fuera el hombre quien mirara desde Tari o el lobo quien oteara desde el Tallar. Por cualquier lugar al que se dirigiera la vista ella se había apoderado de la tierra. Un sol pálido intentaba hacer un leve guiño de luz, que no de calor, al espacio mudo. A los montes chatos, al encinar cuyas ramas crujían por el peso del manto blanco, a la inmensa llanura esteparia donde no había árboles que estorbaran la continuidad de su blancura e incluso a las grandes montañas que cerraban los horizontes y cuyos picos brillaban ahora relucientes con los rayos que desde enfrente les llegaban.

La noche había sido de inmovilidad para la manada de los hombres y para

casi todas las manadas de las bestias. Todos habían buscado un refugio y allí se habían acurrucado, oyendo bramar con ira y silbar furiosos a los vientos. Los hombres en sus cabañas, envueltos en pieles, no se habían separado de sus fuegos. Los ciervos se habían adentrado en la espesura del bosque más cerrado y aguantado entre los matones más apretados, con las gabatas pegadas a sus madres. El corzo había encontrado cama en el corazón del enebro; el lince en el lentisco; el zorro en celo, que la noche anterior escandalizaba con sus alborotadores guarridos, se había callado y se había refugiado en una madriguera. De sus conejeras no se habían movido los conejos, y la liebre, cara al viento, pero protegida en su cama escarbada en el ribazo, no había canteado siquiera las orejas agachadas hacia atrás y pegadas al lomo. Las perdices habían logrado conservar las plumas y las patas secas, metido el bando entero en lo más tupido del aliagar. El jabalí, con su gruesa pelliza de piel y manteca, había trasteado por el monte pero sin salir a los claros. Los pájaros habían aguantado en recovecos, agujeros y covachas de árboles o piedras y ahora daban su primer vuelo, al que se adelantaron los cuervos que cruzaron, silueteando su negrura, sobre el espacio teñido de blanco, rumbo a algún lugar que no conocían más que ellos.

Pero antes habían cruzado los lobos. Habían encontrado el mejor resguardo y, hechos una rosca, habían utilizado la propia nieve para defenderse de su frío. Y mucho antes de que asomara la luna y se calmara del todo la cellisca se habían puesto en movimiento. Se habían revolcado gozosos, habían saltado alegres y espolvoreando la nieve de su pelaje con cabriolas. Hasta los más viejos la saludaban con contento y los jóvenes volvían a ser cachorros alocados lanzando zarpazos e intentando clavar sus colmillos en los copos.

En la oscuridad y sobre el rugido de la ventisca, aullaron. El Blanquino, en su primer invierno y en su primera gran nevada, se contagió del frenesí general de la manada. Se unió al aullido corto y seco con que empezaron a cantar. Después, la voz de los lobos se fue alargando y en algún momento se elevó una más potente y prolongada, la del gran macho, que se expandió por el espacio entero y que en medio de la tormenta llegó a los refugios de todos y a todos puso en temerosa alerta. Los lobos cazaban y la nieve era su mejor aliada. El gran lobo del Tallar, reunido todo su clan, emprendió la carrera a

trote corto y los demás lobos le siguieron en fila, agitados, azotadas sus pelambres por la tempestad y sumergiéndose en su seno, como si ellos mismos fueran una de sus ráfagas. El Blanquino, pegado al paso de su madre, se unió a su primera gran matanza con la manada. Cuando la medialuna les vio, los lobos ya corrían imitando su figura. Ya tenía presa delante.

Los lobos aman la nieve. La borra de su pelaje les protege de su aliento y sus patas anchas y acolchadas se hunden menos que las de sus presas. Ellos surcan su superficie, mientras que el ciervo y el caballo se clavan y atascan. La nieve, además, delata cualquier figura, grita cualquier movimiento.

Los lobos habían comenzado su campeo en medio de la noche, vagando aparentemente ajenos al viento que les azotaba y a los remolinos de polvo de nieve que se agitaban en torno a ellos. Se desplegaron al llegar a los llanos en alto, y al poco rato, sus aullidos tenían un nuevo tono, una excitación diferente, eran los de la persecución, la llamada a la matanza.

La primera intentona resultó fallida. Una corza y su cría ya muy crecida que echaron de un bosque de apretadas carrascas lograron llegar a la espesura de un tupido encinar con abundante sotobosque y allí consiguieron que los lobos perdieran su rastro.

Pero un tropel de ciervas no tuvo esa suerte. Una hembra vieja fue la primera en berrear su agonía y su sangre se derramó cuando el sol naciente alumbró la roja carnicería. La cierva se había rezagado de la «pelota» al quedarse un poco atascada en la arrancada del rebaño y luego un traidor ventisquero le tendió una emboscada. Queriendo acortar camino y llegar a la punta de los que huían, se metió donde la nieve acumulada era mucho más profunda, y cuando quiso salir, los lobos asaltaron sus ijares.

Los lobos comieron. Hubo gruñidos de advertencia por el sitio y la preponderancia en el cadáver, y alguno que no acertó a aceptarlo de principio hubo de ofrecer su propio cuello en rendida ofrenda a los colmillos del más poderoso por haberse saltado la jerarquía. Pero todos comieron y las dentelladas que desgarraban piel y músculos calientes no se clavaron en carne lobuna y la sangre que empapó sus belfos fue toda de cervuno.

El Blanquino supo bien que su puesto en el festín era el último, y con el rabo encogido entre las patas traseras y caminando agachado y encogido, con la tripa rozando el suelo, se acercó a la presa procurando no molestar a

ninguno. Conseguido su pedazo se alejó unos pasos y nadie hizo nada para arrebatárselo. En la manada de los lobos se sabe quién come primero y en el mejor lugar, pero cuando el último consigue su bocado ninguno va a quitarle al lobato su comida.

Los lobos se saciaron, y cuando de la cierva quedaba poco más que la cabeza, la piel, algo del menudo desparramado y un poco de carne unida al espinazo y los costillares, se marcharon.

Cuando la luna y el sol pudieron verse al mismo tiempo, ya habían llegado los cuervos, que bien sabían hacia dónde volaban. Y poco después no tardaron en llegar las urracas, que saltaron alrededor de la nieve ensangrentada buscando piltrafas de carne. También apareció el zorro en celo y un águila imperial se descolgó sorprendentemente antes que los buitres y se apoderó del cadáver, mirando, eso sí, como de soslayo, como si no quisiera ser vista comiendo carroña y caza ajena. Pero comió. Y por último, hasta los buitres, que necesitaron de algo más de sol y de una corriente de aire menos fría que los elevara, alcanzaron la osamenta.

Los hombres de Tari saludaron la mañana, pero no se apresuraron a dejar su Roca. Esperaron a que el sol se levantara sobre la nieve y que las manadas de animales dejaran su rastro en ella.

La nieve era aliada de los lobos, pero asimismo delatora de toda bestia para la mirada de la manada de los hombres, si a la tempestad sucedía un día limpio. Si la tormenta y el viento seguían soplando durante días, el lobo podía continuar cazando, pero el hombre, en la oscuridad y la ventisca, desesperabas pasaba hambre.

El joven de Tari, encargado esa mañana de cuidar especialmente el fuego en el recipiente de corteza de abedul, salió con un grupo reducido. La misión de los exploradores consistía en encontrar las pistas de algún rebaño numeroso al que poder entrapar y lograr una buena provisión de carne. No buscaban solitarios corzos, ni siquiera pelotones de muflones. Una pelota de ciervas o mejor una manada de caballos, en algún paraje cercano, eran lo deseado, pero no dudarían en alejarse por la estepa o por donde seguía su camino el río, más allá de su territorio aguas abajo, si lo que cortaban los exploradores era la gran pezuña del bisonte o el paso cada vez más infrecuente de la corriente de agua por parte de los renos. Si estos dieran

señal de cruce, el campamento entero de Tari se movilizaría. Pero los renos hacía años que no cruzaban y los bisontes apenas si aparecían por el último confín de la estepa, casi junto a las grandes montañas. El muchacho, ya reconocido por su pie ligero y rápido, sería el encargado de llevar la noticia al grueso de los cazadores que aguardaban.

No cortaron huella de bisonte, pues no se adentraron en la estepa, ni vieron señal alguna de reno en el vado de los Farallones Rojos, aunque allí quedó de vigía, con abundante provisión y resguardado en una cueva, otro joven cazador que viviría solitario hasta que la manada de los renos quizás este año sí regresara a cruzar los vados. Sin embargo, al otro lado del río, en la mañana del segundo día de su descubierta, donde la llanura no era del todo plana, sino con abundantes lomas y algún montículo, dieron con la yeguada. La acosarían intentando llevarla hacia el río y si lograban hacerla cruzar podrían alancearla más fácilmente en el agua.

El joven de Tari y otro cazador hubieron de correr entonces, hasta que el sol ya se empezaba a poner, para llegar a la Roca y dar el aviso. Los hombres que aguardaban preparados no tardaron en ponerse en marcha. Aprovecharían cuanto de luz pudieran para ir al encuentro de los otros. Lo hicieron con el cazador más veterano marcándoles la senda y el destino. El joven de Tari aguardaría a la mañana, y con un grupo de mujeres y algún hombre más se dirigiría sin forzar la marcha hacia el sitio de la emboscada esperando que a su llegada hubiera yeguas a las que desollar y potros a los que despedazar. El joven de Tari se sintió apenado de no poder lanzar su venablo en los vados, pero comprendió que para el clan de la Roca era también bueno lo que hacía y condujo con orgullo al grupo de mujeres, siendo él por vez primera quien encabezó la fila, pues era el conocedor del camino y el lugar de encuentro pactado.

Cuando llegaron, ya sabían que alguna presa iban a poder llevarse a Tari, aunque no tantas como hubieran querido. Primero con movimientos cautos por sus costados y sin aproximarse demasiado, los hombres habían empujado a la yeguada en dirección al río. Luego, a la vista de sus arboledas, se habían mostrado por los lados y detrás de los caballos apareciendo en la cima de las lomas y los montecillos. La yegua vieja había, al principio, seguido el rumbo hacia el que los hombres la dirigían. Pero llegado un momento comenzó a dar

muestras de nerviosismo y a querer escabullirse del cerco, aunque sin atreverse a lanzar a todo el tropel entre las figuras erguidas de los humanos. Quería mantenerse a distancia de ellos. Los batidores percibieron el recelo creciente de la matriarca y cómo intentaba rehuir el cruce del río. Entonces echaron mano del fuego, encendieron las teas resinosas y avanzaron, mostrándose ya sin tapujos y dando grandes alaridos. El círculo se había estrechado bastante, pero no lo suficiente. La yeguada pareció, aterrada por el olor a humo que se desprendía de las antorchas, coger la trocha que conducía al vado y que a poco se empinaba y dejaba terraplenes difíciles de remontar a sus lados.

La vieja yegua no cayó en la trampa. Rehusó en el momento crucial. Clavó sus cascos al principio de la pendiente hacia las aguas en el instante final y pegando un repentón salió en estampida en dirección contraria, pasando, seguida de la mayoría, como un torbellino de patas y crines y levantando nubes de nieve alborotada con su desenfrenado galope, entre la hilera de hombres espaciados muchos pasos aún que intentaban retenerla y volverla con sus gritos. Alaridos y aspavientos fueron inútiles ante el empuje de la vieja yegua, que condujo hacia la salvación a casi todos los suyos. Pero un pequeño grupo de caballos dudó un instante y los hombres pudieron agruparse y estrechar la distancia entre uno y otro. Este pequeño pelotón de equinos fue el que avanzó, como única salida, hacia el río. Allí los esperaban las lanzas, las azagayas y los venablos de quienes acechaban en la otra orilla y en la rampa de salida aún más empinada que la de entrada. Mataron un caballo joven y un par de potrillos. Cuando las mujeres llegaron, los habían sacado del agua y los habían comenzado a destazar abriéndoles la panza y extrayéndoles el voluminoso y enorme menudo.

El joven de Tari ayudó, como todos, a no dejar más que piltrafas de carne pegadas a los huesos, y aquella noche, antes de regresar al día siguiente con todo lo conseguido a la Roca, comió dulce carne de potro. Montaron el campamento nocturno lo suficientemente alejado de la matanza sabiendo que esa noche los restos tendrían demasiados visitantes y que algunos, aunque temieran a la hoguera, podían ser peligrosos.

Fue la primera gran cacería de su primer invierno. Este no fue duro en extremo. Los renos no vinieron. Una expedición los llevó muy cerca de las

lejanas montañas y lograron matar un bisonte viejo que había quedado aislado del resto del rebaño. A las yeguas no pudieron sorprenderlas ninguna otra vez y les resultaron imposibles de acorralar en las llanuras. Los cazadores más experimentados volvieron su vista a los bosques de los llanos en alto y a los sotos del río donde se refugiaban ciervos, gamos y corzos, y en pequeños grupos se dedicaron a intentar abatirlos con todo tipo de añagazas y trampas. A la espera, en un revolcadero de barro, un veterano consiguió herir seriamente a un jabalí, que al día siguiente fue rastreado y cobrado por el grupo. Las mujeres cogían muchos conejos y liebres con sus lazos y aportaban incluso más carne a los fuegos que la que conseguían traer las expediciones de los hombres.

Las tormentas de nieve ya no daban paso a días claros, sino a jornadas donde el viento seguía soplando con furia y la cellisca azotando la tierra. No se podía salir de Tari, ni rastrear huella alguna, ni mucho menos pretender pasar la noche a la intemperie. El cazador destacado en los Farallones Rojos regresó tras su vigilancia infructuosa. Las partidas de caza se hacían cada vez más reducidas y cortas en sus recorridos, volviendo las más de las veces los cazadores con las manos vacías. La nieve permanecía de continuo en los llanos en alto y era casi imposible ascender hasta allí y regresar en el día. Por ello muy pocas veces los alcanzaban, pues pernoctar a la intemperie era una verdadera temeridad, aunque tenían un pequeño refugio habilitado junto a la fuente de la Tobilla, bajo unas grandes rocas donde había también una piedra plana, labrada en homenaje al sol y que los chamanes visitaban, donde se resguardaban en ocasiones.

Como en otros inviernos de su niñez, el joven de Tari sintió la punzada del hambre como la sufrieron todos en la Roca, y esos mordiscos fueron cada vez más frecuentes y dolorosos según avanzaba el invierno y las reservas se agotaban. Los hombres de Tari oían con envidia el aullido de caza de los lobos del Tallar y señalaban con desesperanza los restos de su festín, ya despojados de carne cuando ellos llegaban.

Cada día más hambrientos, y circunscritos a una parte cada vez más reducida de su territorio, los hombres de Tari comenzaron a acechar a la manada de sus vecinos lobos, intentando llegar a alguna presa que hubieran cazado antes de que hubiera sido totalmente consumida. Fracasaron varias

veces y tan sólo en una ocasión consiguieron algo de la carroña cuando los lobos se habían marchado, aunque hubieron de ahuyentar a algunos que quedaban aprovechando los últimos restos. Entre ellos, el joven de Tari distinguió al Blanquino.

Pero la oportunidad acabó presentándose y el enfrentamiento estalló entre las dos manadas. Fueron los lobos quienes lograron la matanza y los hombres quienes pretendieron arrebatársela su comida.

La manada del Tallar había conseguido al filo de una amanecida acorralar un nutrido rebaño de muflones que habían bajado al valle de Naguafría donde les era más fácil alcanzar el pasto, pues en aquellas vaguadas más resguardadas y de solana, la nieve era mucho menos espesa e incluso dejaba al descubierto la hierba y desde luego arbustos y pequeños matorrales. Los lobos entraron por detrás del rebaño, empujándolo hacia la cuerda sobre el escalón que daba paso a los llanos de arriba. Parte de la pelota, la mayoría de las hembras, logró zafarse, pero un buen grupo, sobre todo de machos, tiró en hilera buscando el paso de subida y se topó con los lobos que los aguardaban en lo más alto del viso.

Los muflones se vieron en un momento acorralados, ya que acabaron incluso por meterse en una zona de ventisquero donde la nieve les impedía remontar y por otro costado una pared de roca les imposibilitaba totalmente la subida. Los lobos, entrando desde todos los lados, se lanzaron a la degollina. Saltaban a los garganchones, y si lograban hacer allí presa, desgarraban y zamarreaban hasta rendir a los carneros a pesar de sus brincos, corcovas y rebotes. Otro ataque era al vientre, a lo blando, buscando desjarretar y rajar los ijares, hasta hacerles salir por allí las entrañas. El animal así herido no tenía salvación. Las lobas, ayudadas por los jóvenes, eran las más eficaces en ese tipo de ataque, y una vez agarrado, ni el muflón más poderoso tenía escapatoria. Los balidos agónicos se sucedieron en aquel recodo de la montaña y el ventisquero se tiñó de sangre. Una mano de muflones quedó tendida en medio de la nieve.

Los lobos comieron hasta hartarse, pero su matanza no había sido sólo para saciarse con aquel festín. Siempre que se les presentaba la ocasión, como con los renos o con los ciervos, mataban a mansalva todas las presas que podían. Quedaban en la nieve, semienterradas en ella y así se conservaban.

Era su despensa y a ella podrían acudir hasta agotar las reservas o hasta que otros animales acabaran también por consumirlas.

Los hombres no lograron alcanzar los muflones muertos sino al segundo día, pero aún quedaba allí mucha carne, y esta vez iban decididos a que sería para ellos y no para quienes la habían abatido. Habían llegado, por fin, a tiempo y estaban dispuestos a conquistar su botín. Pero los lobos no tenían pensado entregarlo.

La manada del Tallar estaba comiendo por segundo día consecutivo en los muflones cuando vieron subir a los hombres. Directos y sin taparse, voceando para hacerlos huir, se dirigían a ellos. No se retiraron. Los hombres con sus venablos enarbolados penetraron en el semicírculo del ventisquero, y los lobos, gruñendo desde detrás de sus presas, les plantaron cara, pero hurtando el cuerpo y protegiéndose tras los cadáveres de los carneros.

Los hombres tenían más hambre y lanzas. Los lobos habían comido. Las lobas viejas optaron por emprender una escurridiza retirada, pero los lobos jóvenes no lo quisieron así. Un hermano de la camada anterior a la del Blanquino saltó de detrás de su parapeto contra el hombre que se acercaba demasiado. Agazapado iba a lanzarse a su cuello, cuando le llegó desde un costado la azagaya. Se incrustó entre los costillares y el animal cayó aullando y revolcándose con la muerte hundida en sus tripas. Otros hombres avanzaron. El lobo, impedido por el venablo que le atravesaba, no pudo huir siquiera, otras lanzas se clavaban en su cuerpo y al poco rato expiraba castañeteando los dientes en un gesto supremo de impotencia y rabia. Los demás ya habían huido.

El campo quedó para la manada de los hombres, que eufóricos se apresuraron a cargar con los restos de los carneros y emprender la bajada a su poblado, hasta la Roca de Tari, donde aquellas provisiones serían recibidas con alborozo por todo el hambriento clan que aguardaba. Al lobo muerto le quitaron la piel, y el cazador que primero lo había alcanzado se quedó con ella para cubrirse la cabeza en señal de victoria sobre enemigo tan fuerte y astuto.

Al retornar con sus presas robadas, el joven de Tari volvió la vista. Desde lo alto de la cuerda un lobo joven y de pelaje más claro lo miraba.

Cuando llegó la primavera, el tiempo de la hierba nueva, el lobo joven del

Tallar y el joven hombre de Tari habían cortado las huellas el uno del otro en muchas ocasiones e incluso se habían visto en alguna de ellas. El lobo olía la del hombre y la reconocía entre todas las de la manada humana y el hombre distinguía el pelaje del lobo claro entre toda la lobada. Pero más veces había visto el lobo al hombre que el hombre al lobo. Algunas había estado bien cerca cuando el otro había pasado sin descubrirlo y en una ocasión el lobo se había acercado tanto a su fuego mortecino en un amanecer ya en los finales del tiempo frío que al despertarse e ir a orinar después de levantarse lo hizo en la mata de al lado de en la que el lobo permanecía emboscado, observándole.

Huellas

El conejo marca emparejadas en la nieve las dos manos delanteras, las de atrás son más arrastradas. Como la liebre, pero las de esta son algo más grandes. La zarpa del zorro que las sigue marca cuatro uñas igual que la del lobo, pero las de este casi doblan a las otras en anchura. El gato montes, el tejón, la marta y el lince señalan los cinco dedos, pero sólo el tejón marca bien las garras. Los otros las esconden, aunque se les notan en la tierra un poco a la garduña y al turón. A la nutria la distinguirás por la telilla de piel entre los dedos. También queda su huella en la arena y junto al río, que es donde la encontrarás, lo mismo que la del visón, mientras que la de la garduña estará en el robledal, la del turón en la junquera y por terrenos blandos y cárcavas es donde te topará con la del tejón.

No te entretengas con las pistas de los pájaros. Tan sólo podrán servirte la de la perdiz blanca, que tiene plumas entre los dedos, la de la roja que marca los tres, como palitos, la del urogallo y, en la estepa, la del sisón y la avutarda. No pierdas el tiempo con otras, que son de vuelo alto y estarán ya lejanas.

No sólo la pezuña es huella. No es igual la marca del ciervo que la del corzo. Mira cómo este descortezza los árboles jóvenes. También lo hace el conejo, pero este roe por abajo. Mira lo que comen y hallarás dónde. Mira que cada uno abre el huevo a su manera. La garduña hace boquete en el costado y el turón lo empieza por atrás. No se come igual al conejo el águila —que dejará la cabeza y empezará a la perdiz por la pechuga— que el gato montes, que lo abrirá por la barriga.

Aprende asimismo de sus excrementos. No tendrás duda con el del lobo, que blanquea, ni con el de la zorra, que habrás de distinguir del que deja el lince, el gato montes, el tejón, la marta, el armiño o el minúsculo de la

comadreja. Los búhos y las lechuzas, bajo sus apostaderos, vomitan bolas de pelos y huesos de lo que han comido.

El corzo te dirá de su paso con sus dos cascabeles, el jabalí hará trocha, un revoltijo de pezuñas y un estropicio de hocicadas, tierra levantada y nieve sucia. La pisada hendida y honda de un macho grande distínguela de la de la hembra, porque marcará atrás el espolón. Puede que vaya aparte, pero es posible que camine con la piara porque ahora es cuando montan los verracos. Alguna noche será de cuchilladas entre los navajeros viejos porque sólo uno cubrirá a las cochinas y será el padre de todos los rayones.

La pisada del venado es ancha, la más grande de todos los que pacen como el gamo. Al muflón y al íbice reconócelos porque también marcan precisos sus cascabeles. Puede que en la nieve oigas los topetazos de las cabras monteses y es buen momento para que te les acerques, ya que el celo les tapa la nariz y las orejas. La yeguada deja las suyas redondas, nadie puede confundir la pisada de un caballo. Si hallas la pisada del bisonte, corre a avisar a la gente de la Roca y aprieta aún más el paso si son de renos las pezuñas que has visto atravesar el río en el vado de los Farallones Rojos.

De todos ellos debes aprender si van andando o corriendo. Te lo dirá la huella igualmente. Y es muy importante que con una mirada sepas verlo. El éxito de una cacería y la carne para el poblado pueden depender de ello.

No encontrarás en invierno la pisada del oso, más grande que mi mano. No la cortarás en trocha alguna porque ahora está dormido y no saldrá hasta que brote la hierba nueva. Pero puede que en los sotos del río tropieces con una del gran gato. Una garra carnicera de la que habrás de huir puesto que es la del leopardo. Y si aún fuera mucho más grande, escapa. Porque será la del león errante. No viene ya casi nunca el asesino amarillo por el territorio de Tari, pero si vieras su huella en la nieve, en la arena o en el barro, no pierdas un instante y escapa.



Capítulo VII

Los invasores

El tiempo de la hierba nueva se llevó la nieve pero trajo a los invasores. El tiempo de la hierba nueva vino con presas fáciles, con crías indefensas y con torpes recentales al alcance del colmillo y del venablo, pero con él llegaron quienes buscaron la propia sangre de los cazadores. Vinieron porque los lobos del Tallar y los hombres de Tari violaron territorios ajenos y acabaron por poner en peligro los suyos.

La loba vieja, escamada por el recuerdo de su camada asfixiada en la fuente del Jabalí, parió en la tejonera de la gran cárcava donde se refugió la vez anterior con el único superviviente. La madriguera estaba en el mismo límite hacia el sur del cazadero de la manada. La planicie elevada entre los profundos barrancos se desploma en este por paredes mucho más verticales. Hombres de Tari o lobos del Tallar frecuentaban hasta la fuente de la Tobilla, bajo un farallón vertical de rocas, donde se abría una hermosa aunque pequeña pradería que conservaba, cuando todo se agostaba, la hierba verde y una inusitada humedad en medio del peor estiaje. Pero más allá no se

asomaban. Sus fronteras parecían trazadas por aquellos barrancos verticales que acaban coincidiendo todos mucho más abajo en un valle más amplio donde las aguas de los diferentes arroyos completaban al final otro río de parecidas trazas, aunque de menor caudal, al que ellos señoreaban y que por su orilla norte daba paso a las estepas. Los lobos y los hombres no solían cruzar ni al otro lado de la gran barranca que daba lugar al siguiente llano en alto, tras otra pronunciadísima costera, ni adentrándose por la estepa acostumbraban a llegar más allá de las primeras estribaciones de las grandes montañas que cerraban su horizonte y tras las que, por una esquina, se ponían los soles.

Pero aquella época de la nueva hierba los lobos del Tallar cruzaron la cárcava y los hombres de Tari se adentraron demasiado en las montañas. Pagaron con sangre y volvieron perseguidos.

La loba vieja parió en la tejonera que asomaba al precipicio. El gran macho y la manada cazaron para ella como el año anterior en los llanos, pero las presas del fondo de la barranca, tupida de vegetación fresca, les llamaron. La caza era allí buena, y ocupar los altos en el lado opuesto para cortarles las salidas resultaba una tentación que no evitaron los rastros olfativos de que otra manada tenía aquello por su territorio y que claramente lo marcaba. Las continuas señales y rastros avisaban con rotundidad de que poner las zarpas en la planicie de enfrente era adentrarse en terreno peligroso. El lobo líder era prudente y poco propicio a descubiertas hacia aquella dirección. Mientras la manada se mantuvo compacta durante el invierno fueron contadas las ocasiones en que se traspasó el límite y estas de manera muy rápida y apenas rebañando en los campeos las marcas fronterizas.

En primavera la manada estaba mucho más dispersa. Los jóvenes formaban pequeños grupos y cazaban por propia iniciativa. El macho lo hacía por su cuenta, aunque en bastantes ocasiones se hacía acompañar por el Blanquino, lobo sin hermanos de camada, muy joven todavía para seguir las correrías independientes de los otros miembros del clan ahora dispersos, aunque el centro seguía siendo la lopera y a ella acudían todos: diariamente el macho para alimentar a la loba y luego a los lobeznos, y algunos de los otros para llevar también algún bocado o simplemente de curiosa visita. Si la hembra les dejaba olisquear y tocar a los cachorros, un privilegio que

permitía en contadas ocasiones y cuando ya estuvieron destetados, el alborozo era total en el grupo.

Fueron algunos lobos de dos inviernos los que hicieron estallar la pelea. Habían cogido el hábito de recorrer las márgenes del regato de agua que corría por el fondo de la cárcava bajo la lobera y hacer ascender a las reses, generalmente corzas con su crías que pastaban aquella jugosa hierba y se resguardaban en la maraña de árboles, arbustos y zarzas, por la costera de enfrente, donde, apostados en lo alto, y ya metidos hondamente en el territorio de la manada del Badiel, otros miembros de la lobada gozaban de una excelente posición para darles caza.

Habían repetido con sucesivo éxito aquella maniobra, a la que los corzos no estaban acostumbrados, pues la manada propietaria del territorio tendía a acosarlos en la mano contraria, sin sufrir contratiempo alguno. Se sentían tan dueños de aquellos nuevos cazaderos que ninguna precaución tomaban cuando los invadían. Fue entonces, cuando en el crepúsculo, entre dos luces, los lobos del territorio violado les cayeron encima. De los tres que había apostados en los portillos del alto únicamente uno logró escapar, sangrando y con una dentellada que le desgarraba la espaldilla, hacia el fondo del barranco, donde en unión de los otros que allí recechaban pusieron tierra de por medio huyendo de la cárcava hacia el interior de su propio territorio.

Aquella noche, el lobo líder, la hembra parida y el Blanquino oyeron los aullidos de la manada vencedora y los sintieron bajar hasta el arroyo. Pero no hicieron por subir hasta la madriguera de cría ante la que el macho permaneció vigilante y atento la noche entera.

La manada invadida se convirtió en invasora. Era una lobada poderosa, y ahora eran quienes diariamente patrullaban por el fondo de la barranquera y realizaban profundas incursiones faldeando por las laderas que siempre habían sido el cazadero de los del Tallar. Procuraban no acercarse demasiado a la zona donde se encontraba el cubil de cría, pero penetraban cada vez más dentro del territorio y llegaron envalentonados a cazar en los llanos altos hasta dar muerte a una cierva muy cerca de la fuente de la Tobilla. La manada del Badiel se comportaba de manera cada vez más agresiva y cazaban muy compactados para lo habitual en aquella época del año, algo extraño para los lobos y para el momento. Si hubiera sido durante el celo invernal hubiera

tenido otro sentido, pero ahora, en plena crianza de la siguiente generación de lobos, aquel comportamiento resultaba sorprendente para el lobo dominante del Tallar.

El gran macho no podía saber que su rival no tenía aquel año camada que alimentar y que había perdido también a su compañera. La loba, a boca parir, había muerto, malográndose con ella todos los cachorros a punto de nacer. El líder había encontrado nueva compañera. Tras una temporada en que las lobas de la manada se disputaron el derecho a aparearse con el dominante en duras peleas que no tenían que envidiar en ferocidad a las de los machos, una se impuso sobre todas las demás y ocupó el lugar dejado vacante por la hembra reproductora. Pero era tarde, la nueva no entraría en celo hasta la próxima añada y la manada había vagado por todos los confines de su territorio, unida al lobo macho, pero sin un epicentro, el de la lobera con los cachorros, al que acudir. Por ello habían topado en el límite con la del Tallar. El gran lobo del Badiel, exasperado y furioso, había atacado sin contemplaciones a los intrusos. Él mismo había matado a uno de ellos, y aunque el otro se rindió y ofreció el pescuezo suplicando por su vida evitando la tarascada final en la yugular, sus heridas al caerle encima la jauría entera eran tan graves que desjarretado ni siquiera pudo regresar a su territorio. Habían dejado huir al tercero.

La manada del Tallar estaba muy debilitada y su jefe lo sabía. No podía abandonar a la camada y por ello se mantenía en vigilancia continua en el territorio cercano a ella. Sus enemigos lo cercaban, aullaban bajo su cubil y hasta pasaban con las colas enhiestas al alcance de su vista por los costados, pero no se atrevían aún a aparecer ante las puertas de la tejonera. Los lobos jóvenes se habían desparramado por el territorio, en el que cerca del gran macho y de la loba vieja permanecían nada más que el Blanquino y el lobo herido en el anterior combate. Por fortuna, las presas abundaban y no les faltó del todo la carne, pero más que nada porque la abundancia de conejos y la habilidad del Blanquino para capturarlos salvaron a todos, a los lobeznos incluidos, de la hambruna.

Por fin, los lobeznos ya estuvieron listos para emprender una retirada, y el lobo macho se sintió aliviado cuando pudo al fin abandonar aquella cárcava. La loba emprendió la marcha y dejaron el lugar desplazándose hacia los visos

que daban al poblado de los hombres de Tari y de vuelta una vez más a su vieja querencia del Tallar.

Los lobos rivales tomaron la mayor parte de su territorio y camparon cada vez más a sus anchas por las fuentes y los llanos de los altos. La manada en retirada fue empujada cada vez más hacia naciente, hasta que de nuevo hubieron de volver a aquella zona quemada de la fuente del Jabalí, de tan malos recuerdos para ellos, y desplazarse hacia el monte de las Matillas, y los que se escalonaban tras él, para realizar sus cacerías.

Crecieron los cachorros y se hicieron lobatos desgarbados, como lo había sido el Blanquino el año anterior. Pero la normalidad parecía volver una vez más, y aunque reducidos y empujados a una parte mínima de lo que antes había sido un vasto territorio, alcanzaron el otoño sin más contratiempos que retirarse de vez en cuando ante el avance de la manada enemiga, que ya se permitía incluso bajar, desbordando la Roca de Tari, a beber y a acechar rebaños en los vados de lo que había sido su río. Sin embargo, no tan acostumbrados como los lobos del Tallar al roce con la manada de los hombres, y cuando alguno probó el dolor que desde lejos podían aquellos lanzar, optaron por no frecuentar más aquella zona.

Fue un cierto alivio para la lobada primitiva, pero el lobo macho sabía que únicamente supondría una tregua, que su territorio había sido invadido y que habría que combatir. Porque ahora, donde antes aullaba él, se levantaban otros aullidos desafiantes y continuos a los que no osaba responder. Noche a noche, el aullido de la manada del Badiel retaba a la del Tallar y esta no respondía.

En la Roca de Tari también había aullidos, pero estos eran de dolor de las hembras y griterío furioso de los hombres. El clan se revolvía como un enjambre de avispas, tan enfurecidas como acobardadas por el humo, y miraba al norte, a las montañas. De allí podría venir la desgracia. Porque de ahí había llegado la noticia de la muerte. Nadie vio los cuerpos de los cuatro cazadores muertos, pero todos supieron que lo estaban. Nadie vio sus heridas, pero todos supieron que eran de lanza, de hacha y de maza. Nadie tuvo que decirle al único superviviente, a quien habían dejado un poco atrás antes de adentrarse por aquel desfiladero por el que llegaba el río de aguas tan claras, que no fue la garra ni el colmillo quien los abatió. El cazador que regresó con

vida no vio otros hombres, no oyó ni sus gritos de victoria ni los de agonía de los suyos. Simplemente contempló al atardecer subir el humo y supo que no debían ver el suyo y se abstuvo de crear aquella noche el fuego para calentarse. Aguardó a la mañana. A mediodía vio los buitres, el círculo de los buitres y el ojo del buitre descolgándose desde todas las direcciones hacia aquel círculo de muerte. Pero aún aguantó otra tarde y otra noche hasta que fue consciente de que ninguno de sus compañeros había escapado ni volvería. Divisó una vez más la columna de humo de la hoguera de otros hombres que no eran de los suyos y fue cuando se escabulló, procurando que no se viera huella alguna ni de su presencia ni de su paso, y regresó aterrado al poblado.

Allí contó que Tari había perdido cuatro hombres, cuatro cazadores que ya no aportarían carne al clan, cuatro lanzas que ya no defenderían la Roca. Y los cuatro muertos estaban entre los hombres más fuertes y avezados de Tari y entre los cuatro se encontraba el que abría la fila de la caza por delante de todos ellos, aquel cuya voz era la que prevalecía y a la que el resto de los hombres escuchaban y obedecían más que a ninguna otra.

Sucedió todo porque aquella primavera las manadas parecieron haber abandonado las faldas de los montes y haberse trasladado primero al río y adentrarse luego por la estepa. Los hombres fueron tras ellas. Cada vez más lejos. Hasta llegar a otros ríos. Hasta dar con las huellas y los campamentos de otros hombres. No los vieron, pero supieron que estaban allí y que eran numerosos y fuertes, que mataban grandes animales y que también poseían el fuego. No quisieron topar con ellos y regresaron. Hubo muchas discusiones en torno a la hoguera. Voces se levantaron para decir que no era bueno adentrarse en la estepa y que era malo avanzar hacia las montañas, que el pueblo aquel era poderoso y que no admitiría que otra manada de hombres cazara en su territorio. Hubo muchos que señalaron que era mejor no alejarse mucho del río propio. Pero el jefe de Tari era joven y siempre fue muy impetuoso.

Hacía mucho, casi nadie se acordaba, que los hombres de la Roca habían visto a otros hombres, y no quedaba más que una memoria lejana de que con aquellos de las montañas había habido sangre de por medio y que los hombres de Tari eran los que habían llegado huyendo y atravesando el río hasta lo que ahora era su poblado. Algún anciano recordaba de otro anciano,

que a su vez lo había oído de uno anterior, que casi todo el clan había sucumbido ante las lanzas de aquellos cazadores que poblaban la montaña. Únicamente había quedado en la memoria que hacia allá no debía caminarsse, ni avanzar ni cazar ni intentar llegar a otros ríos. Pero aquello no estaba en los recuerdos del impetuoso jefe de la manada de los hombres de la Roca de Tari, orgulloso de su fuerza y de la de sus más de dos manos de cazadores aptos para abatir un uro o para enfrentarse a un hombre.

Fueron hacia allá y volvieron. Con caza y con visiones de ríos donde abundaban las truchas y los cangrejos, con pieles de nutria y de castor, con perchas de perdices nivales y de urogallos. Con relatos de bisontes pastando y de grandes bosques de pinos y extensas praderías altas llenas de rebecos y valles repletos de caballos. Fueron aquel verano varias veces, y cada vez fueron más lejos, y el primero de la fila empezó a hablar de un lugar al que quizás mudarse al menos durante el tiempo más cálido y regresar a Tari tan sólo a pasar el invierno. Traían carne en abundancia y casi nadie parecía querer recordar que aquel era el territorio de otros hombres. Pero los hombres de las montañas Azules sí les habían visto, y la última vez los aguardaron emboscados, y cuando entraron en el desfiladero del río Manadero, ya no los dejaron avanzar más, ni llevarse más carne de sus animales. Los esperaron, saltaron sobre ellos y los mataron. Les quitaron la ropa, las lanzas, los venablos y los adornos, dejándolos desnudos sobre las rocas peladas y lavadas por las aguas del río para que los buitres no tuvieran problema en encontrarlos.

El griterío en Tari tenía las entrañas preñadas de miedo. Las mujeres chillaban y los hombres se miraban entre ellos y se ensimismaban en hoscos mutismos contemplando torvamente el fuego. Cuando las lágrimas y los sollozos acabaron, los hombres hablaron largamente, y se escogió un cazador nuevo para abrir la fila en las partidas de caza y los cazadores más jóvenes, unos niños casi, hubieron de tomar mujer y proveer para un fuego. Y uno de ellos, a pesar de su corta edad, fue el último elegido; era el joven al que un lobo dos primaveras antes le había desgarrado el brazo, dejándole para siempre la marca de sus colmillos. Debería dejar el grupo de hombres solos y el fuego de su madre para ocuparse del de una hembra ya mayor, su hija ya crecida, un poco más joven que el propio muchacho, y un niño que aún

mamaba. Sería el hombre de aquel fuego y tendría derecho a aquella hembra. Fue la decisión de todos, y él hubo de dejar el fuego junto al que había nacido. El hombre de su madre, que había sido precisamente el elegido para liderar la fila, lo acompañó a la cabaña de piel, madera y tierra. El hombre de su madre lo condujo hacia aquel lado del poblado con orgullo, y su madre le despidió en la puerta que dejaba con pena. La mujer que daba de mamar al niño lo miró de arriba abajo, midiéndolo y lamentando que hubiera sido el más inexperto y medio hombre de los supervivientes el que le había sido asignado. El joven de Tari sintió la mirada que lo achicaba, pero al entrar dentro con el fardo de sus pocas pertenencias y dejarlas en un rincón, se topó con los ojos asustados de la niña que lo miraba y se sintió de nuevo hombre. Y la niña ya crecida abrió la cara en una sonrisa.

El estiaje fue amargo y lleno de zozobra en la Roca. Las mujeres procuraban no bajar hasta el río a no ser absolutamente imprescindible y siempre acompañadas por varios hombres. Un vigía quedó apostado permanentemente en los vados de los renos, en los Farallones Rojos, el punto más alejado aguas abajo del territorio de Tari y más cercano por el lado de la estepa a las montañas, pero esta vez no para esperar ansiosamente a los rebaños que ya nunca venían, sino con la aprensión de ver aparecer a otros cazadores humanos que en esta ocasión vendrían a darles caza a ellos.

El ojo del vigía de Tari miró hacia las cumbres por las que se ponía el sol, temiendo que cualquier amanecer aparecería el enemigo por allí; el ojo del hombre observó con miedo la llanura ondulada preocupado por ver elevarse el humo de otros hombres. El ojo del hombre permaneció fijo intentando divisarlo y fijarlo todo. El ojo del hombre vio pasar muchas cosas, pero no vio acercarse a otros hombres. Sólo cuando las hojas de los árboles comenzaron a cambiar de color, a enrojecer las unas, a amarillear las otras, el viento se empezó a hacer frío y las grullas volvieron a bajar, el ojo del hombre relajó su mirada.

El ojo efímero

*T*odo en el monte es efímero. Cruza el corzo y ya ha pasado, ya no está, ya parece no haber estado nunca, ni ahí entre la leña de los quejigos, ni en el ribazo del arroyo, ni en la tierra húmeda donde tal vez aún quede una huella, ni entre las aliagas por donde se ha perdido en la costera. Llega el ruido del jabalí a la hojarasca y ya se ha apagado, ya parece no haberse producido nunca. Se concreta, tal vez, y atraviesa negreando el mínimo claro, o no. O se desvanece como si jamás hubiera llegado a nuestro oído. Como el jadear de los lobos que le perseguían, como el grito áspero del arrendajo, como el vuelo rasgando el aire de la torcaz. Estaban hace un instante, han pasado y ya no están. Y cree el hombre que hasta el recuerdo le engaña y siente la tentación de comprobar, de fijar, al menos, la pisada.

Cuatro veces oyó las grullas que bajaban. Quiso verlas, pero hasta perdió sus gritos y dudo. Solo al quinto clamoreo divisó la bandada, muy alta, que pronto se esfumó, y luego hasta volvió a dudar de que en algún instante hubieran estado suspendidas en aquel cielo.

Todo es pasar en el monte, el ojo del hombre parece ser el único que permanece, el que quiere poseer su movimiento. Pero ni siquiera puede retener la huella. Quizás tan sólo pueda retener la vida en movimiento con la muerte y el manchón oscuro del animal abatido e inmóvil.

También se va el hombre, se va su ojo. Queda únicamente el paisaje, y tampoco. Los chaparrales más luminosos con sus hojas que ya amarillean y este sol cálido, que no hiere y sí acaricia la tierra y besa a los árboles y a los cielos, no estarán cuando regrese. Tampoco la trémula y tibia llamarada de los álamos en la atardecida de este otoño que es lodo él un atardecer de la Naturaleza. Y por efímero, porque lo siente como sustancia de la vida que se

le escurre del cesto del alma, porque lo ansia detener, lo conmueve más en su belleza. Por imposible, por pasajero, lo ama.

Se va el hombre. Se va el aullido del lobo. Arriba quedan los buitres. Queda su ojo parsimonioso explorando alguna inmovilidad mortal que el cazador no haya encontrado. Queda el ojo hambriento. También se irá cuando «tardee» la tarde. La huella de mañana en la tierra húmeda será ya de otro corzo.

El hombre ha estado, ha visto, ha creído ser quien retenía las imágenes, ha querido poseer el paisaje, a sus colores, olores, sonidos y bestias. Y se ha ido. Él ha pasado también. Donde estaba su ojo ya no hay nadie. Su ojo es tan pasajero como el paso del corzo, como el ruido del jabalí, como el rasgar de las alas de la torcaz, como la hoja del quejigo, y donde estuvo, a nada no habrá tampoco huella alguna. Y ni el ojo del buitre detectará su falta donde estuvo.



Capítulo VIII

Sumisión

La primera noche de luna fría en que el lobo del Tallar llamó a reunirse a su manada, cuando las primeras nieves asomaron a las sierras, muy pocos aullidos contestaron. La manada había mermado. Al lado del gran macho, la vieja loba, el lobo que había resultado herido en la espaldilla, el Blanquino y tres lobatos, supervivientes de ese mismo año. Nadie más respondió. Apenas sin territorio y acosados por la poderosa manada rival, los demás lobos se habían alejado, habían partido hacia otros lugares, buscando los unos establecer manada nueva, o bien, en el caso de las hembras jóvenes, incorporarse a otra lobada que pudiera admitirlas o emparejarse con algún otro lobo divagante. A los lobos no les gusta caminar solos.

La manada del Tallar quedaba debilitada y expuesta a sus enemigos. El invierno iba a ser muy duro. El gran lobo sabía que no tendría más remedio que combatir. El macho rival e invasor lo buscaba.

Había rehuido el combate mientras no fue necesario, pero ahora no quedaba más salida. Lo decían todas las marcas. Lo exigía el cielo. Los

lobeznos que nacieran en las loberas de la fuente del Jabalí o de la Tejonera no podían abrir los ojos sin un territorio en el que sus padres pudieran alimentarlos.

El lobo del Tallar sabía que el lobo del Badiel no iba a permitir que en todo aquel espacio hubiera otros cachorros que no fueran los suyos. Había encontrado nueva compañera, la loba más fuerte, que se había impuesto a todas las rivales, la que tendría el deber y el privilegio de aparearse. Pero la pareja rival había de ser aniquilada. La manada invasora cruzó la cárcava y se estableció, como si fuera suyo, en la totalidad del cazadero de los lobos del Tallar. Buscó el enfrentamiento, y sabiéndose mucho más poderosa, proclamó con aullidos su reto. En Naguafría el lobo invadido hubo de plantar cara.

Los dos machos se acercaron, con sus respectivas manadas observándoles a distancia, los unos entre los chaparros de un pequeño montículo, los otros en una praderilla con algunos juncos y espinos albares. Se aproximaron el uno al otro, las colas enhiestas, en señal de dominio y poderío. No las levantaban del todo como hacen los jóvenes lobos en sus juegos y escarceos de lucha, sino que las mantenían casi horizontales, pero claramente erguidas. Con las orejas enveladas, alargaron el cuello y se fueron acercando. Se medían. Eran de parecida corpulencia. Quizás algo más joven el del Badiel, más grande el del Tallar, de formas más macizas el primero y más esbeltas el segundo.

Se mantenían frente a frente, inmóviles, observándose con enorme fijeza. El del Badiel dio el primer paso hacia delante, el del Tallar lo imitó. Se fueron aproximando lentamente y, a medida que lo hacían, los bellos de ambos se fruncían descubriendo sus afilados caninos. Sus orejas se amusgaron, retrayéndose, hasta quedar pegadas a la pelambre del cogote. Llegaron a rozarse. Hocico contra hocico, gruñéndose torvamente. Se medían, pero ninguno daba aún el paso definitivo del ataque. Giraron sin perderse la cara. Despacio, muy despacio. Calculando cada pisada. Entonces hubo un último gesto. Las orejas del lobo del Badiel se proyectaron hacia delante, el gruñido se hizo más cavernoso. El gesto se reprodujo de inmediato en el macho del Tallar. Y, ambos, poseídos de la furia, se lanzaron el uno contra el otro, buscándose la yugular. Cada uno intentaba sujetar al otro con

las patas delanteras. El del Tallar pareció cobrar ventaja. Estuvo por un momento arriba, sobre la espalda del otro, pero el macizo macho enemigo respondió con una dentellada a los ijares. El revoltijo de gruñidos resultó luego espantoso. Crujió un hueso, pero los dos seguían enzarzados y cada cual había hecho presa en el otro.

Las heridas manaban sangre. Su olor enardecía, aún más, a los luchadores y estremecía a sus manadas que los contemplaban inmóviles. Todos sabían que aquella pelea no se resolvería con una simple sumisión, con una de aquellas rendiciones pactadas por el código ancestral del lobo, para establecer la jerarquía. El vencedor quedaría dueño de todo el territorio del otro y de su manada. Al perdedor sólo le quedaría la huida para salvar la vida.

Y el macho del Tallar ya sabía que aquella posibilidad no existía para él, pues el crujido había sido de una de sus patas, que acababa de casarse como una caña entre las mandíbulas de su enemigo. Este sangraba profusamente en la espaldilla donde él había hecho presa. Un mordisco muy doloroso, pero que no le mermaba para la pelea como él lo estaba. El macho rival se lanzaba ahora con toda su maciza osamenta a un asalto definitivo, y esta vez logró derribarlo. Intentó escabullirse e incorporarse, pero el otro ya no se lo permitió. El viejo macho del Tallar trató ahora de proteger su cuello, pero no pudo evitar la presa del otro en él. Sus mandíbulas no consiguieron más que agarrarse tras la oreja de su enemigo y desgarrarla. Pero estaba ya vencido. Aún peor, la dentellada en la yugular era fatal. Estaba muerto. Y el lobo del Badiel no soltó ni aflojó un ápice la presión de su dentellada hasta que el cuerpo quedó inerte, hasta que ni un solo músculo de las patas traseras se movió en sus agónicos estertores. Cuando así lo hacía el lobo agonizante, su vencedor lo zamarreaba con enorme furia, para acelerar su final y su victoria.

Al fin, cuando tuvo la certeza de su muerte, lentamente lo soltó. Se irguió envarándose sobre sus cuatro patas y rígida la cola y amugadas las orejas hizo proclamación de su poder y de su triunfo y exigió la sumisión. Los de su manada así lo hicieron uno a uno, primero la hembra dominante, su pareja, que vino a lamerle los enrojecidos belfos, todavía retraídos en un gesto de amenaza, y que hacían blanquear más incluso los fieros colmillos. Luego vinieron los machos, con la cola agachada y avanzando con precaución a mostrar el reconocimiento a su dominio y a oler al enemigo muerto. El lobo

dominante se mantenía inmóvil. Ahora miraba hacia donde sabía que estaba la manada perdedora.

Se puso en movimiento y seguido de los otros lobos de su clan se dirigió hacia ellos. La loba y los cachorros del año habían desaparecido. La hembra vieja, cuando vio el fin de su macho y antes incluso de que este cesara en sus movimientos espasmódicos, había huido. La hembra madre del Tallar intuía que el macho triunfador vendría contra ella y tal vez sus lobatos también corrieran peligro. La vieja loba huyó. Marchó hacia el río y lo cruzó. Sabía que aquel cazadero ya no era suyo y que jamás podría volver. Se internó con los lobeznos por la estepa. Ella ya no volvería a parir en las piedras sobre la fuente del Jabalí ni en la vieja Tejonera de la cárcava. Ella ya no volvería a tener cachorros y ahora todo lo que podía intentar es que aquellos tres sobrevivieran.

Los dos lobos jóvenes, el herido y el Blanquino, no huyeron con ella. Se quedaron quietos, esperando a la manada rival que les cercaba. El gesto de ambos era de profunda ansiedad, con las orejas hacia atrás, la boca cerrada y comprimida y la cola inclinada hacia el suelo. El lobo del Badiel se les vino encima. Se aproximó primero al lobo un año más viejo que el Blanquino, el que había resultado herido en el anterior enfrentamiento. Este achantó su cuerpo y, caminando encogido, reptando casi y con el rabo entre las patas traseras, se acercó hacia el dominante. El gran macho puso una pata sobre él y gruñó mostrándole los dientes. El lobo sometido hizo un último gesto de sumisión, se tumbó sobre su espalda dejando al descubierto la endeble piel de la barriga, las ingles, los genitales y ofreciendo el cuello. El macho seguía fieramente encima. Entonces el lobo humillado orinó y aquello fue, al fin, lo que pareció calmar al vencedor, que lo dejó aparte y se dirigió con el mismo alarde de intimidación hacia el Blanquino.

El joven lobo, que iniciaba su segundo invierno, lo esperaba totalmente humillado, agazapado y con el rabo entre las patas, sin moverse. El otro repitió el gesto de la pata y se puso sobre él haciéndole que aún se encogiera más. El Blanquino siguió inmóvil, sin un gesto que pudiera desatar la agresión. Finalmente el gran macho quedó satisfecho y se marchó.

Los dos supervivientes de la manada del Tallar quedaban pues absorbidos por la manada triunfadora. Se habían sometido al jefe. Pero los lobos sabían

que les quedaba mucho más y que su calvario no había hecho sino empezar. Los dos eran machos y los machos del Badiel entendieron que habían de someterse a todos ellos. Todos y cada uno de los lobos de la manada badielina iban a exigirlo todos y cada uno de los días. Los derrotados del Tallar ocuparían el último lugar en la lobada. Ante todos habrían de humillarse a cada momento y a cada instante en que los del Badiel así lo requirieran. No era algo novedoso para ellos, en su propia manada y ante sus superiores también lo hacían, pero en la suya cada cual conocía bien su lugar y la tensión era menor. En la nueva manada, a cada paso se desataba el conflicto y se exigía el sometimiento de los recién llegados. El lobo de tres inviernos que había sido herido en la primera confrontación entre los clanes no aguantó mucho tiempo. Primero combatió y hasta escaló algún puesto en la manada, pero era cada vez más acosado. Estaba al borde de alcanzar la madurez total y, tras un nuevo combate que esta vez perdió, optó también por la huida. Como la loba vieja, cruzó el río y se marchó por la estepa. Tal vez tras la huella de su madre.

El Blanquino se quedó. A él, más joven, lo molestaban menos. En la manada había bastantes lobos de su edad y ninguno del año anterior, en que la manada no había tenido cachorros. Era quizás el más joven en edad, pero pronto descubrieron que entre los pequeños era el más fuerte, el más avezado, y uno a uno fue poniéndoles patas arriba a todos. El Blanquino había sido criado en exclusiva por su madre y había comido más y mejor, además de haber adquirido antes las artes de la caza. A pelear no le quedó más remedio que aprender. Aunque no se había sometido a ninguno de sus hermanos y a estos nuevos compañeros fue él quien consiguió doblegarlos a todos. Cuando el invierno entró de lleno y con toda su crudeza, el Blanquino ya tenía un mejor puesto en la manada. Y tan sólo cedía ante los lobos de tres o más años y, por supuesto, ante el líder.

Su mejor conocimiento del territorio hizo que protagonizara algunos éxitos en la caza común. Pero eso no fue del todo bueno para él. El macho dominante lo comenzó a emplear como adelantado en cualquier paso peligroso o para adentrarse en cualquier lugar del que se recelara. El Blanquino se convirtió en el que abría las sendas. Y, en muchas ocasiones, el que abre las sendas no es quien entre los lobos dirige la manada, sino quien

se expone a los peligros de los que quiere hurtarse el que domina. Sobre todo del peligro de la manada de los hombres, a la que el lobo del Badiel temía mucho más de lo que la había temido el lobo del Tallar y mucho más incluso de lo que la temía el Blanquino.

Fue por aquello, por caminar delante y por los pasos descubiertos, los claros del bosque y los lugares donde se hacían más visibles, por lo que los hombres de Tari comenzaron a reconocer al lobo de pelaje más blanco y a contar cosas sobre él. El joven de Tari lo conocía, y en la hoguera una noche lo dijo:

—Es el cachorro que salvó la loba cuando quemamos su camada de la fuente del Jabalí. Lo he visto con ella muchas veces.

—Ahora es él quien dirige la manada —señaló otro muchacho—. Siempre lo vemos caminar delante de los demás.

—Esa ya no es la manada del Tallar. La vieja loba ya no está. Ni el macho grande tampoco. Son otros. El lobo Blanquino va con ellos. Pero no es él quien los manda. Es quien va delante, quien se asoma primero a campo abierto y quien se expone a nuestras lanzas. Esa manada no es la suya y no lo quiere.

La codorniz

*L*a codorniz, recién llegada, cantó en la noche. En el crepúsculo había reclamado el cuco, y luego, ya en la sombra, había elevado su voz el autillo. Pero en la oscuridad sin luna, apenas entibiada por las estrellas, se alzó la llamada de la codorniz. Y el joven de Tari no quiso que callara. Deseó que su llamada se repitiera y ella cumplió su deseo. A intervalos elevó su voz y acompañó el aguardo del muchacho que sabía que aquella llamada era para que su hembra acudiera. Él sentía también que debía lanzar esa llamada y que allí en la cabaña del poblado había quien la escuchaba. Al fin se decidió a incorporarse y dejó su acecho. Se fue por la sobada trocha por la que no habían querido venir ni el corzo en el día ni el jabalí en la noche y lo que le despidió de la pequeña juncada junto a la fuente fue de nuevo la vocecilla briosa y cálida de la pequeña ave que sólo canta cuando las noches son cortas y el sol alto.

El joven de Tari deseaba llegar cuanto antes a la cabaña y sentir la voz de una hembra. Pero aquella que quería oír no era la de su hembra.



Capítulo IX

La hembra

El joven de Tari sabía montar a una hembra. De chicos jugaban con las niñas pequeñas a montar. De jóvenes llegaba otro deseo de hacerlo y la semilla de la vida comenzaba a fluir por sus miembros de hombre. A ellas les crecía allí el pelo y el juego ya no era permitido. Pero los jóvenes jugaban si podían y ellas les dejaban. Pero entonces quienes se lo impedían eran los hombres. Las querían para sí y las llevaban a sus pieles y a sus fuegos y los muchachos debían apartarse. Los hombres ya no los toleraban y era peligroso querer seguir con los juegos. El golpe caía y hasta podía clavarse la lanza. El joven de Tari lo sabía y había sido muy prudente.

La muerte de los cazadores le había dado hembra. Una hembra madura, casi vieja. Y él apenas sí había dejado de ser niño. La hembra además amamantaba. El joven de Tari atendió a su fuego y trajo carne. Pero no quiso ejercer su derecho a montar a la hembra que se alimentaba de su caza. Ella tampoco quiso durante algún tiempo, pero cuando llegaron algunos calores en verano lo requirió a su carne y él sació su deseo. Cuando llegó el frío, la

mujer lo quiso en las pieles, pero él procuró no quedarse en ellas y mantener las suyas, a las que retirarse después de los jadeos. La hembra era vieja y ya no quedó preñada.

La hembra tenía una hija y aquel verano creció en su cabaña. La sonrisa del primer día se hizo luego risa y en los ojos aparecieron miradas que seguían siempre el paso del joven de Tari allí donde fuera. La hija de la hembra se negó a seguir los juegos de los muchachos y a dejar que ninguno la montara. Sólo deseaba que fuera el joven de Tari quien lo hiciera, pero quien lo aprovechaba era su madre.

La joven creció aquel verano, y al llegar la estación en la que caen las hojas, hubo cazadores que quisieron llevársela a su luego. El joven de Tari habló con el jefe, el hombre que vivía en el fuego de su madre, y le dijo que él cuidaría ese invierno de las dos como había hecho hasta ahora y que no quería que se fuera. La hembra vieja estuvo de acuerdo y no quiso tampoco que su hija se marchara. El jefe de Tari se rio contemplando al más joven de todos sus cazadores y al que por tantas cosas más apreciaba y se vio a él mismo cuando buscó en tiempos a su madre. El jefe de Tari sabía bien que aquel llevaba su semilla, y aunque debía ser justo con todos, mantener a la joven en la cabaña le pareció un acto bueno y justo, y así lo hizo saber a la Roca.

La muchacha respiró tan aliviada y estuvo tan contenta que su madre pensó aquella noche, cuando el joven de Tari no quiso yacer con ella una vez más, si quizás no hubiera sido mejor que la hubiera entregado a cualquiera de quienes la reclamaban. Pero ya era tarde. Y la madre pensó que así sería, en el fondo, mejor y que no era cuestión de que otro hombre viniera a aquel fuego ni que, y a lo peor, tuviera que separarse de su hija. Ella sería quien la cuidaría cuando los dientes y las piernas le fallaran.

El joven de Tari sabía cómo montar a una hembra, pero no sabía por qué, cuando montó a aquella, después, al oír cantar a la codorniz, le entraban aquellos deseos irrefrenables de volver a la cabaña y reír de nuevo con ella.

La joven lo estaba esperando aquella noche que regresó de la fuente del Chorrillo, cuando oyó la voz de laavecilla recién llegada. Lo estaba esperando y no le importó que su madre la viera. Fue ella quien se metió en las pieles del joven de Tari y quien le dijo que estaba muy alegre porque no la

había entregado a nadie. Que ella le daría hijos y que jugarían a todo lo que él quisiera y que no le importaría si también había de satisfacer a su madre.

Todo era risa en la cabaña, pero la voluntad del jefe y la suya no eran suficientes para acallar a quienes querían a aquella hembra joven, y uno más osado, creyendo que tan joven rival cedería, no dudó en arrebatársela.

No esperó mucho. Simplemente aguardó a que el muchacho saliera para una cacería a la que él no fue convocado, la cogió y se la llevó a su tienda sin hacer caso ni a los gritos suyos ni a los de su madre. Seguro de su fuerza y de los años sobrados que le sacaba pensó que el joven de Tari tan sólo se atrevería a reclamar ante el jefe y él ya tenía respuesta preparada y aliados apalabrados que le apoyarían. Aquel joven lobežno no tenía por qué gozar de la más hermosa de las jóvenes hembras de Tari.

No contaba con que el muchacho llevaba la marca de un lobo en el brazo. Al regresar de la caza, notó primero el silencio del poblado a su paso y supo qué no debía hacer al tener que callar el chillerío de la hembra vieja. Lo que debía hacer lo haría solo y sin consultar a nadie ni a nadie pedir amparo. Porque él era ya un cazador de Tari y alguien le había robado lo que era suyo.

Cogió un venablo ligero. Se fue a la cabaña y llamó al otro con una voz de desafío mientras el poblado miraba y el jefe acudía. Salió su rival levantando la piel gruesa de la entrada y dio un paso. No dio más. El venablo le atravesó el costado y el hombre cayó de lado, intentando arrancárselo. El joven de Tari estaba a punto de alcanzarlo con el hacha de piedra cuando el jefe y algunos más lo sujetaron y pudieron separarlo de su presa. Se llevaron al herido para sacarle la azagaya y ver de salvar su vida.

El joven de Tari llamó a su hembra y ella salió corriendo hacia él. Los dos, sin mediar palabra, se volvieron a su cabaña. El poblado supo que había un hombre en Tari al que no se podía robar nada. El herido no murió y odió a quien lo había derrotado, pero le tuvo miedo para siempre y cedió a su paso en la caza y ante el fuego.

La noche del cazador

*E*cha a andar hacia el crepúsculo, buscando silenciosamente el silencio y el frescor de la oscuridad. Y todos sus silencios, y cada uno de sus roces, y el sobresalto de todos sus sonidos. Porque nada suena como la noche del cazador ni nada tiene más silencios escudriñados como aquellos que suceden a un leve chasquido, a un mínimo tamareo y que, casi siempre, desaparecen y se diluyen en la nada.

La noche del cazador tiene en el preámbulo las voces, previas al silencio que descorrerá la cortina de las voces nocturnas, de los mirlos, que unas veces suenan con toda la armonía del atardecer y otras con toda la algarabía de las alarmas y el sobresalto. Tiene también el zureo tardío, ya como más echado, de alguna paloma. Tiene pájaros cerca de la charca y si hay charca. Tiene insectos que zumban y puede tener muchos mosquitos vibrando peligrosamente cerca de nuestra oreja. Puede tener incluso a la última codorniz. Pero habrá un momento en que todas se paralizen. Casi de golpe. Hasta el rebullir de los conejos parece haberse detenido.

Hasta que suena profunda la voz del autillo. La noche cálida del verano ya está sobre el cazador y ahora silba la brisa de otra manera entre las encinas, y de otra manera siente agitarse las retamas. Entonces, el cazador humano mira hacia arriba en busca de luna y de las tres estrellas juntas en la cintura del cielo. Y el lobo se para en un altozano y ventea los efluvios que le trae el aire. Y los dos se quedan inmóviles cuando rompe la noche el ladrido cercano de un corzo en celo o el inconfundible acercarse regruñendo de una piara. El hombre comprueba, una vez más, de dónde sopla el viento, para ponerse a su favor y tenerlo siempre en la cara, y el lobo se amaga y se pierde, sombra entre las sombras, en la oscuridad.

La luna más hermosa salió anoche. El crepúsculo se esfumaba tenue hacia el naciente, conservando todavía un rescoldo de brasas por poniente, entre los gritos alborotados de los mirlos. El hombre acecha, inmóvil, sobre el manantial y la pequeña poza de agua, en un pequeño valle dando cara a una costera punteada en su viso por encinas de redondas copas. Tras una empezó a brillar el astro nocturno y de ella emergió con redondez perfecta hasta separarse del horizonte y alcanzar el cielo mientras de la tierra oscura subía acompañándola la armoniosa algarabía de los grillos.

Lentamente, y según se alzaba, comenzó a bañar los árboles, luego los matorrales y finalmente umbrías y oquedades del sombrío suelo para hacerles de nuevo perfilarse y tomar sus individuales formas desligándolos de la amalgama de la tiniebla. Pero eran otras formas y otro color. Otra luz inusual que nos estremece y nos inquieta, porque no es su luz, la luz bajo la que caminan los hombres. Es la luz que ama el lobo, bajo la que camina el lobo y a la que el lobo ama.

Pero esta noche no parece querer hablar. La noche clara se limpia aún más hasta hacerse casi traslúcida en un cielo donde a las estrellas les cuesta hacerse notar e insinuar su parpadeo. Sólo algunas hilachas de nubes, como guedejas lanosas, se atisban en algún costado del firmamento sin estorbar el paso de la luna llena.

Daban ya sombras las encinas en el monte cuando detrás de aquella de la costera, de la misma copa y por idéntico lugar, surgió, siguiendo al astro, un lucero. Ninguna estrella lo igualaba, porque no es ninguna de ellas, sino un cascabel de luz, como un pequeño recental que sigue, sin intentar alcanzarla, respetuosamente, el paso de su madre.

El bosque alrededor de la fuente asomaba sonidos que no acababan nunca de continuarse, amagaba chasquidos, el rebullir de un conejo o el atisbo de algún pájaro nocturno, cuando se rasgó de pronto el velo del silencio con el ansioso guarrido de un zorro en celo escandalizando al monte. El grito del raposo se alargó a intervalos, haciéndose oír en los collados o aflautándose al transitar por cárcavas y hendiduras. Danzó su alarido durante un tiempo, ahora pareciera que acercándose, luego lejano, y una vez ya no volvió a repetirse, dando la sensación de que su voz nunca hubiera estado.

Y es entonces cuando se levanta la verdadera voz a la luna. Es en ese

instante cuando el lobo detiene su trole, olvida al corzo que ha ladrado y responde al zorro enloquecido. El lobo está en la cuerda, dominando los valles. Se asoma al viso y el canto le brota de lo más profundo del pecho y lo lanza al aire. Es un aullido largo, sostenido, que recorre todo el espacio y parece alargarse y extenderse por todo su cazadero. El hombre se encoge inconscientemente en su escondrijo en la fuente, y los hombres de Tari, allí en su roca, no pueden dejar de volver la mirada hacia lo alto, hacia los rostros del monte de donde proviene la voz que afirma la posesión de la noche. La noche es del lobo y el hombre lo sabe. El de la fuente y los de la Roca. El lobo se siente dueño y lo proclama. Y luego escucha, quiere que le contesten otros lobos. Esta noche el lobo no tiene ni siquiera miedo a que su voz pueda encontrar la respuesta de otra voz de otra manada. Del lobo que ha vencido a su padre.



Capítulo X

La yegua herida

El joven cazador de Tari, que ya encabezaba expediciones de caza de la Roca, había herido a una yegua preñada en la fuente del Zancajo y junto a dos jóvenes del poblado la perseguían. El animal, alcanzado en la barriga, dejaba un rastro de sangre y jugos intestinales y acabó por separarse de la caballada, a la que no pudo seguir cuando esta remontó hacia los llanos en alto. La yegua herida se descolgó por las cuevas buscando el río. En Naguafría los hombres encontraron el venablo que la había herido y que había acabado por desprenderse del costado tras tropezar en arbustos y matorrales, hiriéndola aún más y agrandándole el boquete por el que se le iba la vida. Fue en Naguafría donde el lobo Blanquino sin manada cortó la pista de sangre y él también se puso a seguirla.

La yegua continuó hasta Narejos y desde allí se encaminó recta, la reguera abajo, hasta meterse en los sotos del río, a cubierto en la espesura de árboles y maleza. Los hombres de Tari la siguieron hasta allí e igualmente lo hizo el lobo. El animal acosado abandonó la protección de las arboledas y

atravesando un vado se dirigió a las llanas estepas del otro lado de la corriente. Los hombres también cruzaron y prosiguieron la caza, esperanzados en culminarla con éxito.

—Sigue dando sangre.

—Pero el venablo fue muy bajo.

—No la perderemos en la tierra llana.

Le yegua supo también que no la perderían. Pero, en el manadero de los Prados, se revolcó en el fango y el barro tapó el boquete por el que manaba la sangre y deslizándose por su pata trasera izquierda acababa por delatarla, más que su pezuña, en el suelo. La yegua siguió hasta una pequeña loma coronada por un bosquecillo de carrascas y allí, sin pausa alguna, se descolgó girando por la otra falda del morrete y volvió sobre sus mismos pasos. Caminó un trecho por su propia senda y luego, al amparo de la reguera de Valcorredor, cruzándose al otro lado de aquel por el cual la había subido, inmóvil tras las zarzas, aguardó a que los hombres pasaran. Y los hombres, fijos sus ojos en la pista marcada por el animal herido, pasaron de lejos. Avanzaron, seguros de su captura, hacia el bosque de carrascas que divisaban en lontananza esperanzados de que allí finalmente acabarían por cobrar su presa. Los hombres caminaron hacia allá con prisa, y la yegua con cautela se dirigió de nuevo a emboscarse en los sotos del río. Los hombres pasaron de lejos. Pero el lobo pasó demasiado cerca.

El lobo Blanquino percibió el olor del animal allá donde había estado esperando que los hombres la sobrepasaran. Un poco de sangre volvió a manar de la herida, y el olor era tan intenso que el lobo saltó la reguera casi esperando tropezarse con la yegua al otro lado. Pero, aunque muy reciente su huida, ya no estaba. Su pista sí, y era clara y recta. Volvía al río. El lobo se lanzó tras ella. Y aunque el Blanquino no tenía manada a la que llamar, aulló con su aullido de persecución y de matanza.

Los hombres, que en ese momento llegaban al pie del altozano, volvieron la cabeza sorprendidos. Se miraron unos a otros, pero espoleados por la que creían cercana presa apresuraron aún más el paso e iniciaron la subida. Llegaron arriba, revisaron todo el bosque, no encontraron nada y finalmente descendieron por el otro lado y siguieron adelante por la estepa en busca de la huella que los volviera a poner en la pista. Fue después, cuando la desolación,

al no encontrar señal alguna, se iba apoderando de ellos cuando recordaron el aullido del lobo. Y el joven de Tari fue el primero en comprender su significado y emprender una veloz carrera volviendo sobre sus pasos.

El lobo sin manada había seguido a la yegua hasta el río. Allí no había tardado apenas en localizarla oculta en medio de la espesura de la ribera. Estaba echada, pero se levantó al sentir aproximarse a la fiera. Resopló al ver al cánido y se revolvió inquieta. Hizo ademán de emprender de nuevo la huida, pero desistió de ello. Sobre todo al comprobar que era un solo lobo el que la acosaba. Cuando este se aproximó, se encabritó y amenazó con sus cascos. El lobo se aplastó reculando. La yegua permaneció alerta, con bufidos y cortos relinchos, avances y retrocesos, pero no dejó el lugar que había elegido como refugio. Era un pequeño claro, con unos grandes zarzales en su parte posterior que protegían su retaguardia. El lobo prosiguió también su acecho, moviéndose furtivamente, haciendo algún amago de ataque y retirándose con rapidez, enseñando sus caninos y regruñendo sordamente.

La maniobra se repitió incontables veces. El lobo se aproximaba, la yegua se iba hacia él rebrincando y piafando y el lobo se escamoteaba para evitar sus embestidas. Al poco volvía a aparecer y la escena se repetía. El lobo sabía que no podía acometer con éxito a un animal tan grande y poderoso, pero esperaba algo, olía la sangre, confiaba en que su presa acabaría por agotarse y derrumbarse. El lobo Blanquino sin manada tenía hambre, y allí había mucha carne a su alcance. La yegua se sentía cada vez más débil, pero no quería huir y menos salir a campo abierto. El lobo no tenía compañeros que pudieran preocuparla por su número. Deseaba acabar con él, alcanzarlo con sus cascos y expulsarlo, pero nunca lograba tropezarlo, siempre se escurría y siempre regresaba.

Las sombras de los árboles eran ya muy alargadas y la luz del sol caía sesgada sobre los álamos y alisos cuando los hombres llegaron. Tras alcanzar el río a la carrera habían tardado un cierto tiempo en encontrar la pista y luego un poco más todavía en dar con el lugar donde el lobo retenía al animal herido. Casi pasaron de largo, aunque en esta ocasión los gruñidos del lobo y el patear de la yegua delataron su ubicación. El lobo fue el primero en sentirlos. Se inmovilizó primero, pero al ver que la yegua también presentía algo y aguzaba las orejas, realizó un nuevo acercamiento que una vez más la

hizo arremeter intentando alcanzarle con sus cascos delanteros y tras el ataque infructuoso regresar a acularse en el fondo del claro, sobre el gran zarzal. Los hombres para entonces habían comprendido la situación y el joven de Tari ordenado silencio a sus compañeros. La yegua no debía huir. Los lobos la tenían cercada, pensó. Debían alancearla allí, emboscados en la maleza, y arrebatársela. Habían hecho la caza para ello. Prepararon las azagayas y se acercaron por los costados. El muchacho de Tari vio en aquel momento que sólo un lobo tapaba la salida del animal herido y se apresuró a reforzar aquel lado. La yegua podía romper por allí. De hecho, eso es lo que estaba a punto de hacer el equino, que ahora ya había olido la presencia de los humanos. Iba a lanzarse al galope, pues sabía que contra ellos era su única defensa, cuando el lobo, que estaba a punto también de retirarse ante la presencia del animal erguido, lanzó un último ataque, este más decidido, como buscando los ijares del caballo. La yegua retrocedió de costado ante la embestida, encabritándose con sus cascos en el aire. Y el joven de Tari aprovechó para lanzar, esta vez preciso y mortal, su venablo, que se clavó profundamente en el costillar de su víctima. La herida sí era letal, la lanza había llegado al pulmón y la sangre no tardó en brotar por los belfos de la yegua, pero esta no iba a rendirse ni caer tan fácilmente. Hubieron de clavarle varias más, hasta que una, asestada en la tabla del cuello, la hizo derrumbarse. El joven de Tari y sus compañeros prorrumpieron en alaridos. Pero no se abalanzaron de inmediato a rematar al animal agonizante. Hacerlo era exponerse a una herida inútil. Una coz podía destrozarles las costillas o quebrarles una pierna como se chasca una caña seca. Ya no escaparía. La rodearon mientras se convulsionaba presa de estertores, con un pataleo espasmódico de sus extremidades traseras, y contemplaron cómo el gran ojo de la bestia iba quedándose fijo, hasta que con un último resuello y con una bocanada de sangre postrera, el animal quedó inmóvil. Entonces sí se acercaron y lo primero que hicieron fue buscar con un cuchillo la arteria en su cuello y beber su sangre, que hicieron brotar a borbotones.

Mientras, el lobo, prudente, se había retirado y permanecía oculto entre la maleza. El joven de Tari lo buscó con la mirada y un venablo presto, pero al no verlo pensó que se había marchado. Luego no se preocupó más. Era aquel lobo Blanquino que alguna vez en estos últimos tiempos había visto cazando

solo.

Ahora tenían cosas urgentes que hacer. La primera cortar toda la carne del animal que pudieran y ponerla a buen recaudo. Se llevarían tan sólo la que fueran capaces de cargar entre los tres. Además, estaba atardeciendo y debían de darse prisa. El olor de la matanza traería pronto comensales al festín y alguno podría ser mucho más peligroso que el lobo. Así que apresuraron su trabajo, cortaron lo que pudieron sin detenerse a desollar por completo y, tras abrir al animal y vaciarle el gran paquete intestinal y arrojar todos los menudos, escogieron las mejores partes y trabajaron con rapidez con sus cuchillos y hachas hasta lograr hacerse cada uno con una buena provisión de carne. Para su propio festín nocturno separaron algunas vísceras apetecibles, como el corazón y los hígados, así como una tira del lomo que asarían al fuego.

Mientras dos completaban esa tarea, un tercero preparaba en un pequeño promontorio cercano, donde afloraban unas rocas, la hoguera y un improvisado parapeto con algunos arbustos espinosos. Sería su campamento aquella noche, pues no podían, y menos con la carne sanguinolenta en las espaldas, ponerse en marcha hasta el lejano poblado de la Roca. Era mejor esperar al día. Pero prudentemente se alejaron un buen trecho de los restos de su presa, que no tardarían en atraer a otros carnívoros. Hasta su refugio fueron transportando la carne, y ya con las sombras señoreándose del soto, el joven de Tari hizo un último viaje al cadáver de la yegua. Fue cuando vio de nuevo al lobo. El hombre iba a recoger un fardo que había dejado preparado y el lobo había salido de su escondrijo y comía en la canal del animal. Vio venir al humano, retrajo los belfos y enseñó los caninos. Pero no se retiró de la presa. El joven de Tari llevaba un venablo en la mano, pero, aunque pareció hacer un ademán de blandirlo, no llegó siquiera a iniciarlo. Con paso quedo se dirigió al fardo, lo recogió, lo cargó a su espalda y sin perder de vista al lobo, que tampoco despegaba ni un momento de él la mirada, se fue retirando del claro.

—El lobo Blanquino está comiendo en el caballo —les dijo a los otros—. Que coma hasta saciarse, porque por él hemos matado a la yegua.

Los hombres hicieron el fuego. Una gran hoguera iluminó no sólo el pequeño promontorio, sino que alejó las sombras un buen trecho más allá.

Por ellas pasaron quedamente los animales que comen carne hacia el cadáver del caballo muerto. No apareció ningún león y sí lo hizo el leopardo, quien llegó y partió furtivamente. Las hienas se hicieron dueñas al fin de la osamenta y expulsaron a los chacales. ¿Y el lobo?

El lobo Blanquino llegó al borde de la sombra, a la raya misma de esta con la luz del fuego, y allí agazapado contempló a los hombres sentados alrededor de la hoguera. Los observó mientras asaban la carne ensartada en unos largos palos o puesta sobre unas lascas de piedra sobre las rojas brasas. Olía el humo, a la carne socarrándose y olía al hombre. Todo aquello era olor a hombre. Y oía la voz del hombre y la risa del hombre. Oía la voz del joven de Tari. Él conocía a aquel hombre. Lo conocía desde niño. Conocía su olor desde cachorro. Y reconocía su voz entre las voces de los otros hombres.

—Ese lobo Blanquino es quien nos ha cazado la yegua. Sin él la hubiéramos perdido. Nos ha traído hasta ella y la ha sujetado hasta que hemos llegado.

—El lobo olió su herida. Nosotros habíamos hecho esa sangre.

—El lobo no hubiera podido matarla. La herida es de las que hubiera tardado muchos días en hacerla morir. Hasta que se le hubiera podrido no hubiera muerto y otras manadas la habrían encontrado.

—Hubiéramos perdido su sangre y su carne. El lobo y nosotros. Y ahora todos la hemos tenido. El lobo nos ha guiado. El lobo es un gran cazador. A él no lo despistan sus presas, a él no lo engañan como a nosotros. El lobo huele y oye lo que nosotros no olemos ni oímos. No hay cazador como el lobo.

—El leopardo y el león son más poderosos y la hiena lo hace huir.

—Pero el lobo caza en manada, el lobo sabe cazar como ninguno y empujar a su presa hacia otros lobos emboscados. Todos lo habéis visto. Los lobos del Tallar pasan en invierno menos hambre que los cazadores de Tari.

—Pero el Blanquino no caza con ellos. Lo han echado. Caza solo.

—Hoy nosotros hemos sido su manada. El lobo Blanquino ha cazado hoy con los hombres de Tari y compartido su presa.

La voz del joven llegaba nítida a los oídos del lobo, saciado y somnoliento. Luego, más tarde, tras haber ellos también devorado su comida, los vio echarse a descansar no sin antes haber alimentado de nuevo el fuego.

El lobo vio todavía cómo el joven de Tari se quedaba aún un largo rato mirando fijamente a la llamas hasta que también él se recostó para dormir. El lobo durmió en su refugio, allí en el borde mismo donde casi llegaba la luz de la hoguera.

Al amanecer los hombres despertaron, cargaron sus fardos y con prontitud se dirigieron hacia el poblado. Les quedaba un largo camino, pero iban alegres. En algún momento, al joven de Tari, al volver la vista hacia atrás, le pareció ver la silueta de un lobo que se escamoteaba ocultándose furtivamente en una arboleda.

Luna de invierno

*L*a luna entera estaba ya alta en el cielo antes de que el sol se pusiera. El día había estado cubierto de nubes y empapado de lluvias. Pero ahora, al caer la tarde, un viento fuerte las había desparramado, y por poniente, el sol se recreaba en sacarle brillos a las últimas, y hacer emerger llamaradas de oro y de naranja, en contraste con el vivísimo y lavado azul de un retazo de cielo puesto allí tan sólo para que los robles y las encinas de la costera pudieran contrastar mejor sus siluetas en el horizonte.

El bosque rezumaba humedad y los más diversos verdores competían en los pinos, los enebros, las sabinas y los romeros por ofrecer el mejor de los reflejos a la luz efímera de la atardecida. Y la luna llena quiso asomarse a verlo antes de que anocheciera. Luego se pasó, aliada con el viento, toda la noche jugando al escondite tras las nubes que volvieron.

Cuando lograba escapar de ellas, iluminaba la tierra. Una claridad traslúcida traspasaba la noche y la vista se extendía fascinada no sólo por el espacio cercano, sino por vaguadas y valles hasta el horizonte lejano de la sierra. Un aliento blanquecino y lechoso parecía envolver la atmósfera, y un pálido resplandor sobrecogía y emocionaba los sentidos.

La magia de la luna llena inundó anoche el firmamento limpio, que destilaba el hielo por las puntas de sus estrellas y lo hacía descender sobre las tierras por un aire transparente. Era una luna poderosa y fría, inmensamente fría en sus resplandores, que no calienta las tierras, ni descubre sus colores, que ilumina solamente sus sombras, pero en la que los ojos, que se quedan suspendidos y admirados, recorren todo lo que les rodea descubriendo que la noche iluminada es aún más hermosa que el día.



Capítulo XI

El hijo del hombre juega con los hijos del lobo

El Blanquino había servido bien al jefe de los lobos y había salido vivo. Había sido el primero en atravesar los claros y mostrarse en los calveros, en asomarse a la cuerda e incluso en darse a ver ante las presas para que huyeran hacia donde estaba preparada la emboscada o para que se amontonaran en un círculo de cuernos, como hacen las hembras de los uros con los chotos en el medio o presentando las grupas y los cascos al igual que las yeguas resguardan a los potros. Sabía ya el Blanquino que es difícil romper la defensa de las vacas y es más fácil que los caballos, fiados a su rapidez, se decidan a emprender la huida a galope. Eso es bueno para el lobo, porque el potro no corre lo mismo que la yegua y su resistencia es siempre menor que la de la manada que los caza.

El lobo joven se había convertido en adulto. En verano, sin su espesa borra, siguió pareciendo un destartalado y delgaducho aprendiz de lobo, pero cuando asomó su tercer invierno, con toda su pelambre al completo, su

imagen se convirtió en mucho más poderosa y compacta. Y no sólo en apariencia. El Blanquino únicamente se sometía al líder, al gran lobo del Badiel. Porque ante ningún otro cedía, y eran los demás quienes ante él mostraban sumisión y le otorgaban preferencia en el turno ante el cadáver de las presas. A todos menos al jefe había tenido echados boca arriba y ofreciendo el cuello entre sus patas rígidas y les había hecho recoger la cola ante la suya erguida.

Sólo ante el lobo del Badiel había de retirarse en el festín sobre la pieza muerta o esperar a que el otro acabara de revolcarse para impregnarse de su olor en los restos de una carroña corrompida. Era él quien bajaba el rabo y amusgaba las orejas y el otro quien enseñaba los dientes. Pero había servido bien a la manada y había permanecido vivo. Tenía un sitio entre los lobos que habían destruido a la manada del Tallar.

Pero cuando, con los primeros copos de nieve, llegaron los efluvios del celo de la hembra, el macho del Badiel, el matador de su padre, convirtió lo que antes había sido la normalizada aceptación de su poder en una continua y exasperante tortura y persecución. A cada paso imponía y exigía su sumisión y le obligaba a arrastrarse ante él para que el resto de la manada, los machos y las hembras, entendieran que nadie podía ni siquiera responder a su gruñido.

El del Badiel no dejaba de vigilar ni un instante al hijo del Tallar, a quien presentía como la amenaza mayor a su jefatura. Estaba siempre pendiente de su menor movimiento, lo acosaba por cualquier motivo, no soportaba su cercanía y le obligaba a separarse más que a cualquiera de los otros de su lado, y si por una casualidad quedaba cerca de la loba reproductora, se le venía encima como una furia y él tenía que rodar espalda contra el suelo para calmar su ira y evitar su dentellada.

El Blanquino aguantó lo que pudo, pero el del Badiel quería a toda costa forzar el combate. Antes de aparearse y criar a sus cachorros quería expulsar a aquel rival posible. Deseaba dejar clara su supremacía, pero aún más quería ahuyentarlo lejos de su cubil y alejarlo de su hembra y de sus crías. Lo persiguió de tal modo que logró que el otro acabara revolviéndose y plantara por un instante cara ante el insoportable acoso.

Aquello era lo que el viejo macho estaba esperando. Se lanzó como un

verdadero torbellino, casi sin aviso alguno, contra él. La experiencia y el vigor del jefe eran claramente superiores. En un instante, el Blanquino había rodado por el suelo y recibía dentelladas por todas partes. Comprendió que tal vez la sumisión no fuera en esta ocasión suficiente y tuvo claro que su única salida era la huida. Como pudo se zafó de la presa del otro y maltrecho emprendió la fuga. Se retiró a prudente distancia durante el resto del día y cuando comenzó la cacería nocturna pretendió reintegrarse a la manada. Pero el del Badiel lo estaba esperando. De nuevo se abalanzó contra él y el Blanquino entendió, con una nueva herida y más sangre manchando su pelaje claro, que aquella ya había dejado de ser su manada y que no tendría otro recibimiento que el del colmillo del lobo que degolló a su padre.

Así es cómo, al inicio de su tercer invierno, el lobo de tres años, recién llegado a su madurez, comenzó a vagar solo. Su deriva normal fue alejarse de los habituales lugares de campeo de su anterior manada. Esta, por su origen, deambulaba más allá de los llanos en alto, y aunque ocupaba la cuerda de los montes, el Tallar y las costeras de las fuentes, a causa de su recelo a los hombres de Tari, rara vez se descolgaba hacia el robledal del Chorrillo desde el que se daba vista a la Roca donde se asentaba el poblado humano. Casi nunca llegaba al río, y fue hacia allí hacia donde se dirigió el lobo desterrado.

Cazar es muy difícil para un lobo solitario. Por fortuna, no habían llegado aún del todo el hielo y la nieve y, amén de alguna presa menor, no le hizo ascos a frutos y bayas. Madronas, moras y hasta escaramujos pasaron a ser parte de su dieta, al igual que todo tipo de carroña que se topara. En ella y en cualquier olor fuerte que hallara a su paso se revolcaba con fruición. Así, su olor se camuflaría cuando acechara a sus presas, que pasaron a ser más liebres que ciervos, más conejos que corzos e incluso un zorro joven y descuidado acabó un día en su estómago, que, casi siempre, estaba semivacío o desierto del todo.

Y ya fuera porque el territorio en que se estableció, lejos de la manada del Badiel, era el más frecuentado por las partidas de caza de los hombres de Tari o porque en alguna ocasión pudo aprovechar el sobrante de alguna de sus presas, lo cierto es que empezó a coger el hábito de vigilar a los cazadores de la Roca y permanecer en las cercanías de sus campamentos en campo abierto. Muchas noches les observó encender sus fuegos, agazapado en las sombras.

Conocía muy bien el olor del joven de Tari, el que siempre llevaba un venablo en la mano y caminaba tantas veces el primero de la fila, y era su huella la que más veces seguía.

Los hombres también se fijaron en la presencia casi continua del animal. Y el que llevaba la cicatriz de los colmillos de un lobo en su antebrazo sabía bien quién era aquel lobo de pelaje claro y más de una vez se quedaba mirando aquel extraño trote suyo al alejarse, para luego, a prudente distancia, pararse y quedarse mirándole fijamente con aquellos ojos oblicuos y amarillos que había visto brillar en ocasiones y muy cerca del círculo de su hoguera.

Pero observarse fue lo único que hicieron hasta que sucedió lo de la yegua. Tras aquello y la comida compartida, la relación se hizo mucho más intensa. El lobo blanco aguardaba la salida del joven de Tari. Lo esperaba y lo seguía, y para el esbelto cazador se hizo costumbre mirar atrás o hacia los lados hasta descubrir la furtiva silueta, que cada vez se mostraba un poco más cercana y confiada, del lobuno acompañante de sus expediciones y correrías.

Entró finalmente con toda su crudeza el invierno y fue en la nieve cuando el hombre y el lobo comenzaron a cazar al lado. Pero aún no cazaron juntos.

El lobo seguía las partidas de los hombres y estos observaban el deambular del lobo. No tardaron en darse cuenta de que este no sólo se adelantaba a ellos en saber dónde se encontraban las presas, sino que señalaba con absoluta certeza siempre el rumbo por el cual habían huido. Así que algo cambió, y fueron ellos quienes comenzaron a seguir, con su joven guía a la cabeza, las evoluciones del animal.

Este solía esperarlos a cierta distancia de la Roca, y cuando comprobaba que el hombre de Tari era de la partida, se mostraba con mayor confianza y comenzaba a seguirlos, pasado un punto que el lobo estimaba como el adecuado por su lejanía del poblado o porque se adentraban ya en territorio donde podía comenzar a rececharse una presa, el lobo se ponía delante y de alguna manera indicaba el rumbo a seguir a los hombres. Estos se acostumbraron también a algo que nunca dejaba de hacer el joven de Tari desde el día que alanceó la yegua: separar siempre un trozo de la presa que habían capturado para que lo aprovechara el animal, aun cuando este no hubiera participado en el definitivo acoso y captura de la presa abatida.

Porque el Blanquino se limitaba casi siempre a mostrar la caza. Mostraba y esperaba. Así lo hizo, hasta que un día una nueva presa volvió a huir herida. El lobo emergió en aquel instante de algún lugar donde había permanecido oculto y guio a los hombres por la huella de sangre primero, que ellos mismos podían rastrear, pero luego, perdida aquella al taponarse la herida tras revolcarse la res en un barrizal, y ayudado por su olfato, los condujo hasta el intrincado lugar donde se había refugiado y caído muerta.

El joven de Tari comenzó a pensar en el lobo como un compañero más de cacería y, si tardaba en aparecer, se desasosegaba y retardaba incluso el paso hasta que el animal daba muestras de su cercanía. Entonces, y sólo entonces, le parecía que comenzaba en verdad la batida.

Al regreso, el Blanquino solía seguirlo, pero nada más que un trecho. Cuando avistaban Tari, el animal desaparecía.

Notó igualmente el hombre que el lobo era mucho más reacio a seguirlos si se dirigían hacia las faldas de los montes, bien fueran del Tallar, de las Casqueras, de las Matillas, los Chorroneles, las Cárcavas Blancas y hasta incluso las casi nunca frecuentadas laderas alrededor de Nublares. Se mostraba mucho más furtivamente, como si quisiera esconderse. Comprendió que el animal tenía en esos territorios miedo a toparse con los lobos de la otra manada y que este le resultaba casi insuperable si ascendían a los llanos en alto.

Pero acabó por superarlos ambos y poco a poco adquirió una mayor seguridad. Hasta pareció comenzar a mostrarse con mayor confianza e incluso con un cierto aire de desafío. Y el hombre volvió a comprender los impulsos del lobo. Al ir con la partida de cazadores humanos, el proscrito, expulsado de su manada, se sentía arropado y más fuerte, hasta para penetrar en el corazón del territorio que consideraba enemigo.

Además, un factor se unía al anterior para acabar por resultar decisivo. Los hombres cazaban de día y el lobo había variado sus pautas al empezar a cazar junto a ellos. Por el día los lobos dominantes de la manada del Badiel no se mostraban, y el Blanquino, en cierta forma, se atrevía en compañía de los humanos a violar su territorio. Tanto fue así que el hombre empezó a detectar cómo el cada vez más crecido animal comenzaba a dejar sus marcas sobre las de los badielinos, a señalar con su orina montículos, plantas y

veredas, y a extender en los senderos y las cuerdas venteadas que tanto gustan a los lobos sus excrementos y los arañazos de sus zarpas. El Blanquino, apoyado en el día y en Tari, volvía a reclamar de cierta forma su territorio. Y tras aquel recelo primero a ir hacia aquella parte del cazadero, luego era claro su alborozo cuando los hombres tomaban aquella ruta.

Pero la noche volvía a poner, con el regreso de los hombres al poblado, las cosas en su sitio, y el lobo desterrado, consciente de su inferioridad y debilidad, se retiraba a terreno más seguro bajo la protección, también para él, de la cercanía de la Roca.

El hombre de Tari y sus compañeros de caza se acostumbraron muy pronto a la continua cercanía del lobo. Pero un día el hombre se quedó sorprendido. Al principio creyó que le engañaba su vista y que se había confundido, pero después acabó por comprobar que no, que su primera impresión resultaba ser cierta. Eran no uno sino dos lobos los que, hurtándose entre los matorrales, flanqueaban su marcha. Y no tardó en comprobar que el Blanquino estaba acompañado de una joven loba.

El lobo había logrado atraerla. Fruto de su mayor seguridad tras sus correrías al lado de los hombres, se arriesgaba en sus campeos nocturnos por las lindes de la manada dominante. Había llegado a su edad adulta y a su madurez sexual. Dentro de la manada y sometido al líder, esta hubiera permanecido soterrada bajo los códigos de dominio y reproducción establecidos. Pero alejado de ella, el celo más potente había despertado y el lobo buscaba pareja. Por ello marcaba, cuando se infiltraba en compañía humana en el territorio de la manada del Badiel, su presencia, y su olor no ofrecía dudas de sus ansiosas intenciones.

La joven loba de apenas dos años encontró en algún momento algunas de aquellas señales que el macho proscrito había dejado y que el lobo dominante de su clan no había borrado y cubierto con las suyas. Este se encontraba ocupado en todo el cortejo a su compañera y en aquellos momentos la manada se hallaba en muchas ocasiones desperdigada mientras el macho y la hembra dominantes se entregaban a sus juegos sexuales y a sus cópulas, alejados del resto de los machos y de las otras hembras.

Una noche, el lobo del Tallar, tras haber dejado a los hombres que se refugiaban en Tari, se arriesgó a adentrarse en el territorio ahora enemigo y a

ir subiendo hacia las fuentes, dejando señales de su paso y buscando las de cualquier hembra. La hembra joven las encontró y, más curiosa, fue poco a poco derivando en su recorrido hasta toparse con el Blanquino en las cercanías de la fuente del Roble y la Vid. El lobo del Tallar, tras zalemas, brincos, cabriolas, sufrir regaños y aparentes mordiscos, consiguió despertar su interés y que finalmente le siguiera. Así la fue bajando por el robledal hasta lograr que al amanecer estuviera bastante lejos de los recorridos habituales de su manada y mucho más cerca de Tari. Los dos lobos sestearon aquella mañana en los carrizos bajo la fuente del Chorrillo y vieron venir a las mujeres a recoger agua. La inmovilidad tranquila del macho hizo que la hembra también permaneciera quieta y oculta. Aquella noche cazaron los dos juntos y consiguieron comerse un conejo a medias. La hembra que, al igual que el Blanquino, dentro de la rígida estructura jerárquica de la lobada badielina no hubiera despertado al celo, iba despertando a él y esa fuerza la tuvo ya retenida un nuevo día al macho. El Blanquino la estimulaba con continuos lametones y juegos, y el olor penetrante de sus glándulas sexuales estimulaba cada vez más a la loba, hasta que esta entró a su vez en plena excitación sexual. El aullido del lobo se transformó en dulce gemido y los dos jóvenes lobos no tardaron en juntar las cabezas y lamerse con suavidad los belfos. Finalmente se adentraron en la espesura, y el macho, tras muchos intentos fallidos, logró montar a la hembra para después de varias cópulas cortas llegar a una definitiva donde quedaron enganchados. Tuvo que llegar casi el día para que finalmente pudiera soltarse el macho.

Durante algunos días el hombre no vio al lobo, y fue después cuando los observó juntos.

—El lobo Blanquino ha encontrado hembra —comentó a sus compañeros en un descanso.

—Se la ha robado a la manada que lo expulsó —opinó otro cazador.

—El lobo grande la hará volver. No los dejará criar en su cazadero.

—El Blanquino camina cerca de nosotros y el lobo grande nos teme. Es muy listo ese lobo. Criará cerca de Tari y así protegerá a su camada —aventuró el joven guía.

La loba parió cerca del río. Durante todo el invierno la pareja se mantuvo muy cerca de los hombres, merodeando en las proximidades de la Roca. Sólo

dejaron de seguirlos cuando se adentraban de lleno en el corazón de la lobada enemiga. Ahora los celos volvían al lobo del Tallar y no ascendió más con la fila de hombres hacia los llanos. Gustaba más de los cazaderos a la espalda de la Roca donde los lobos badielinos no bajaban y todavía se sentía mejor cuando las partidas se adentraban en la estepa. Allí se mostraba cada vez más confiado cerca de los hombres, y el entendimiento en el avistamiento, acecho y acoso de las presas era cada vez más intenso entre los hombres y la pareja de lobos.

Al llegar la primavera, el tiempo de la hierba nueva y de las crías, la loba parió. El hombre de Tari lo dijo.

—La loba tiene cría. Estaba ya a boca parir. Ha buscado la lobera cerca del río. De ahí viene ahora el lobo. Siempre eligen un lugar con agua muy cerca para su madriguera.

La curiosidad le llevó a descubrir el enclave. Quiso hacerlo solo. Recordaba lo que había sucedido en su niñez y el ataque de los hombres con su fuego a los cubiles del Tallar, donde él había sido protagonista, y que ahora el lobo blanco era el único superviviente de todos los lobeznos. No quería que alguno de sus compañeros —no todos apoyaban aquel acuerdo con los lobos y que él les dejara siempre su parte de carne— quisiera hacer algo similar con lo que ya considera algo suyo. Sus lobos.

Los lobos habían elegido un lugar muy cerca del río, una cueva no muy honda en un pequeño talud, entre peñas rodadas que caían por una ladera hacia la corriente. El lugar estaba protegido por unos espesos zarzales y una maraña de matorrales y matojos. Los jabalíes que en algún momento tuvieron allí encames se habían abierto paso entre ellos con sus blindados corpachones y la loba había utilizado uno de aquellos túneles para acceder a la que creyó sería el mejor lugar donde parir a su primera camada.

El hombre de Tari localizó con cierta facilidad el lugar, aunque no quiso acceder a él ni molestar a la pareja. El Blanquino, con la tripa llena de carne se dirigió, nada más acabar una cacería con los humanos, en que estos le dejaron su ración habitual de la presa, hacia el cubil, y el hombre vio cómo se detenía ante el túnel del zarzal por el que apareció la loba y con unos lametones estimulaba al macho a que regurgitara la comida.

Los lobeznos no aparecieron, y con ver las ubres de la hembra, el hombre

se dio cuenta de que aún serían unas bolas negras, ciegas y que todavía mamaban. Lo harían durante toda aquella luna hasta que salieran de la madriguera y comenzaran ellos a comer carne. Por ahora la loba no se separaría de ellos excepto para ir a beber al río y el macho sería quien llevara el alimento para ella.

El hombre se retiró con sigilo desde donde había observado a los animales y en los siguientes días procuró que sus campeos de caza no se dirigieran a lugares demasiado alejados de donde los lobos criaban. De hecho, cuando en alguna ocasión se encaminaron a lugares extremos del cazadero —aunque el Blanquino, fiel a su cita, acudió al encuentro a comprobar que comenzaban a ascender hacia los llanos en alto—, volvió grupas y aquellos días cazó por su cuenta.

Había otras razones, aparte de la distancia excesiva. El lobo permanecía en enorme tensión porque sabía que en los sotos del río otro peligro acechaba a su camada. Desde el viejo —y ya nunca utilizado— paso de los renos por los Farallones Rojos hasta mucho más allá del monte de las Matillas, por cuyo pie el río penetraba en el valle, el lugar era territorio de caza de un viejo leopardo solitario. No frecuentaba demasiado la zona del cubil, porque el resabiado felino rehuía todo lo que podía el contacto con los hombres y aquel tramo lo visitaban demasiado. Pero los hombres caminaban de día y el leopardo era el señor de las noches. Cada cierto tiempo recorría casi por completo toda la margen del río, y el lobo, que conocía bien su presencia, temía que descubriera su guarida. Por ello permanecía alerta y todo lo cercano que podía, procurando, sobre todo en la noche, no alejarse demasiado.

El hombre de Tari también sabía del leopardo. En ocasiones cortaban su pista y encontraban su huella en algún terreno arenoso cerca del agua o restos de alguna de sus presas subidos en la horquilla de algún árbol. Procuraban no toparse con él. Los felinos grandes eran cada vez más escasos. Había algunos animales de los que el poblado tenía memoria que parecían haber desaparecido. Que no vinieran los renos como antes era algo que les apenaba, y seguían esperando que cualquier año volvieran a aparecer, pero que leopardos y leones no hicieran apenas acto de presencia era algo que no les disgustaba en absoluto. La vieja pantera del río era una sombra conocida de

la que todos tenían noticia, pero que muy pocos se habían topado, aunque alguno sí la había llegado a ver en ocasiones muy señaladas.

Los lobos siguieron con su cría. La luna tocaba a su fin y el hombre hacía cuentas de que los lobeznos estarían destetados o a punto de hacerlo. Esperaba en cualquier momento ver aparecer a la loba sumándose a la cacería. Pero sucedió lo contrario. El lobo no fallaba a ninguna expedición de caza esperando a los hombres cerca del poblado en el amanecer, y el hombre de Tari se había habituado a esa compañía. Por ello, cuando dos mañanas seguidas el animal no se presentó a la cita, el hombre decidió coger rápidamente el camino hacia su cubil temiendo que algo pudiera haberles pasado a los animales y a sus cachorros.

Sus malos presentimientos se confirmaron nada más avistar el lugar donde se abría su madriguera. Los matorrales y el suelo guardaban la huella de una reciente y sangrienta pelea. Todo el pequeño claro ante el túnel que entre los zarzales se abría hasta la boca de la madriguera era el testimonio de una atroz batalla, con los arbustos y la hierba aplastados y el terreno revuelto y con rastros de pelo y de sangre.

El hombre de Tari descubrió de inmediato al culpable. La señal del leopardo era evidente. El felino había atacado a la camada y los lobos la habían defendido. Pero ahora todo era silencio en el lugar. Al escudriñar el sitio se percató también de que el agresor había intentado penetrar por el pasadizo y que allí había tenido lugar el combate más duro. Había incluso algún jirón de su piel moteada. Pero el animal se había marchado. Los lobos parecían haber desaparecido. El silencio era absoluto alrededor de la lobera.

Los hombres escucharon durante un buen rato y se afanaron en las huellas y los rastros alrededor de donde se había producido la batalla. Uno no tardó en dar una nueva:

—El leopardo se marchó aguas arriba. Va herido.

Y al poco desde la ribera llegó otra voz:

—Un lobo dando mucha sangre bajó hasta el río. Donde ha bebido dejó un charco. Luego no se ve huella. Quizás haya cruzado.

El hombre de Tari se decidió a saber lo que había pasado en la madriguera. Y para ello no quedaba más que un remedio. Lo que no había hecho de niño en el Tallar debía hacerlo ahora. Arrastrarse por el túnel y

llegar al cubil. Era la única manera de comprobar la suerte que habían corrido los lobeznos.

Y la loba.

—La loba puede estar aún ahí dentro. El leopardo no se ha llevado a los lobatos. No hay rastro de ello.

El hombre de Tari dejó sus armas y se dispuso a adentrarse por el pasadizo entre las zarzas. La lucha entre los animales lo había agrandado, pero aun así tuvo que soportar las espinas. Sabía que podía encontrarse con los colmillos de la loba y que estaría entonces, tumbado e indefenso, en un serio peligro. Pero siguió avanzando. Por fin llegó a la puerta de la madriguera. Estaba muy oscuro y casi no veía nada, pero no hizo más que extender la mano y topó con un cuerpo peludo... y ya frío.

La primera intención fue retirarla, aunque de inmediato se dio cuenta de que ya no había peligro. El animal que tocaba estaba muerto.

Lo cogió de la pelambre y tiró con toda su fuerza. Pero le costó mucho moverlo ligeramente. Al final desistió. El solo no podía. Así que se arrastró de nuevo hacia atrás.

Cuando se levantó, sus compañeros vieron que tenía las ropas manchadas de sangre, de toda la que los animales habían dejado en el suelo del pasadizo.

—Un lobo, la hembra seguro, está muerto ahí dentro. Taponar con su cuerpo la boca de la madriguera. El leopardo no ha podido entrar. Las crías estarán dentro. Hay que sacarla. Dadme un tira larga de cuero. Se la ataré al cuello y luego la arrastraremos entre todos.

Volvió a repetir el hombre de Tari su maniobra y salió de nuevo. Tiraron y el cuerpo del animal se empezó a mover y finalmente se desatascó de la entrada y consiguieron arrastrarla, cuando apareció, comprendieron.

La loba estaba deshecha. Tenía abierta la tripa, destrozado el cuello y todo el pecho era poco más que una piltrafa sanguinolenta. Los ojos estaban saltados por las garras del felino y las orejas y el morro igualmente destrozados.

Pero el leopardo no había logrado penetrar en el cubil. Moribunda se había encostrado en la puerta y allí había muerto taponando la entrada.

—El leopardo vino. Los lobos combatieron. La hembra tapó el túnel y el macho Blanquino peleó fuera. Seguramente el leopardo consiguió entrar en el

pasadizo, pero la loba le aguardaba y el lobo debía seguir atacándole los cuartos traseros. El leopardo mató a la hembra, pero el lobo le mordería por atrás y no pudo entrar. Al final se marchó. Pero el lobo tampoco ha podido meterse en el cubil. Los cachorros se quedaron atrapados dentro y ahí deben estar.

Entonces el hombre de Tari hizo una cosa que dejó perplejos a los demás. No porque se volviera a meter por el espinoso pasadizo que ya había destrozado sus ropas, sino lo que les dijo:

—Voy a por los lobeznos. Yo creo que ya tienen que comer carne. Deben de haber echado los colmillos de leche. Si comen, los podré criar.

Y así, uno a uno, los fue sacando de la madriguera. Aquella no era nada profunda, y una vez quitada la loba únicamente con meter medio cuerpo dentro se llegaba al habitáculo donde se apelotonaban los lobeznos. Cuatro en total fueron lo que sacó, gimiendo y temblorosos. Los fue dejando en el suelo donde los otros hombres contemplaban cómo se tambaleaban sobre sus patas aún inseguras.

—Han abierto ya los ojos. Y comen, seguro.

—Ya lo creo que comen. Uno, al ir a echarle mano, bien que me ha mordido.

Al fin, con los cuatro metidos en el zurrón, el joven de Tari se reafirmó en su intención.

—Los llevaré a la Roca y les daré carne. Masticada como se la dan sus padres. Los criaré. El Blanquino nos ha ayudado y son sus hijos.

Los otros lo miraron con extrañeza, pero no dijeron nada. Al fin y al cabo, era cierto que un lobo cazaba con él y eso tampoco se había visto nunca. Sin embargo, todos pensaron que los cachorros se morirían.

Partieron hacia el poblado. Pero no habían salido apenas de la orilla del río cuando vieron que se acercaba el lobo. Cojeaba mucho de una pata delantera, que traía en vilo y sin poderla apoyar en el suelo, pero avanzaba hacia ellos. El hombre de Tari le gritó una llamada y le hizo gestos con la mano. Pero el lobo no se acercó demasiado. Nunca lo hacía del todo y ahora guardaba incluso más las distancias.

—Ha olido a sus crías, seguro. ¿No sería mejor dejárselas?

—No. El Blanquino está muy herido. Las cuidaré yo. Ya verás cómo él

viene, detrás de nosotros y sus crías, hasta Tari.

El lobo del Tallar llegó más cerca que nunca de Tari, casi hasta el sendero que salía del portillo en las estribaciones del gran afloramiento de roca. Pero no subió. Se quedó abajo esperando, cerca de la gruta donde los hombres celebraban sus ritos y el chamán hacía sus conjuros. Allí, en un resguardo, exhausto y con la pala delantera derecha hinchada y tumefacta, se hizo un ovillo, reposó la cabeza en el suelo y esperó.

El Blanquino había combatido al leopardo cuando este llegó. Había sufrido sus acometidas y el desgarrón en el costado casi le había costado la vida. Tenía heridas por todo el cuerpo y no era menos peligrosa la de la pata. Allí, el felino le había clavado los colmillos y llegado al hueso. Pero no había conseguido quebrarla. Cuando el leopardo se había adentrado en el túnel, tras la loba que se había retirado presta hacia la madriguera, él lo había hostigado por atrás y atacado sus flancos obligándolo finalmente a retirarse.

Pero luego no había podido acceder a la madriguera donde estaban sus cachorros. Había pasado allí la noche entera, todo el día y la siguiente. Había bajado en alguna ocasión al río, y cuando los hombres llegaron, había descendido hacia un recodo donde se formaba un barrizal. Necesitaba del barro en las heridas. Cuando regresaba a su madriguera fue cuando aparecieron los hombres y los vio y olió a sus crías. El hombre de Tari las llevaba.

En la cabaña del hombre hubo protestas por los cachorros. La mujer vieja se negaba. Pero el hombre impuso su voluntad y la mujer joven fue la primera en plegarse a ella. La mayor, que criaba a un niño que aún no tenía los dos años, siguió rezongando y profetizando desgracias futuras para todos y en especial para su hijo, pero el hombre se mantuvo firme y, dando una voz, hizo callar a la hembra.

El hombre de Tari alimentó a los lobeznos, dándoles carne en pedazos pequeños o machacada. Y estos se la comieron con ansia, estaban verdaderamente hambrientos, cuando se la dejaron en un rincón y nadie les molestó con su presencia. Después, el hombre bajó adonde había visto echarse al lobo. A él también le llevó un trozo de carne y, en un cuenco de calabaza, agua. Los dejó ambos a una distancia prudente de donde el animal estaba tumbado y se fue retirando hasta donde el lobo no pudiera verlo.

Pasó un largo rato, pero al fin el lobo se incorporó con dificultad y renqueando se acercó a la comida. El lobo comió de la carne y bebió del agua del hombre.

El joven de Tari hubo de discutir con el chamán, con el jefe y con algunos otros. A todos les sorprendía y pocos lo aprobaban. Pero los jóvenes lo apoyaron en su mayoría. Porque ellos iban muchas veces con él y habían sido testigos de cómo las cacerías con la ayuda del animal eran mucho más fructíferas. El hombre de su madre, el jefe del poblado, lo había comprobado igualmente, y acabó por aceptar que los cuidara. Él también pensaba que no tardarían en morir o, si no, en escaparse en cuanto fueran un poco más mayores.

—En cualquier caso, si hacen daño a cualquiera en el poblado, los mataremos a todos.

En cuanto al lobo herido, quedó establecido que nadie lo atacaría. Había sido amigo de los hombres de Tari en la caza y nadie le haría daño. Muchos pensaron también que tampoco sobreviviría a las heridas y que, si quedaba cojo, no tardaría tampoco en sucumbir de todas formas.

Pero los cachorros no murieron todos. Tan sólo uno apareció a los dos días rígido y el hombre no pudo hacer otra cosa que tirarlo lo más lejos que pudo. No supo por qué, quizás alguna herida interna a resultas de la refriega que nadie había visto. Los otros prosperaron sin problemas. Y tampoco murió el lobo del Tallar. Curó de sus heridas, y poco a poco, aunque tardó mucho tiempo en hacerlo del todo, consiguió asentar la pata herida hasta que volvió a unirse, sin tardar mucho, a las cacerías con el hombre que lo había cuidado.

Porque ahora el vínculo se había anudado mucho más fuertemente. El hombre no faltó un día en dejar al lobo su agua y su comida. Al principio, a distancia. Luego, cada vez más cerca. Hasta que un día ya llegó junto a él y depositó todo a un palmo de su hocico sin que el animal se moviera. Se limitó a mirarlo fijamente con sus relucientes ojos oblicuos y pareció ir a fruncir el hocico y enseñar los caninos en un gesto de amenaza que quedó cortado antes siquiera de iniciarse.

El hombre se retiraba prestamente para que comiera, pero cada vez lo hacía menos, quedándose a esperar que el animal acudiera. Y era el lobo quien, al verlo bajar, salía cojeando a su encuentro.

Pero nunca entró en Tari. Llegaba hasta el portillo entre las rocas, pero de ahí no pasaba.

Ni siquiera cuando el hombre bajó un día con sus cachorros. Los tres se habían convertido en delgados lobatos y tenían que empezar a salir al campo. Se dirigieron hasta su padre y le olieron y lamieron todas las heridas. El hombre los contempló sonriente y hubo otros hombres que se asomaron para ver retozar a los lobeznos. El hombre dudó después qué hacer. Pero fueron los lobatos quienes decidieron. No habían comido, y cuando el hombre regresó hacia la cabaña, los jóvenes y hambrientos cachorros le siguieron. El hombre les daría carne como cada noche. Luego, saciados y al calor del fuego, jugarían. El niño que andaba por entre las pieles de la cabaña había encontrado en ellos sus mejores compañeros de diversión. Caían y se revolcaban los cuatro en confuso montón y ni al niño parecían importarles los arañazos que lucía por sus brazos y piernas ni a los lobeznos los tirones del pelo que el crío les pegaba. Risas, gritos infantiles, bufidos y aullidos sofocados se escuchaban de continuo en la cabaña. La madre ya se había acostumbrado a ver a su hijo todo el día con los cachorros del lobo, y desde el fuego, la joven pareja, el hombre de Tari y su hembra, que también estaba preñada, miraban cómo el hijo del hombre jugaba con los hijos del lobo y sonreía.

Pero el hombre de Tari, además, observaba. Ante el niño humano refrenaban con cautelosa prudencia sus acometidas y ante él o las mujeres la sumisión a una voz o un gesto era inmediata, pero entre ellos los lobeznos se entregaban a verdaderas batallas. El juego era algo más. Era un continuo medir y competir en fuerzas. Cada uno intentaba dominar a su hermano. Los lobatos, en sus continuas escaramuzas, iban luchando, estableciendo su jerarquía buscando convertirse en el dominante sobre el resto de la camada. Uno de ellos llevaba clara ventaja, mientras que la única hembra solía mantenerse alejada de los combates entre los hermanos. El joven de Tari los contemplaba y pensaba en su propia manada, en la manada de los hombres de Tari.

Temporal

El viento ruge entre las encinas y revuelve el sabinar frente a la Roca de Tari. La lluvia golpea el techo de la cabaña, y es un agua fría, muy fría, a un instante de la nieve. Nubes compactas, pesadas, plumizas, precedidas por avanzadas brumosas vienen por encima de la cueva de Nublares sobre la tierra extrañamente despacio, extrañamente lentas, sin aparentar inmutarse por las fuertes ráfagas del viento. El cielo está enteramente cubierto y no se vislumbran rayos diferentes de luz que anuncien algún resquicio en el compacto mar de nubes por donde vaya a abrirse un claro.

El temporal lo envuelve todo, lo moja todo, lo penetra todo. La vida se resguarda, se aquieta, se entierra y se encierra. Pero el hombre de Tari sabe que las perdices estarán acurrucadas y a cubierto y no tendrán ni una pluma mojada, y que a los conejos, en sus madrigueras, o entre lo espeso del aliagar, el enebro o el espartal, no se les mojará el pelo. Saldrán luego a dejar sus filas de huellas en la nieve. Estarán calientes en sus madrigueras. Como lo estará en su encame el jabalí, y el corzo arrebuñado en el suyo. Protegidos del frío, de la lluvia, y hoy, de paso, también del cazador inmovilizado ante el temporal y la ventisca. El hombre de Tari acata la tregua con agrado y echa leña a su fuego.

Los lobos del Tallar se habrán hecho una rosca en la misma nieve y esta será quien les proteja. El lobo amigo estará cerca de Tari y se habrá acurrucado en algún mínimo refugio, entornados los oblicuos ojos y con la cabeza protegida tras su propio brazuelo, esperando pacientemente que el viento deje de gemir y sea él quien aúlle llamando a la caza en la que hoy no participará el hombre.

Los hijos del lobo del Tallar tampoco irán. Están en la cabaña

semisubterránea. El hombre los ha dejado entrar y desde un rincón también ellos se aprovechan de la llama. Son tres cachorros ya muy crecidos, cumplirán el año pronto. Pero aún tienen ganas de jugar, y después de que el hombre les haya echado de comer unas sobras en la puerta, sobre la nieve, entran de nuevo y vuelven a jugar con el hijo del hombre hasta que todos, los cuatro, lobatos y niño, se quedan dormidos, calentitos y arrebuados los unos y los otros en un confuso montón de suaves pieles y calor.



Capítulo XII

Deuda de sangre

Cuando llegó aquel invierno, muchas cosas habían cambiado en la Roca. Muchas habían sido las discusiones entre los cazadores y entre las mujeres por culpa de los lobos del poblado. El hombre de Tari que los había traído y al que seguían en su cacerías se había enfrentado primero a una oposición muy decidida de los más veteranos y sobre todo de las mujeres, temerosas de que cuando aquellos cachorros crecieran acabaran haciendo presa en sus hijos.

—El lobo no puede vivir con el hombre. El hombre da caza al lobo y el lobo da caza al hombre.

—Mi lobo caza con el hombre. Muchos lo saben y lo han visto. El lobo ayuda al hombre. Con él al lado no nos faltará nunca la carne. Él es el mejor para espantar una presa hacia las lanzas, para seguir un rastro de sangre, para dar con la huella que el hombre ha perdido. Contad lo de la yegua.

—Se revolverá contra el hombre cuando este duerme y le hará su comida.

—Los lobatos juegan con el hijo de mi fuego, que ya se sostiene sobre sus

piernas, y guardan mejor que nadie al que todavía sólo duerme y mama.

—Son cachorros. Un día crecerán. Se escaparán y se llevarán a tu hijo colgando de sus fauces. No quiero verlos cerca de los míos.

—Pues los tuyos y los de todos son sus compañeros aquí y ni uno solo ha sufrido daño. Los lobos son los guardianes de Tari. Cuando los cazadores no están, ellos, antes que nadie, avisan de quién llega y si algún peligro se aproxima. Han podido escapar cuando han querido, van y vienen con los cazadores o con las mujeres cuando van a recolectar. Siempre vuelven.

—El lobo grande, el macho viejo, no sube nunca al poblado. El no deja que nadie se le acerque.

—Él no se ha criado en Tari. Él aguarda abajo. Al único que admite cerca es a mí. Él se ha criado con otros lobos. Es el Blanquino. Nosotros mismos lo quisimos matar. No tiene manada. La que expulsó a los suyos del Tallar no lo quiere. Ahora caza con la manada de los hombres y nos hace bien. Ningún mal nos hace.

Al lado del hombre joven de Tari que defendía al lobo se levantaban otras voces, casi siempre de jóvenes que eran quienes lo acompañaban en sus cacerías y que contaban cómo el lobo del Tallar había logrado retener una presa o cómo les había puesto a tiro otra o cómo había cobrado y rematado aquella que ya creían perdida.

El hombre de su madre, el jefe, callaba y escuchaba. Él también había cazado alguna vez cuando los lobos les acompañaron, y si bien en una primera ocasión fueron una ayuda, en la siguiente los animales resultaron un estorbo.

Porque ahora, junto al lobo del Tallar viejo, al que de vez en cuando aún se le notaba la cojera por la terrible herida del leopardo, y al hombre joven de Tari, también les habían acompañado los cachorros, y estos, con su torpeza, con su lanzarse contra las presas antes de tiempo, lo único que habían conseguido en aquella ocasión fue frustrar la cacería.

El jefe había vuelto enfadado a Tari.

—Tus lobos estorban a la fila de caza.

—Son lobos jóvenes. Los jóvenes de la Roca estropean igualmente a veces la caza. También yo la estorbaba, y hasta el jefe cuando era un muchacho, por mucho que ahora sepa. Aprenderán. El lobo viejo y yo les

enseñamos como tú me enseñaste a mí. Cuando llegue la nieve, serán mejores que una mano completa de cazadores. A Tari le hacen falta.

El jefe sabía aquello. Tari había quedado mermada. Toda ayuda sería bienvenida. Que cazaran con el joven y con quienes quisieran ir con ellos hasta que llegara el invierno. Entonces decidiría. Su preocupación, en realidad, eran las mujeres y los niños del poblado. Aquellos animales sueltos sí le daban algún miedo.

Aunque no eran los primeros que habían vivido en Tari con los hombres. Los cazadores solían traer crías de liebres, de torcaces, hasta algún corcino, y recordaba que una vez, siendo él un niño, un cazador trajo un zorrino. Pero aunque algunos se criaban un tiempo, sobre todo los palomos y las liebres, al final acababan por escaparse o por morirse. Al corzo no tenía muy claro lo que le había pasado. Tal vez al crecer se lo comieron, y el zorro sí recordaba que hubo que matarlo, porque cuando creció se volvió agresivo y mordía a todos.

Los lobos enseñaban los dientes a veces. Pero más lo hacían entre ellos, entre los tres hermanos. Con los humanos se sometían a una voz y no se mostraban agresivos. Eran muy pequeños todavía, eso sí, meditaba el jefe. Después ya se vería. Pero él mismo, y a pesar de aquella torpeza, había comprobado que podían ser muy útiles para la caza. Y para guardar el poblado. Porque el jefe no olvidaba que algunos cazadores habían muerto a manos de otros hombres, que estos deambulaban por la estepa y que cualquier día podían presentarse ante Tari. Y había visto a los lobos avisar y gruñir cuando alguien se acercaba a la Roca, fuera este animal o fuera hombre, y que luego, si era olor conocido, el animal se aquietaba. Veían en la noche cuando todo se nublaba para el hombre y olían lo que el hombre ni siquiera presentía.

Cuando llegaron las nieves, las discusiones seguían en el poblado, pero cada día eran más los cazadores que querían salir con el joven de Tari y sus lobos. Los cachorros habían aprendido bastante y la manada de cuatro se había convertido en una formidable ayuda para los hombres. Daba igual lo que acosaran, fuera caza más menuda o grandes presas, el éxito era mucho mayor que si los hombres cazaban como siempre lo habían hecho.

Los lobos hacían salir de sus agazapados escondrijos a los conejos y a las

liebres, los lobos indicaban el sesteadero del corzo, los lobos levantaban a los jabalíes de sus encames, los lobos perseguían al ciervo herido, los lobos fueron con los que, después de años de no poder dar con ellos en la estepa, alcanzaron a una manada de uros y les dieron caza. Porque fueron los lobos quienes les cercaron, quienes comenzaron a acosarles lanzándose hacia sus pezuñas y retrocediendo a sus embestidas, porque fueron los lobos quienes dieron tiempo a que llegaran los lanceros humanos y arrojaran sus venablos y sus azagayas. Fueron los lobos y los hombres. Y aquel día, la fila entera de cazadores del Tari volvieron de la estepa junto a sus mujeres cargados con toda la carne que pudieron transportar.

Cuando llegó la nieve, el lobo del Tallar consiguió una nueva compañera. De nuevo fue una loba joven a la que consiguió atraer y robar al gran macho del Badiel. Su compañero humano los vio juntos y temió una vez más que su salvaje amigo desapareciera para siempre. Pero, como la vez anterior, el macho vivió sus días de celo con la hembra y luego la trajo a la cercanía de los hombres, aunque esta, más arisca que ninguno de los otros animales, era la que se mantenía a mayor distancia. Hasta que la carne de las presas cobradas entre todos le hacía acercarse al festín. Pero, en cuanto conseguía su ración, se escapaba para comérsela lo más lejos que podía.

El invierno fue aquel año bueno para los hombres de Tari y sus lobos. El joven crecía en prestigio ante los ojos de los otros cazadores y llenaba de orgullo al hombre de su madre. En su fuego, la hembra vieja y la joven a veces discutían. Cuando eso sucedía, él se marchaba solo. Pero otras ni siquiera las oía y se ponía a jugar con los lobatos y sus hijos hasta que ellas le reñían a él. Pero le regañaban con mimos, porque aquel hombre joven, decía la madre, había sabido atenderla mejor que el primer hombre, y su hija se sentía dichosa y nada más verlo se le seguía iluminando la cara. Aquel muchacho con sus rarezas de lobos era cada vez más la voz a la que casi todos prestaban atención en el fuego del poblado.

Cuando llegó la nieve, los lobos demostraron más que nunca su valía. Y cuando comenzaron las grandes expediciones, donde los cazadores hubieron de salir aprovechando los resquicios entre las ventiscas, nadie les sirvió mejor de guía que sus lobos. El lobo del Tallar y su hembra ya subían sin recelo a los llanos en alto, flanqueando a la manada de los hombres, y era la manada

del Badiel la que se cuidaba de mostrarse cuando ellos pasaban.

Cuando llegó la hierba nueva, el hombre joven de Tari buscó de nuevo donde había parido la hembra. Comprobó que lo había hecho cerca del poblado, casi pegada a la fuente del Chorrillo, y pensó que cuando los cachorros fueran un poco más mayores y anduvieran por los alrededores de la madriguera, esta vez, aunque no hiciera falta, también se los subiría al poblado. Porque eran ya varios los que le habían pedido un lobo para que cazara con ellos cuando caminaban solos, al igual que lo hacía el macho grande y su manada con el hombre joven de Tari.

Pero antes, el hombre quería saldar una deuda de sangre por el lobo y con el lobo. Los cazadores habían cortado en varias ocasiones y en las orillas de un afluente del río, este mucho más hundido y de cañones escarpados, la pista del leopardo, y el hombre joven de Tari pidió permiso para darle caza. Era algo que no podía hacer el solo.

—¿Para qué quiere el joven hombre de Tari matar al leopardo? Su carne no es buena —le dijo con risa el jefe, a quien en realidad le excitaba más que a nadie la posibilidad de una presa de tal enemigo y de aquella envergadura—. Y tiene garras que te pueden abrir la tripa a ti y a todos tus lobos.

—Por eso no iré solo y pido la compañía de los cazadores mejores que yo y del jefe, si quiere venir con nosotros. Él sería nuestro mejor guía.

El jefe se hinchó de orgullo. El hijo de su hembra era no sólo buen cazador, sino que sabía halagar a todos. Si hubiera sido otro cualquiera hasta lo hubiera mirado con recelo, porque eran más cada vez en el poblado los que le seguían. Y ahora mismo era él quien iba a hacerlo. Era astuto. Los otros no se daban cuenta, pero a él, más que a nadie, le gustaba que lo fuera. Él no sería siempre el que dirigiría la fila.

El jefe mandó dos batidores por delante. Dos buenos rastreadores que debían intentar localizar de la manera más precisa la zona de refugio del gran felino. Sin acosarlo en absoluto volverían a Tari.

Cuando regresaron, la Roca se convirtió en un hervidero. Los hombres iban a matar al gran gato moteado que sembraba el miedo cuando las mujeres iban al río. Habían probado en algunas ocasiones, pero la vieja y resabiada fiera siempre se les había escabullido. Pero ahora irían con los lobos. Con el lobo al que había herido y a cuya hembra había matado por defender a los

cachorros que ahora le perseguirían.

Los hombres emprendieron la larga caminata —salieron el día anterior e hicieron noche en el camino— hasta trasponer más allá del pico de las Matillas y meterse por el cañón de aquel afluente de aguas más claras y tan frescas y limpias que le habían valido el nombre de Dulce. El resguardo a todos los vientos hacía crecer allí, en el fondo del cañón, una vegetación exuberante, y la caza era abundosa en aquel sitio. El viejo leopardo había elegido muy bien su refugio y su cazadero, que además se prolongaba muchas jornadas de andar aguas arriba.

Los hombres llegaron al lugar donde los batidores habían hallado las huellas. Un grupo remontó por las laderas casi verticales de piedra viva y luego caminó rápidamente por lo alto del cantil para no ser detectados por la pantera y avanzar todo lo posible para luego bajar y poder cortarle la retirada, si decidía emprenderla aguas arriba. Siempre cabía la posibilidad de que con su poderoso salto ganara él también lo alto del desfiladero y lo perdieran. No tenían gente para cubrir todos los posibles escapes.

El jefe lo sabía. Había hecho traer teas resinosas por si podía emplear el fuego, pero pronto se dio cuenta de que, en aquella zona, empapada por el agua del río, húmeda y verde, de apenas nada iba a servirles. Así que ni siquiera ordenó que se encendieran las teas.

Esperaron en silencio, sin moverse y reteniendo como pudieron a los lobos. El joven hombre de Tari hasta hubo que retranquearse con ellos, pues sobre todo el macho —la hembra había quedado al cuidado de la camada— quería avanzar a toda costa. Por fin, cuando el sol estaba en lo más alto, en el momento convenido en que la avanzada debía apostarse en un lugar, el más estrecho de todo el cañón, a esperar que el leopardo pasara a su alcance, se pusieron en marcha.

Al principio pareció que todo era en vano. Ni encontraron más huellas, ni rastros de alguna cacería reciente del felino, ni los lobos parecían sentir el olor de su enemigo. Seguían subiendo, y el jefe ya pensaba que el animal no estaba en la zona o se había escurrido, como él se temía, por alguna barranca hasta lo más alto del acantilado, cuando la actitud del lobo del Tallar los puso a todos en tensión.

El macho erizaba el pelo y gruñía sordamente desenfundando sus caninos.

Los otros llegaron a su lado y todos recorrieron una zona arenosa que el río formaba en sus avenidas. Y allí, fresca, una huella. Pero aquello era todo. La huella en la arena, y luego se perdía. El río formaba una poza donde se desplomaba una pequeña cascada, y desde luego en aquel lugar no podía hallarse el leopardo.

Pero los lobos sí lo sabían. Saltaron desde el pequeño bajío a una de las orillas, y allí, en fila primero y desplegados después, comenzaron a señalar aguas arriba, cada vez más excitados. El macho gruñía y se adelantaba. Los jóvenes lo seguían, pero miraban hacia atrás, hacia los hombres.

El avezado jefe fue el primero en ver la sombra moteada que se escurría. No gritó. Con un solo gesto de su mano se lo indicó a sus hombres y los desplegó lo mejor que las estrechuras del cañón lo permitían. Debía intentar sobrepasarle por los flancos y lograr o que se topara con los que le acechaban y que ya no debían estar lejos o que se revolviera.

Pero los lobos reventaron cualquier plan. El Blanquino se abalanzó y su manada le siguió. El jefe gritó y los otros hombres le imitaron. El leopardo se volvió un instante. Un lobo más joven no pudo frenar a tiempo y un zarpazo dio con él gimiendo en tierra con sus entrañas esparcidas. Pero los hombres acudían y los lobos saltaban. Ante la pantera había un árbol gigantesco. Su enorme ramaje daba a los dos costados de piedra del estrechísimo cañón. Y entonces el felino saltó, trepó por el tronco y se perdió en la vegetación.

El jefe apareció tranquilo ante la excitación de todos. Algún lobo saltaba ante el tronco. Su presa estaba encaramada allí y la tenían rodeada. Preparó su lanzavenablos e hizo que los demás montaran los suyos. Se congregaron en torno al árbol y otearon con atención entre las ramas. No tardó el primer brazo en alzarse y lanzar la primera azagaya. Y luego otro y otro. Cuando el leopardo cayó de entre las ramas, el jefe orgulloso corrió a rematarlo con su lanza larga. Quería tener una de sus garras.

Los lobos aún recelaron y tardaron un buen rato en acercarse al felino muerto. Pero cuando lo desollaron, sí acudieron a comer de aquella mala y correosa carne. Los hombres no la probaron, pero entre todos se repartieron una de las otras tres afiladas zarpas que el jefe no había reclamado para sí. La piel la cogió también él para su cabaña y nadie le discutió el derecho.

El joven de Tari se acercó al lobo destripado. Se había ocultado entre

unos matorrales. Allí agonizaba. Era poco más que un cachorro. El joven enarboló su hacha de piedra y la dejó caer en un golpe seco en la juntura del cráneo con el hocico. El lobato exhaló un levísimo gemido y se desplomó muerto.

El joven de Tari no quiso ninguna garra del reparto y se quedó largo tiempo mirando arder el fuego. Seguro que fue alguna vaharada de humo la que llevó la lágrima a sus ojos.

Cuando regresaron a Tari, el lobo del Tallar fue en busca de la loba, a la que no le había faltado la comida, y el joven hombre de Tari, acompañado sólo por los dos jóvenes lobos supervivientes, llegó a su cabaña. La hembra joven preguntó por el que faltaba y él apenas respondió con un gesto de desaliento. El crío más grande también lo echó en falta y salía fuera por ver si aún venía. Sus dos hermanos de camada se echaron aquella noche juntos ante la puerta de gruesa piel de bisonte, y cuando aullaron, las gentes de Tari supieron que lloraban. Y la voz del gran lobo del Tallar, el Blanquino de los hombres, que les contestó desde el Chorrillo, fue otro llanto.

Crepúsculo

*E*l hombre sube el pico chato, curtido de cárcavas blanquecinas, y las codornices siguen cantando al ponerse el día porque la primavera fue tardía, lluviosa, y el verano aún mantiene reguerones frescos.

La perdiz reclama a una pollada. Como puños de niño chico, los perdigones, que corren desalados por el polvo de un sendero muy sobado y no se atreven a perderse en un costado, hasta que, asfixiados ya, la madre opta por meterlos a unas providenciales zarzas. Ha criado tarde la perdiz en los llanos en alto a los que acaba de subir el hombre.

Limpio el aire, limpio el cielo. Lavado el verde de la hierba entre los más oscuros robles, en formación de gigantes, ladera abajo, hasta el llano, hasta donde, más allá, la serpiente de, los chopos hace presentir un río. Y más lejos incluso, hasta donde la vista rebota contra el circo de las viejas montañas, el alomado mar de la hierba en continuo y sosegado movimiento en el que sus puntas y espigas son la espuma de las olas.

Las jaras han comenzado a florecer y a cubrir de blanco las laderas de las montañas. En las faldas de los montes chatos a este lado del río, protegidas de los «nortes», los que florecen son los espinos albuces, y sus delicadas flores se agitan temblorosas bajo el soplo del viento. Cuando el cazador pone el pie en una zona de mayores claros, tras cruzar el aliagar que precede a la linde del monte espeso donde cierran filas chaparros, carrascas y las siembras, el espliego, el tomillo y la ajedrea levantan oleadas de intensos olores a cada pisada.

Ha visto alguna perdiz alzarse apresurada, a otras más las oye cantar ocultas. En una fuentecilla, la Blanquina, porque nace que le recuerda a su compañero lobo, le sorprende un conejo saliendo casi bajo su pie. Ve volar

torcaces y tórtolas, y hacia el soto de otra fuente, el Calzarizo, ve bajar brillando una oropéndola macho que luego oye cantar en la alameda, lo mismo que insistente y muy cercano suena el canto del cuclillo.

Es imposible detectar a los corzos. Los machos, a los que aún no les ha llegado la ceguera del cielo, permanecen en la espesura del monte donde tienen todavía hierba y retoños frescos que llevarse a la boca. Las hembras se ocultan con sus crías. La hierba alta y los cuajados matorrales están a su favor y les bastan y les sobran para desaparecer de la vista del humano.

El atardecer se está yendo. El sol se ha echado detrás de las montañas Azules que cercan el horizonte. El hombre sigue acechando al corzo que le es hoy tan esquivo y ahora domina desde lo alto de las rocas los pasos del río. Está ya en el crepúsculo al que llegan los vencejos.

Ha visto abajo, en el fondo, en una poza flanqueada por pizarras, jugar a la nutria, pero no ha llegado a asomar ninguna de sus presas que buscaran apagar su sed. Y ese saliente de roca suspendido sobre el barranco, parecen tenerlo como señal de giro los vencejos. Rasgan el aire apenas a unos metros, llegan en escuadrillas negras, no se estrellan nunca, pasan raudos, como siseos oscuros, y tornan y retornan del horizonte donde se pone el sol a aquel que se pierde en la sombra. No chillan ahora. Están cazando y aprovechan los mejores mosquitos antes de irse a dormir suspendidos en lo alto. El silencio es tal que abajo, muy abajo, se oye el rebullir del agua y arriba el rasgar del aire por las alas del vencejo. Se está yendo también el crepúsculo.

El hombre hubiera querido detener hoy dos momentos. Haber parado esta mañana el tiempo del sol que sale y conseguir ahora hacer caminar lenta, lentamente, hasta detenerlo casi, en estos instantes de la luz marchándose, de la luz que es suave, que acaricia el cielo y que no hiere las plantas ni los árboles, que hace revivir el verde de los pinos y de la rastrera gayuba.

Los ojos del hombre se agarran con ansia a la postrera claridad que se desvanece. Aspira su piel la última luz que permanece. Porque el hombre no puede hacer otra cosa que aspirar el instante, que sentirse dentro del tiempo concedido y caminar luego por la oscuridad que crece. Le queda el viento.



Capítulo XIII

Los leones

El hombre de Tari se acercaba muchas tardes hasta la cercana madriguera de los lobos junto a la fuente del Chorrillo. Le gustaba ver jugar a los tres jóvenes lobeznos —sólo tres había parido la hembra joven— a la puerta de la lobera. Sentado en unas rocas que dominaban la fuente, los contemplaba en sus primeras expediciones descubriendo el mundo que les rodeaba. El lobo del Tallar solía venir a colocarse también a su lado y sentado sobre los cuartos traseros o tumbado con la gran cabeza recostada en las patas delanteras, observaba con el hombre su camada. La loba, más arisca, solía permanecer no muy lejos, pero más apartada.

El Blanquino había desarrollado una creciente confianza con el hombre. Sobre todo cuando estaban los dos a solas. El animal se mostraba mucho más cauto cuando otros hombres se unían a las partidas de caza o se hallaban en las cercanías y era muy reacio a aproximarse, manteniendo siempre una mínima distancia, que él juzgaba de seguridad, a su alrededor. Pero cuando el hombre de Tari venía hacia él y lo hacía solo, el animal no dudaba en

aproximarse. La temporada en que había estado herido y el joven le había cuidado y alimentado había roto definitivamente los recelos. El vínculo era fuerte, y el lobo y el hombre buscaban en muchos momentos la compañía del otro, aunque no hubiera cacería por delante, ni rastro que seguir ni enemigo que combatir. Les gustaba estar juntos.

La cercanía ya no conocía fronteras, y el lobo no dudaba en restregarse en las perneras de cuero. El hombre gustaba de pasar la mano por el pelaje del animal, sobre todo el del cuello y la cabeza, y el lobo respondía con gestos de indudable placer e incluso entornaba los oblicuos ojos. La mirada llegaba a dulcificarse tanto que, en una ocasión, el hombre se encontró pensando en el color de aquellas pupilas, que podían llegar a parecer llamas, y descubrió otra semejanza. El lobo las tenía de miel, de aquel riquísimo manjar por el que los hombres se exponían a los picotazos de las abejas cuando tenían la fortuna de dar con un panal en algún árbol con el tronco hueco. Les echaban toda la humareda que podían para atontarlas y conseguían quitarles trozos de su casa donde guardaban el dulce alimento. Sí. El lobo tenía los ojos del color de la miel.

Al hombre le sorprendía siempre la enorme cabeza del animal, en especial cuando el pelaje de verano la hacía todavía un poco más desproporcionada. Observando a los lobatos que vivían en su cabaña se quedó un poco perplejo el día en que en uno de aquellos gestos de confianza el gran lobo se tumbó panza arriba en lo que él sabía un gesto de sumisión, pero que quedó convertido en otra cosa cuando el hombre optó por acariciarle la barriga.

Al lobo le gustaban las caricias y le fascinaba la voz humana. El hombre tenía un sonido para él, un sonido suyo que lo nombraba, y el lobo supo que cuando su amigo lo emitía era como su aullido de llamada y entonces acudía a su lado. El lobo, además, por el sonido de su voz sabía muchas cosas. La excitación, el peligro, la alegría, la tensión ante un enemigo, la bienvenida ante un amigo... Distinguía todo ello, bien por la voz, bien por el gesto, bien por el olor. El lobo miraba siempre al hombre, a ese hombre, y reconocía cada uno de sus gestos y cada vez los interpretaba mejor y de manera más precisa. El lobo miraba mucho al hombre. Y el joven de Tari no se cansaba de observar a su lobo. Porque así empezaba a sentirlo, como algo de su propio clan, de su manada, y estaba convencido de que el lobo tenía una

parecida percepción de que él formaba parte también de la manada del joven de Tari, de él solo, eso sí, no de los demás hombres. Sólo a él acudía y sólo a él obedecía.

Cuanto más se fijaba en el animal, más crecía la admiración del hombre. El de Tari se sorprendía a cada paso de la astucia y la fuerza de su amigo lobuno. Por ejemplo, cómo podía mostrarse ante un rebaño para así asustarlo y que este se encaminara recto hacia donde acechaba otro lobo o los lanceros humanos. Eran habilidades que antes únicamente le habían parecido propias de la manada de los hombres y ahora descubría que el lobo también las utilizaba.

Algo que le dejaba más pensativo todavía eran las emociones del animal. Porque este las tenía y las expresaba como podía hacer él mismo. ¿Acaso no había llorado, con aullidos que sobrecogieron la noche, la muerte de su hembra por el leopardo? Él lo había sentido. Como grita y gime un hombre, así había entendido él el aullar del lobo.

Otra cosa que había descubierto igualmente era la diferente manera de atacar a cada presa según su diferente tamaño. Con los caballos, uros o ciervos, la dentellada se dirigía al vientre y a los ijares. Allí buscaban desjarretar, descentrar y provocar desgarros que acabaran por agotar y hacer caer a aquellos poderosos animales. Pero si estos eran de mediano tamaño, su ataque solía lanzarse al cuello, a la cervical o a la tráquea. Y siempre le sobrecogía el feroz zamarreo con que el lobo destrozaba la resistencia de su víctima.

El hombre de Tari descubría cada día elementos nuevos en el comportamiento y aptitudes de su compañero. Lo primero que le chocó fue aquella extraña manera de trotar y correr, una forma aparentemente deslavazada de hacerlo, como botando sobre los cuartos traseros, más escurridos y débiles que el poderoso tracto delantero. Pero era incansable, parecía no fatigarse, y con su sostenido paso podía recorrer en una noche distancias en las que el hombre tardaría tres días.

Otra cosa asombrosa era el silencio total del lobo a la hora del ataque. Siempre había pensado en el lobo ligado al aullido que desde niño había escuchado en la Roca de Tari, pero se dio cuenta muy pronto de que los lobos aullaban únicamente para llamarse o comunicarse entre ellos. Había muchos

tonos y muchas llamadas y todos tenían un significado. Pero, cuando cazaban, lo hacían en silencio. Una vez localizada la presa y lanzada la persecución, el lobo callaba. Mudos y fijos la perseguían turnándose en las puntas de la carrera, y cuando ya se abalanzaban sobre ella, tampoco salía voz alguna de sus gargantas. Sólo cuando la presa estaba muerta, llegaba el momento de los gruñidos para determinar su sitio y preeminencia en el festín.

Los cachorros tenían voces diferentes a los adultos. Se entregaban a auténticas algarabías corales. Parecían ensayar lo que luego serían los prolongados alaridos que llenaban las noches con aquel ulular que parecía ocupar la tierra entera. Los de las crías quedaban como cortados, eran más graves y sin el estremecedor tono que alcanzaban de adultos.

Las manadas tenían asimismo comportamientos muy diferentes a los ataques de los lobos. Al principio de cazar con ellos, los hombres habían sacado provecho de ello. Al ver al lobo, las yeguas formaban círculos con los potros en el centro, mostrando a los atacantes los cuartos traseros y prestos los cascos a soltar coces. El círculo de las vacas del uro presentaba, por el contrario, un frente de testuces y de cuernos, y esta formación era mucho más difícil de romper para los lobos. Las vacas jugaban todo a ello, pues sus crías eran lentas y no tenían casi posibilidad en la huida, mientras que los caballos sí tenían alguna en su mayor rapidez. Pero los potros, menos resistentes, acababan por sucumbir muchas veces a la tenaz persecución de la lobada.

Los hombres, al comienzo de aquellas cacerías conjuntas, aprovecharon aquellas maniobras defensivas de los rebaños para aproximarse con rapidez y poderles lanzar sus azagayas. Pero duró poco. Yeguas y vacadas ya no se dejaban sorprender, y en cuanto aparecía a la vista o al olfato el tufo del cazador erguido, la formación defensiva se rompía de inmediato o no se llegaba a formar siquiera y la huida se precipitaba. Las manadas sabían que los humanos mataban a distancia. Ya lo habían aprendido hacía mucho tiempo.

Sentado al lado del Blanquino, el hombre de Tari hacía memoria de sus recientes recuerdos y de lo obsesivo del lobo en marcar y remarcar su paso por todo su territorio con orines, excrementos, un unto que le brotaba de la cepa de la cola, que eran de continuo depositados en trochas, sendas, arbustos

y sobre todo en aquellos lugares que tanto gustan a los lobos: los altos y las cuerdas bien venteadas donde les llega el aire por todos los sitios y así pueden captar ellos todos los efluvios.

Una cosa tenían en común, meditaba el cazador. Al lobo y al hombre les gustaban muy poco las cosas que reptan por el suelo. Los dos mantenían la vieja aprensión por las serpientes. Aquellos dañinos bichos deslizantes que pueden traer una muerte o unos atroces dolores con el veneno que portan en sus colmillos. El salto repentino del Blanquino o del de Tari solía tener aquel significado en los pedregales.

El vínculo se anudaba cada día más estrechamente. En este tiempo más cálido y placentero para los hombres y las bestias, solían cazar juntos y juntos volvían hacia Tari. Ahora con los pequeños lobos y los dos lobos del año. Pero el hombre tenía un plan para ellos y no tardó en aplicarlo antes de que se hicieran más grandes. Consiguió tras no pocos esfuerzos infructuosos y la decidida oposición de la loba, a la que incluso tuvo que apartar amenazando con el venablo, que los pequeños siguieran a sus hermanos mayores al poblado. Una vez allí, a los pequeños se les dio de comer hasta saciarlos y luego se les impidió bajar hasta su madriguera. Tenían aquella querencia ya muy marcada, y el hombre de Tari comprendió que se había retrasado en traérselos y que ahora sería un problema. Porque al revés de los suyos, aquellos sí tenían madre, y la loba estuvo toda la noche bajo la Roca reclamándolos.

El joven hombre de Tari, a pesar de todo, siguió adelante con su plan. Reunió a los tres cazadores que más le habían insistido que les regalara uno de los cachorros —uno de ellos, el propio jefe de Tari— y les entregó un lobezno a cada uno. Pero estaba muy claro que los animales intentarían escapar y reunirse con su madre, y desde luego no había que hacer nada contra ella ni contra el lobo del Tallar. Por ello, la única solución era mantenerlos encerrados y todo lo ocultos que se pudiera de la loba.

Así que hubo que atarlos con una cuerda del cuello y dejarlos dentro de cada una de las cabañas para que no se fugaran. Pero sobre todo se procuró que no les faltara comida ni agua, y notaron que se tranquilizaban al ver y oler a sus hermanos mayores que vivían en Tari.

La loba y en menor medida el lobo se acercaron muchas noches hasta el

portillo de acceso del poblado. Sabían que sus hijos estaban allí porque los oían, pero pasadas las primeras noches en que los lobeznos gimotearon y protestaron, cada vez oían menos sus llamadas. Aunque desde luego sabían que allí estaban.

Pero los que salían a cazar con el hombre de Tari no eran ellos, sino los dos más crecidos, y todos se adentraban en los bosques o en la estepa. A regañadientes, la loba también iba, y al volver era la que hacía mayor ademán de internarse por el camino empinado hacia lo alto de la Roca, pero después desistía y se quedaba con el macho las más de las veces en aquel paraje del Chorrillo que parecía ser su mejor acomodo y el lugar donde era más fácil encontrarles. De hecho, ya ni siquiera se ocultaban cuando las mujeres acudían allí a recoger agua. Pero, a pesar de esa creciente dependencia, la pareja de lobos adultos parecía decidida a no ascender a Tari y mantener así una libertad de movimientos que los lobos de sus camadas anteriores no tenían.

Durante más de una luna los lobeznos permanecieron sin bajar de la Roca, pero al fin, cada uno con su cazador, lo hicieron. La manada entera volvió a juntarse. Los lobos saludaron alegres a su madre y se sometieron a su líder y padre. Pero algo había cambiado. A quien en realidad cada uno de ellos atendía más que a nadie era al cazador humano que lo había alimentado y atado. Cuando este llamaba, el lobezno acudía presuroso, y volvía la cabeza hacia él y no hacia el Blanquino cuando cazaban, esperando oír de su voz o de su mano la indicación de hacia dónde ir o venir.

Hubo tensión en la vuelta. Sobre todo por parte de los hombres, que sabían que era un momento decisivo. Habían controlado durante mucho tiempo a los cachorros, pero ahora no llevaban cuerdas que les sujetaran por el cuello y habrían de decidir por sí mismos qué rumbo cogían. Al regresar al poblado, los dos lobos del hombre de Tari no lo dudaron. Era su camino habitual y sabían que allá arriba les esperaba la comida. Era algo que también habían comenzado a hacer los hombres. Los dos lobos adultos comían en el campo y por su cuenta, pero los adiestrados se limitaban a hacerlo cuando los hombres les echaban y siempre y cada vez más en exclusiva en el poblado. Para los pequeños aquello había sido llevado a rajatabla y, de hecho, durante el día no habían probado bocado. Los hombres se habían guardado la poca

carne fresca que habían conseguido. Unos cuantos conejos en los lazos y algunos pichones de torcaz en sus nidos.

Al llegar a los alrededores de la Roca, los dos lobos jóvenes emprendieron casi un galope para subir cuanto antes a la cabaña. Los tres más pequeños caminaban cada uno junto al hombre que en ese momento le había reclamado. La loba y el Blanquino cogieron su senda hacia el Chorrillo. Uno de los lobeznos, una pequeña hembra, hizo intención de seguirlos, pero la voz seca del hombre la detuvo y volvió a pegarse a sus tobillos. La loba madre se giró a mirar y luego, como sacudiendo la cabeza, retomó aquel trote extraño, el trote del lobo, que no llega a la carrera, pero que se puede mantener eterno y continuado, y se alejó deprisa de los hijos que ya había perdido definitivamente. Los lobatos subieron mansamente tras los pasos de los hombres y movieron alegres los rabos cuando a la puerta de las cabañas les echaron sus raciones de comida.

El tiempo más caluroso significó igualmente un profundo cambio para todos y un momento que tal vez el lobo Blanquino llevaba esperando más que nadie. Las cacerías de los hombres comenzaron a dirigirse de manera continua hacia los llanos en alto y en ocasiones la expedición duraba largos días. Unas veces caminaban hacia naciente, y tras ascender por el cerro de las Matillas, avanzaban por aquellas llanas extensiones para cazar en ellas y descolgarse después a los profundos barrancos y regresar también cazando aprovechando la frescura de las orillas de los ríos. Otras, tras remontar el Tallar, acababan por avanzar directamente hacia donde el lobo sabía que estaban los territorios más resguardados de la lobada enemiga y daban vista a la desplomada loma donde él se había criado en la vieja tejonera. Atravesaban aquel profundo barranco que había sido la frontera y la causa del ocaso y la derrota de su propia manada, para desplegarse después por todo un inmenso cazadero, un cerrado bosque de chaparros y encinas en los que algunos hombres con los lobos acosaban y sacaban de la espesura a ciervos y a corzos y otros los esperaban apostados en claros y montículos. Pero cuando el Blanquino entraba en una tensión y una excitación evidentes, que el hombre de Tari no dejaba de notar, se dirigían hacia la fuente de la Tobilla y, desde allí, descendiendo, se encaminaban directamente a las márgenes de río Badiel para la más larga de la correrías, que a veces llegaba a las terreras del

propio río que pasaba cerca de Tari, pues ambas aguas confluían, y ascendiendo curso arriba era como después regresaban a la Roca.

Era en aquel campeo cuando el lobo Blanquino mantenía de continuo una permanente alerta, la cola levantada y los belfos siempre a punto de enseñar el colmillo. No cesaba de marcar su paso con sus orines y sus escarbaduras, y el hombre comprobaba que, en ocasiones, lo hacía sobre marcas de otro lobo... y comprendía a quién se dirigía el reto.

Pero la manada del Badiel se guardaba mucho de aparecer ante aquella fuerza numerosa de hombres y lobos. En todo el verano tan sólo una vez consiguieron divisar a unos cuantos. Les parecieron lobos jóvenes, y lo cierto es que salieron huyendo despavoridos al verse sorprendidos junto a un arroyo. Corrieron cuesta arriba perseguidos por los lobos de los hombres, que no pudieron alcanzarles, y que finalmente regresaron, tras insistentes llamadas, a su lado. El lobo macho, sin embargo, no se había movido. Seguía en su actitud de reto y marcando una y otra vez todo lugar donde encontrara el más mínimo rastro del otro.

Por la noche, se retiró un buen trecho del fuego de los hombres y aulló con un ulular sostenido que el hombre de Tari entendió muy bien. Era un desafío, era la voz que le decía al enemigo: he venido a tu cazadero, mato tus corzos y tú te ocultas. Ven y enfréntate a mí y combate por tu manada. A su voz se unieron como un coro la loba vieja y luego todos los lobos de los hombres. Estos prestaron oído, pero ninguna voz de lobo respondió en la lejanía.

El hombre de Tari dijo junto a la hoguera:

—El Blanquino tiene una sangre que saldar con los lobos del Badiel.

—Le temen. No le contestan.

—Vienen con nosotros y nos temen. Pero el lobo del Badiel contestará.

Lo hizo poco antes de llegar el alba. Lo hizo cerca, y los hombres se levantaron de sus pieles con el vello erizado. La lobada badielina lo hacía desde una cuerda próxima y alzaba su voz respondiendo al desafío. Los lobos del hombre, de inmediato, replicaron.

—Démosles caza —propusieron al hombre de Tari sus compañeros.

Este se quiso negar, pero luego pensó que sus animales no podían dejar el campo a los enemigos y con la primera luz avanzó hacia donde habían

sentido el clamor de la lobada.

Pero no llegó ni a atisbarlos. La manada humana y sus lobos se desplegaron intentando sobrepasarlos por algún flanco, pero, nada más verlos asomar, los badielinos se retiraron. La fugaz imagen que lograron divisar fue la de un gran macho asomado en lo alto de una roca en el viso que los oteó un instante para desaparecer rápidamente.

—Huyen —dijo el hombre de Tari—. No les daremos caza así. Ya no plantan cara a nuestros lobos.

Desde aquel encuentro y durante todo el verano no se vio asomar más a los lobos por la cuerda del Tallar ni se les oyó aullar desde allí su poderío. El lobo Blanquino y su hembra volvieron a campar a sus anchas por las laderas de las fuentes, dueños otra vez de su ancestral territorio.

Hasta que llegó el león.

Casi nadie en Tari recordaba ni siquiera que otro hombre lo hubiera visto, ningún cazador había cortado nunca su huella, ni había oído su voz ni temblado ante su rugido. Pero cuando en las sombras de la noche aquel vibrar cavernoso se expandió por todo el espacio y rebotó contra la Roca de Tari, los hombres supieron que el enemigo más poderoso había llegado a su territorio y que el hombre ya no podría caminar seguro. El viejo leopardo había sido temible, pero en los recuerdos de los hombres estaba el miedo a la gran fiera que había aterrorizado las noches de sus ancestros y seguía presente en los cuentos alrededor de las hogueras. El reno no regresaba, pero el león había vuelto.

A la mañana siguiente, un selecto grupo de batidores, encabezados por el jefe, el joven y el lobo viejo y su loba —los cachorros se quedaron en el poblado—, salieron de descubierta a intentar encontrar sus huellas. Tuvieron que andar mucho.

El rugido del león que tan cercano les había sonado no tuvo plasmación en una marca en la tierra hasta mucho más allá de lo que pensaban. Buscaron infructuosamente su señal. No fue hasta muy tarde que encontraron su rastro, cuando por casualidad y esperanzados de que el gran felino se hubiera retirado se dirigieron hacia el vértice donde la montaña Nublada se junta con el río en su abertura hacia la llanura, por comprobar si algo les indicaba que se hubieran marchado.

Lo señalaron los buitres. Divisaron el círculo de carroñeros que bajaban en espirales y hacía allí se encaminaron todo lo sigilosamente que pudieron e intentando avistar la carroña desde alguna altura. Hicieron bien en tomar aquella precaución. Cuando llegaron sobre unos pelados cerros de piedras blanquecinas que brillaban al sol, vieron abajo, entre el sopié y la ribera, a los leones que aún comían sobre su presa y a los buitres que se paraban en los árboles de los alrededores o se dejaban caer al suelo a prudente distancia.

No supieron lo que los leones habían matado, pero sí que eran tres quienes lo habían hecho. Tres al menos que ellos vieron, pues, tras observarlos un buen rato, uno a uno se fueron levantando y, bamboleándose, con las tripas repletas de carne, se dirigieron hacia la espesura de la ribera del río y allí se perdieron de vista.

Los hombres y sus lobos se arrastraron hacia atrás de la loma y, tomando todas las precauciones para no ser olidos por las fieras, volvieron cabizbajos al poblado.

El jefe convocó esa noche a todos, y en torno a la hoguera se tomaron decisiones. Las mujeres no deberían abandonar el poblado excepto para acercarse a las fuentes más próximas y se procuraría siempre que alguien las acompañara con sus armas dispuestas. El río y sus márgenes quedaban absolutamente prohibidos para cualquier expedición recolectora de las mujeres. Los cazadores ya no saldrían solos, sino que cada partida de caza sería previamente organizada. Siempre habría cazadores en la Roca, pues ni Tari estaba a salvo del ataque de aquellas enormes y poderosas fieras. En el portillo de entrada, donde se iniciaba el camino entre las rocas hasta ascender a la planicie de arriba, volvería a haber vigía y fuego siempre encendido, con un potente muro de espinas y maderas enlazadas que lo protegiera. Era algo que se había tenido por costumbre en tiempos pasados, pero que, seguros y sin enemigos acechando, se había ido perdiendo. Tan sólo cuando fueron muertos los cazadores en la estepa, y durante un tiempo, volvió a ponerse un vigía nocturno. Los cazadores más experimentados, con el jefe, seguirían espiando el deambular de las bestias para tratar de controlar sus movimientos y ver si había posibilidad alguna de ahuyentarlas o incluso de intentar acabar con ellas. Aunque esto último se les antojaba a todos extremadamente peligroso y casi imposible, dando por seguro que de acometer la empresa

serían varios los que perderían en ella la vida y Tari habría sufrido mucha merma de hombres. Los lobos jóvenes no serían llevados hacia los lugares donde se detectaran los leones.

Mucho se habló aquella noche ante el fuego de Tari. Muchos recuerdos afluyeron. Hacían falta muchas lanzas para abatir a un león, pues mucha era su fuerza, y de un golpe de su zarpa arrancaba la cabeza a un hombre. Ante él sucumbía el uro más poderoso. Venía en la oscuridad sobre los poblados y arrancaba de allí a un cazador, a una mujer o a un niño, arrastrándolo a las sombras y haciendo de él su comida. Su voz pavorosa paralizaba el brazo que lanzaba el venablo, y un solo salto alcanzaba muchos pasos del más veloz en la carrera. Sus colmillos cascaban un cráneo como una nuez y sus garras abrían en canal de un golpe la tripa de un caballo. Ningún animal, por poderoso que fuera, se enfrentaba a él, y todos le huían.

Pero temía al fuego. Como a todas las manadas de animales, el fuego les espantaba y en los relatos estaba cómo algún antepasado había sobrevivido al león amparado por las llamas. Los hombres que salieran al descubierto siempre llevarían teas resinosas preparadas y presta la brasa para poderlas prender.

Los hombres de Tari vivieron largas jornadas de tensión y alguna noche de angustia. La peor fue cuando los leones se acercaron hasta la misma Roca y merodearon, durante todo lo que la oscuridad duró, bajo ella, rugiendo amenazadores mientras los hombres alimentaban con toda la leña que tenían el fuego de la entrada y veían pasar en algún momento la sombra de la bestia poderosa a la luz temblorosa de las llamas. Los jóvenes lobos escondían la cola entre las patas y se pegaban a los hombres, y estos no dejaban de mirar cómo aparecían en el límite de las sombras los enormes y brillantes ojos de las fieras acechando sus movimientos. Del Blanquino y de su hembra nada se oyó, ni un aullido, y cuando entrada la mañana y comprobado que los leones se habían alejado, los hombres se atrevieron a bajar, se percataron de que los lobos también se habían marchado, pero no había señal de lucha alguna. Sólo cuando ya atardecía los dos lobos volvieron.

Pero los hombres no se limitaban a permanecer asustados y encerrados en su Roca cuando la noche caía. Aprovechaban el día, y poco a poco fueron conociendo las costumbres y movimientos de las grandes fieras.

Descubrieron su querencia por las márgenes del río. Allí, en algunos vados donde acudían los herbívoros a beber, preparaban sus emboscadas, y en la sombra y el frescor de los sotos seesteaban y descansaban durante el día. Concluyeron que no eran más que tres, dos de ellos machos con incipientes melenas y una hembra. Desde la loma donde los divisaron por vez primera pudieron observarlos y establecer algunas de sus rutas más habituales. Solían subir río arriba, pero muy pocas veces intentaban ascender por las laderas de los montes y rehuían los lugares más boscosos y con vegetación más tupida. En varias ocasiones se desplazaron por la estepa y hasta tardaron varios días en regresar a las márgenes del río.

Fue en una de aquellas ocasiones cuando los vigías los vieron alejarse una tarde por la llanura adelante y comprobaron que no habían vuelto a la mañana siguiente. Entonces los hombres se pusieron a trabajar sin descanso. Buscaron en un lugar cerca de donde gustaban dormir un terreno que no fuera en exceso duro y allí comenzaron a cavar con todas sus fuerzas y con cualquier utensilio que pudiera servirles. Cavaron hasta la extenuación, turnándose cuando se agotaban por el esfuerzo, el día entero, pero cuando las sombras de la noche ya venían, entendieron que su trabajo podía haber sido en vano, porque aún les quedaba mucho que ahondar y ensanchar en aquel hoyo. Se retiraron pesarosos con el temor de que al día siguiente cuando volvieran los leones hubieran regresado también y visto su agujero. Suspiraron con alivio cuando comprobaron que no habían vuelto, y ese día trabajaron con mayor ahínco y sin descansar ni un momento. Cuando estaba el sol en lo más alto, creyeron que el hoyo ya tenía la suficiente profundidad y anchura y armaron la trampa. En su fondo colocaron lanzas y estacas afiladas clavadas firmemente en el suelo. Un cuerpo que allí cayera se ensartaría sin duda en ellas. Luego taparon la boca y aquello les costó un largo y esmerado trabajo. Pusieron de base un liviano entramado de finas cañas entrelazadas. Sobre él una capa de grandes hojas, encima tierra, un nuevo entramado de varillas de anea, más hojas anchas y finalmente más tierra. Tierra igual que la que cubría la superficie de aquella zona. Porque la que habían ido sacando de la profunda fosa la habían ido arrojando al río tratando de no dejar huella alguna que delatara su trampa.

Sólo quedaba cebarla. Para ello depositaron con suavidad y procurando

no hundir el armazón trozos de carne sanguinolenta y con más sangre trazaron un reguero que hasta ella conducía. Calcularon que un zorro o un tejón que acudiera no se hundiría, pero temieron que cualquier animal más corpulento, o una bandada de buitres o hasta una pelea entre las alimañas, aunque fueran de pequeño tamaño, acabara por descubrir e inutilizar su artilugio.

Tras hacer lodo aquello, aún tardaron muy largo tiempo en intentar borrar todas sus huellas y pasos para, por último, dar un toque final tratando de eliminar su olor y que este no pudiera ser percibido por los felinos. Esparcieron por todo el lugar excrementos de caballo. Las vísceras y la carne de un caballo era precisamente lo que habían puesto como cebo. Marcharon de nuevo hacia Tari y esperaron, sin poder conciliar el sueño, algún sonido que les indicara que podían haber tenido éxito. Pero nada oyeron.

Los leones, si habían regresado de la estepa, por allí no habían pasado. La trampa había aguantado, aunque tenía algunos desperfectos, pues alguna visita nocturna desde luego que había tenido. Pero no se había desplomado. Remendaron como mejor pudieron rotos y agujeros, volvieron a cebar con más carne y hasta dejaron a un hombre presto a ahuyentar durante el día y con la luz a todo animal que quisiera acercarse. Al jefe se le ocurrió dejar otro animal muerto en un lugar lo más distante posible de allí y mucho más al descubierto para hacer que los buitres se concentraran en aquel sitio. La treta surtió efecto.

Al atardecer volvió el vigía. Se trataba del joven de Tari acompañado por su lobo grande. Algo le había parecido ver que se movía por la llanura frente a él y alguna señal de alarma creyó detectar en el Blanquino, pero no quiso aguantar más tiempo para comprobarlo, tanto por su seguridad como por no poner en riesgo la trampa si los leones detectaban su presencia.

Aquella noche oyeron los rugidos. Los hombres se levantaron de las chozas y salieron junto a la hoguera señalando, unos a los otros, excitados, la dirección de donde provenían y que, en efecto, era aquella en donde habían dejado clavadas las estacas en la fosa.

Por la mañana, el jefe organizó con muchas precauciones la marcha. Caminaron ansiosos, pero su guía no les permitió en absoluto ni correr ni adelantarse. Aunque hubieran conseguido su objetivo, los leones eran tres.

Así que remontaron las costeras de piedras blancas, y desde la loma pudieron otear lo sucedido.

Hubieron de sofocar un grito a un gesto conminador de su líder, porque el entramado estaba hundido. Un profundo boquete se abría, y estaba claro que por allí se había desplomado un corpachón enorme. Aprestaron lanzavenablos y lanzas largas, encendieron teas y se decidieron a bajar a comprobar finalmente si allí agonizaba su deseada y temida presa.

El león, uno de los machos, estaba muerto. Había caído sobre lanzas y estacas. Al menos tres le habían traspasado, y otras, que tal vez también le hubieran herido, estaban rotas o caídas. Pero habían cumplido su misión, y el felino al intentar desclavarse no había conseguido más que acelerar su muerte, causándose más anchas y terribles heridas por las que había escapado su vida.

Alrededor de la fosa comprobaron cómo los dos supervivientes habían dado vueltas y más vueltas, una y otra vez. Pero ahora parecía que se habían alejado. Algunos propusieron bajar hasta el fondo del agujero y llevarse el león como trofeo. Casi todos aclamaron la intención, pero no lo consintió el jefe.

—La carne de león no se come. Los dos vivos pueden regresar y estamos en campo abierto ante ellos. Cuando los hayamos matado a todos, cogeremos sus garras y sus colmillos.

Al joven de Tari, el hombre de su madre le pareció un sabio jefe y fue el primero en apoyarle. Volvieron a escape, eufóricos y triunfantes, a contarlo a las mujeres de Tari.

Pero, como muy bien había dicho el jefe, aún quedaban dos leones y eran tan peligrosos para la manada humana como si de tres se tratara. Y una trampa igual sería inútil prepararla para ellos. Sin embargo, los ánimos de los hombres de Tari habían renacido. Y todos insistían al jefe en que los llevara a darles caza. Ahora se sentían poderosos. Pero el jefe meditaba. Al fin habló en la hoguera con el joven de Tari.

—Si fuéramos capaces de hacer que se metieran en un cañón profundo, tal vez pudiéramos con el fuego vencer definitivamente al león —le dijo—. Quizás los lobos pudieran ayudarnos en ello.

—Los lobos vendrán, pero no los acosarán como hicieron con el

leopardo. Nos servirá más el fuego para hacerlos dirigirse hacia donde queramos —contestó el joven.

—Los leones, cuando han comido mucho, se vuelven lentos y perezosos. Tendremos que acechar que consigan una gran presa y entonces será el momento de atacarlos. Los lobos, aunque los teman, han de ayudarnos en el cerco. Pero no llevarás más que a los dos grandes y tus dos lobos jóvenes, los nuestros son demasiado pequeños.

La nueva fue saludada con alborozo. Todos quisieron formar parte de la partida y todos alardearon de que ellos serían los primeros en hundir su lanza.

Pero fue el león, en aquella ocasión, quien mató al hombre. Descubrieron su festín y que sus barrigas estaban repletas de comida, los cercaron y comenzaron a empujarlos con sus teas y sus lobos hacia un pequeño desfiladero. Hasta que en un momento uno de los cazadores que iba en punta se adelantó y, casi sin que pudiera verlo, surgiendo entre las hierbas, el león vino a él, y cuando a sus gritos acudieron los demás, del hombre no quedaba cara, de su vientre salían sangre y tripas y una sombra amarilla volvía a escabullirse entre la vegetación no sin antes volverse a dirigirles un aterrador rugido.

Aquella noche en Tari hubo llantos y el chamán destempló el espacio con sus alaridos hasta que el hombre fue depositado con su gorro de piel de nutria, el que más le gustaba, y su zamarra con adornos de dientes de raposa, en la tierra de la gran caverna, bajo grandes losas de piedra.

Pero la diferencia entre las manadas de las bestias y la de los hombres es que la de estos, además de poseer el fuego, no desiste jamás de su empeño, aunque le cueste muertos. Los hombres de Tari tenían que matar al león, y la muerte de un cazador no hizo sino encorajarlos más. Acabar con los felinos fue, desde aquel momento, la obsesión en la que centraron todas y cada una de sus energías. Y en el fuego hallaron su camino.

No fue ni junto al río, ni empujándolo hacia un desfiladero, ni con una nueva trampa. Fue en la estepa. En campo abierto. La alta hierba reseca les ayudó. Incendiaron la llanura y los atraparon en un gran círculo de llamas. Avanzaron dispuestos a morir con las lanzas en las manos, dándose valor el uno al otro, sintiendo cada uno su propio miedo, pero haciéndose fuertes en el de todos compartido. El león macho logró huir, chamuscado, llanura adelante

hacia las lejanas montañas. A la leona la cenaron en un bosque, en un altozano donde había algunos árboles y arbustos. La leona estaba allí, rodeada de hombres y de fuego. Porque estos, al llegar, apoyaron a las llamas rastreras lanzando teas resinosas a las ramas y a las copas, convirtiendo todo en una enorme hoguera. La leona intentó una carga última, pero la vieron abalanzarse desde media ladera y pararon su salto apoyando el mango de las lanzas en el suelo. Logró derribar a un cazador, pero al instante tenía muchos venablos atravesándole el costado y la barriga. Murió revolcándose y todos y cada uno de los hombres de Tari clavaron en su cuerpo su venablo.

A ella sí la cogieron. La colgaron en un grueso palo y sudando regresaron, seguidos por sus lobos, entre cánticos, a celebrar su triunfo aquella noche y gritar y danzar ante las hogueras de la Roca. El hombre y el fuego eran la más poderosa manada de la tierra.

Al día siguiente fueron a por las zarpas y los colmillos del león muerto en el agujero y de este sí quiso el hombre joven de Tari una de sus afiladas garras.

Niebla

*L*a niebla ha llegado con la lluvia. Se ha ido entreverando con ella. Se ha pegado primero a los cerros más altos y también se la ha visto descender subrepticamente por los pinares desde lo alto de la sierra. A la caída de la tarde ya era dueña del aire y ahora ya en la noche envuelve por entero la vida.

La niebla oculta todo. Las cosas que estaban ahí desaparecen. Nada se encuentra y todos se pierden. El lobo mismo se pierde. El lobo sabe su rumbo sin importarle la noche o el día, sin que el más oscuro cielo sin estrella ni luna le preocupe para dirigir hacia donde él quiere sus pasos. Ni la lluvia ni la nieve, ni la peor ventisca lo detiene. Es más, juega con el mismo viento por muy feroz que este se pretenda. Cuanto más apriete la cellisca, más eficaz será, al paio de sus ráfagas, su cacería.

Pero la niebla lo pierde. La niebla lo vuelve tan desvalido como al hombre. No encuentra ni su propia trocha y siente que el camino desaparece debajo de sus mismas patas.

El lobo, definitivamente, aborrece la niebla. Por eso gusta del viento que la aleja, y cuando ella se empeña en aferrarse a las cuerdas de las montañas, la deja atrás descendiendo por sus portillos. No es la nieve quien lo expulsa. Es la niebla.



Capítulo XIV

Hambre

Los hombres mataron al león, se pusieron sus garras al cuello como muestra de su poder y valentía y el jefe exhibió su piel en la cabaña. Pero las garras, los colmillos y la piel del león no dieron de comer a Tari. Y la Roca pasó hambre aquel invierno.

Durante el tiempo en que los felinos camparon a sus anchas por el territorio, las expediciones de recolección y caza se redujeron al mínimo y todas las energías de la manada humana se emplearon en intentar acabar con ellos y conseguir volver a dominar su cazadero. Cuando finalmente lo consiguieron, el invierno se les estaba echando encima y apenas habían conseguido acumular provisiones para poder afrontar la estación más hostil y en la que más dependían de lo que habían logrado almacenar cuando la naturaleza les era más benigna. Es más, y aún peor, se habían estado manteniendo en buena medida de las reservas, y cuando debían de tener los almacenes a rebosar, no sólo estaban a medias, sino incluso casi vacíos como cuando ya empezaban a otear los horizontes pensando en la llegada del buen

tiempo. Y ahora tenían por delante todo el malo.

El poblado entero se lanzó, pues, a una frenética búsqueda y acopio de alimentos. Escaseaba el tiempo. Los hombres y las mujeres miraban los depósitos y los colgaderos donde en otro tiempo rebosaban las tiras de carne y de pescado puestas a ahumar, así como las frutas, las bayas, los tubérculos y hasta algunos granos comestibles, y dirigían luego la vista al cielo, que día a día se volvía más sombrío y ominoso, y a un sol que cada vez se asomaba menos tiempo sobre la tierra y se acostaba rápidamente entre jirones de nubes frías.

Las mujeres y los niños salían al amanecer y recorrían una y otra vez todas las costeras de las fuentes, las márgenes del río y los regatos que desde las faldas del monte hasta él bajaban. Recolectaban todo aquello que pudiera ser comestible al tiempo que diseminaban por cualquier lugar propicio toda suerte de trampas, losas, lazos y redes para conseguir atrapar conejos, liebres, perdices y cualquier tipo de pajarillos. Todo lo que podía servir para capturar un ave, un mamífero o un reptil se puso en funcionamiento y cada día se revisaba con ansiedad. El tiempo se les escapaba. Aunque todavía, y en compañía en este caso de todos los hombres, sí pudieron aprovechar algo de los desoves de las truchas y salmones y, dirigiéndoles con pequeñas presas y azudes, capturarlos con nasas y redes o lograr alancearlos con arpones dentados de hueso. Pero en el verano no habían hecho la gran provisión de barbos, bogas y cangrejos que acostumbraban, y a pesar de todo el esfuerzo, cuando acabó la freza, comprobaron que apenas si habían logrado la mitad de provisiones que en otras temporadas pasadas.

Algo peor les pasó a los cazadores. La temporada cálida era la mejor para ellos. Era entonces cuando abundaban las presas y era más fácil cazarlas, especialmente en los aguaderos. Incluso habían desaprovechado casi por completo el celo y tan sólo quedaban restos tardíos del mismo en los ciervos y, si ascendían a las montañas, en los íbices.

Alrededor de la hoguera decidieron en grave y preocupado consejo que en vez de cazar juntos se dispersarían tratando de abarcar todo su territorio y aprovecharlo al máximo. Juntos sólo se enfrentarían a una gran cacería de venados sacando partido del final de la berrea, cuando los machos recogen los rebaños de hembras para cubrirlas y pelean entre ellos. Tras ella, los

cazadores, divididos en parejas los más y algunos solos, intentarían conseguir la cantidad máxima de carne, estando las mujeres prestas a ir a recogerla cuando los hombres no pudieran acarrearla toda. Confiaban mucho en la ayuda de sus lobos y se levantaron del fuego un poco más reconfortados.

Pero la caza no les fue propicia. Ni a ellos ni a sus lobos. El invierno parecía venirse rápidamente encima y en todas las señales del cielo y de la tierra se adivinaba que iba a ser particularmente crudo. La batida contra los venados se saldó con escaso aprovechamiento, y si no fue un fracaso absoluto, hubo que agradecerlo a los lobos, que lograron espantar hacia los lanceros un pequeño pelotón de hembras y cobrar ellos por su parte todavía un par de gabatas. El resto rompió el cerco y huyó.

Algo mejor suerte corrieron los cazadores diseminados. Sobre todo fueron fructíferas las expediciones del joven con sus lobos. Los cuatro que le acompañaban, los dos adultos y los dos lobatos de casi dos años, le convirtieron en el cazador que más presas aportó al poblado. Asomaba en cualquier altozano y su voz era saludada con alborozo y las mujeres salían a la carrera para prestamente destazar y acarrear las piezas conseguidas. Incluso logró no tener que ser ni siquiera él mismo quien se llegara a la vista de la Roca. Adiestró a uno de los lobos jóvenes para que lo hiciera. El animal llegaba a la cabaña y la mujer joven, ya sobre aviso, sabía que, junto a las demás, debía seguirle hasta el lugar de la matanza. A veces el joven de Tari ni siquiera estaba allí, sino recechando ya otra presa.

Pero todo el esfuerzo no alcanzó a llenar las despensas. Algo habían conseguido, y si el invierno hubiera sido más suave, quizás hubieran logrado superarlo mejor. Pero aquel invierno fue el más duro que muchos habían conocido. La ventisca comenzó casi de repente, tras un día que parecía cálido y soleado, y se enseñoreó del espacio y de continuo enturbiando por completo todo horizonte. Los vientos fueron atroces, los ventisqueros hicieron imposibles las salidas y la nieve se amontonó por todos lados. Era tal el frío que hasta les alcanzó una esperanza. Tal vez volvieran los renos que antes cruzaban. Pero los renos no vinieron ni se vio señal alguna de ellos. Algunos cazadores propusieron adentrarse en la estepa en busca de algún gran rebaño. Pero la intentona acabó en un total fracaso. Regresaron exhaustos y casi congelados y sin haber conseguido no sólo abatir ni una sola pieza, sino

divisar siquiera una manada.

Para colmo, un problema más vino a añadirse. Acuciados por hacer provisión de alimentos, habían descuidado la de la leña y cuando se quisieron dar cuenta la nieve lo cubría todo y era ahora necesario hacer acopio de ella. Fue un trabajo agotador, pero por fortuna los bosques cercanos eran pródigos y aunque aquello mermó más sus fuerzas —desenterrar las ramas bajo el manto helado y arrastrarlas hasta Tari resultó en extremo penoso—, lograron finalmente conseguir una buena reserva y al menos no faltó el calor en las cabañas.

El poblado aguantó dos lunas con las reservas obtenidas. Luego vino el hambre. Mucha hambre. Murieron niños. Murieron ancianos. Los cazadores desesperaban. Intentaban cada día salir, pero la ventisca lo impedía. Al final algunos se arriesgaban a morir fuera con tal de regresar con algo de carne. El joven de Tari fue el más osado. Con el Blanquillo, la loba y los dos jóvenes logró un día matar una jabalina y algunos de los jabatos de su piara. Pero él también perdió a uno de los lobos pequeños. La cochina le hirió en la parte alta de la tripa y el lobato salió despedido por el aire. Pareció que la herida no sería demasiado seria —las jabalinas no tienen los colmillos tan grandes como los machos—, y el joven lobo pudo regresar a la cabaña. Pero, mucho más profunda de lo que imaginaban, había llegado hasta el pulmón, se infectó por dentro, supuró y el lobo murió a los pocos días. Los niños, que ya eran tres —el más crecido de la hembra mayor y dos de la joven, uno aún mamando—, lloraron la muerte de su compañero de juegos. El joven hombre de Tari no quiso desollarlo. Tampoco tiró su cadáver desde lo alto de la Roca, pues aunque él no lo comería, entendió que quizás otros quisieran aprovecharlo. La hembra vieja le regañó por ello y acabó su rezongar diciendo que al menos habría una boca menos que llenar en la cabaña. Poco imaginaba ella que la suya iba a ser la siguiente en cerrarse. Tal vez comió de la carne infectada del lobo, tal vez el frío, tal vez una tos que hacía tiempo que no la dejaba. Murió. Fue una más de a las que aquel invierno dieron tierra en la caverna de los chamanes.

El invierno seguía arreciando, y el joven de Tari supo que permanecer inmobilizado en la Roca significaba la muerte. Por eso salió de nuevo. Comprobó la comida que quedaba para la hembra y los tres niños. Lo dejó

prácticamente todo y él casi no se llevó provisiones. Se equipó todo lo bien que pudo, incluso con aquel sobretodo que la hembra joven había hecho con juncos entrelazados y que protegía de lluvia y nieve haciéndoles resbalar antes de penetrar la zamarra y las perneras. Se puso abundante paja en el calzado para intentar mantener en lo posible los pies secos y se lanzó a la intemperie seguido del lobo que le quedaba en Tari. Abajo no tardó en unírsele el Blanquino, y entrevió en medio de las ráfagas de la cellisca que la arisca loba también le seguía.

Dudó mucho hacia dónde dirigirse. Descartó la estepa. Un cazador solo, aunque fuera con lobos, no tenía posibilidad alguna contra los rebaños. Renunció a los llanos en alto, totalmente batidos por la ventisca. Las faldas del Tallar y de las fuentes eran, junto con las márgenes del río, las más favorables, pero entendió que podían ser más propicias y cercanas para otros cazadores. Pensó en el cañón, refugio del viejo leopardo que habían abatido, que ofrecía un buen resguardo, y seguro que allí podría encontrar algo de caza. El problema era cómo lograr alcanzarlo y regresar después con la carga. Confiaba en que la ventisca le ofreciera al menos un respiro.

Pareció dárselo a la ida. La fuerza del viento amainó y dejó de nevar. Pudo ver incluso el sol y con su luz escoger mejor el camino. Costaba mucho avanzar con la nieve acumulada y envidiaba a los lobos, que apenas se hundían en ella. Él, a pesar de las raquetas de madera, tenía que hacer un enorme esfuerzo para caminar. Pero tras dos días logró llegar a las juntas de su río con el del cañón y comenzó a remontarlo. Nada más penetrar en él, la oscuridad volvió a los cielos y la nieve retornó a caer con furia empujada por un viento helador. Pero, por fortuna, en las paredes de roca se abrían pequeñas oquedades, mínimas cuevas que le permitieron encontrar refugio. Pero cada día tenía que seguir ascendiendo río arriba.

Por eso, su máxima preocupación, cada noche, era lograr encender fuego y encontrar alguna pequeña gruta o algún resguardo. Para ello y en esta ocasión utilizaba el pedernal y la piedra negra. En una taleguilla llevaba provisión de hongo yesquero, hebras de jara y estopa y algunas pajas secas para lograr prender la primera llama. Luego se afanaba en protegerla entre piedras y en alimentarla cuidadosamente primero y más tarde con todo lo que pudo encontrar. Cuando al fin la llama mordía las entrañas de la madera, el

hombre se quedaba largo tiempo viendo cómo por las puntas de los trozos que ardían salían espumarajos. Siempre sucedía así si la madera estaba verde o, como en este caso, empapada. Pero el luego triunfaba siempre y él dormía a su lado y a cobijo. Los lobos se enroscaban en un somero hoyo que hacían en la nieve y no parecían tener molestia alguna con el frío. Por la mañana apenas se veía de ellos el morro y el vaho de su respiración y cuando se incorporaban lo hacían sacudiéndose el montón de nieve que les había caído encima.

En el cañón encontraron más abrigo y la fortuna hizo que el hombre pudiera cazar con una red un par de fochas. Se sorprendió de ver también alguna garza. El río estaba en su mayor parte helado, pero había ciertos lugares donde sólo lo cubría una mínima lámina o incluso se veía el agua. Sin duda, el sitio era un buen refugio, disponía de abundantes abrigos —muchas cuevecillas se abrían en sus paredes— y confiaba en no tardar en tener suerte y lograr conseguir alguna pieza grande. Los lobos dieron con una carroña semihundida en el hielo y la aprovecharon.

Tardó algún tiempo, pero la suerte acabó por sonreírle. Logró matar primero una hembra de corzo cuyas huellas había detectado en la nieve. La aguardó pacientemente, y el animal, fiel a su querencia, se puso al alcance de su venablo. La desolló y descuartizó, dejando una buena parte ya empaquetada en el morral y fue consumiendo el resto para alimentarse junto con sus animales. Quería conseguir una pieza más y retornar al campamento. El tiempo, además, parecía estar de nuevo mejorando un poco. Si era otro corzo, podría cargar con todo. Si era un ciervo, cogería lomos, magros y jamones y el resto se lo dejaría, hasta que se hartaran, para los lobos. Pero fueron en realidad ellos quienes capturaron un gran venado. En terreno normal se les hubiera escapado sin problemas, pero en la nieve el animal se hundía casi hasta la tripa, y cuando el hombre de Tari llegó al lugar, sin resuello y sofocado, tras ellos, ya lo tenían cercado. El venado les plantaba cara en un recodo, con la pared del cañón guardándole la espalda. No contaba con el hombre. Cuando lo vio, quiso huir hacia un costado y hasta logró alcanzar el río. Pero debió de resbalar en el hielo o fue el Blanquino quien, con su salto, logró derribarlo. El hombre corrió con la lanza y se la hundió en el costillar, sin soltarla.

Los lobos comieron hasta hartarse y el hombre, aquella noche, ante el fuego, también lo hizo. Luego se dispuso a iniciar el regreso. El sol volvía a lucir a intervalos, y cuando dejó atrás el cañón de las garzas —aquellos días había comprobado que allí parecían refugiarse muchas de ellas—, lo hizo con el corazón muy alegre, deseoso de llegar hasta Tari con aquella ración de carne que alimentaría a su familia e incluso podría dar alguna a quien más la necesitara en otros fuegos.

Durante las lunas pasadas uno de aquellos destinatarios había sido preferentemente su madre, a quien veía consumirse con honda tristeza. Su hombre, el jefe, era un buen cazador, pero sus fuerzas habían fallado aquel invierno y la visita del hijo a la cabaña hacía que aquella boca maternal de dientes desgastados, por tantas pieles masticadas, se abriera en la más cálida de las sonrisas. El joven de Tari soñaba ahora con ese gesto en la cara de su madre y con el alborozo de su hembra en su propia cabaña.

Fiado en que el día parecía claro, se decidió por el camino más corto. Remontó desde el cañón a los llanos de arriba y en línea recta se dispuso a caminar hacia la Roca. Llegaría por las cuerdas hasta encima del Tallar y desde allí en poco tiempo se descolgaría hasta su poblado.

El vendaval se abatió sobre él poco antes de que anocheciera. Lo sorprendió en campo abierto, lejos de cualquier afloramiento rocoso o cualquier cornisa. No pudo más que recurrir a un pequeño chaparral para resguardarse. Tuvo muchas dificultades para lograr mantener vivo el fuego y al amanecer se le apagó. Decidió no volver a encenderlo y continuar adelante a pesar de la tormenta. Comió y dio de comer a los lobos y reemprendieron la marcha. Los lobos, bajo las ráfagas de viento, parecían caminar seguros, como si para nada les molestara. El hombre, dentro de su sufrimiento al avanzar, se gratificaba en aquello y además confiaba en ellos, en que le trazaran la ruta y no se desviarán del rumbo. Y así parecía ser. Los lobos avanzaban y, aunque con enormes dificultades, el hombre también lo hacía.

A mediodía pareció amainar y, al cabo de un rato, hasta paró de nevar. El viento se calmó. El hombre pensó que la Roca estaba definitivamente a su alcance. Fue cuando les alcanzó la niebla. Comenzó a bajar sobre ellos, a envolverlos. Al principio casi no se dieron cuenta y de repente estaban metidos dentro de la bruma, marchando a tientas. El hombre se sintió perdido

y miró a sus lobos. Pero estos también parecían ahora desorientados. De hecho, se venían hacia él y avanzaban desconfiados, trazando pequeños arcos y círculos. Los lobos habían perdido el rumbo con la niebla. Y la noche estaba encima.

Luego todo se precipitó. El viento, la nieve y un frío helador volvieron de golpe. El hombre ya no podía, con una oscuridad tenebrosa rodeándole, ver a dos pasos. Intentó encender fuego, pero no encontraba leña alguna. Tan sólo matojos mojados. Fracasó una vez tras otra. Tropezando, encontró un mínimo resguardo. Apenas un pequeño montón de algo en la llanura helada. Allí se dejó caer. Iba a morir, y lo sabía, antes de que llegara el alba. Lo había oído de muchos cazadores sorprendidos por la tormenta. No llegaría nunca a Tari, de nada servía su carne en el macuto. Se iba adormeciendo. Quería levantarse, pero su cuerpo le decía que descansara un poco primero, que luego intentaría encontrar algo de leña, pero que ahora cerrara los ojos y recuperara fuerzas.

Iba a rendirse cuando notó el contacto de una piel a su lado. Era el Blanquino. Venía hacia él y se apretaba a su costado. Se revolvió hasta hacer un pequeño hoyo en la tierra. El hombre comprendió de golpe. Llamó al otro lobo joven y lo puso al otro lado. El animal se enroscó también apretado al joven de Tari. Incluso la arisca loba se agregó al montón, aunque, si el hombre rebullía, gruñía enseñando los dientes. La tormenta siguió toda la noche, pero al amanecer el hombre de Tari estaba vivo. Y aquella tarde alcanzó la Roca. El calor de sus lobos lo había salvado.

El gemido del invierno

*P*areciera que el sol no volverá a calentar más el corazón del hombre. El invierno, largo y agarrado a las entrañas de la tierra helada, se resiste a soltar presa. Suele tenerse al otoño por el tiempo de la melancolía, pero es el invierno el lugar propicio de la muerte, el frío y el abandono.

Su mejor voz es el silencio. Es quien lo define y quien acompaña el lento caer de los copos de las nevadas. Pero también tiene sonidos el invierno, y si hubiera que buscar uno que los compendia a todos es el gemido.

Gime el aire, gimen los árboles, he oído gemir quedamente a la propia tierra, cuarteándose aterida, y el agua, el dulce agua de la vida, tiene otra diferente manera de transitar por ríos y arroyos, y donde antes susurraba en su camino ahora parece resentirse de tristeza. Y en los lagos y lagunas esa tristeza se hace incluso lamento.

Porque si hay un sonido que nos penetra es el de las aves de las aguas en el crepúsculo de una marisma. Cuando elevan su voz, es el corazón del hombre quien parece reclamar al horizonte de nubes rojas que una mañana volvamos a tener la caricia de un nuevo sol, como de una mano que nos ama, en la mejilla.



Capítulo XV

La carne de la osa

La poca carne que el hombre de Tari logró traer a la Roca fue un escaso alivio para su cabaña, la de su madre y la de otras familias necesitadas que se encontraban en una situación casi desesperada. Había muchas bocas que alimentar de hombres y de lobos. Estos últimos, famélicos, aguantaban con casi nada. Murieron menos que los hombres.

Entonces, uno de los más veteranos cazadores recordó algo que había visto cuando llegaron las primeras nieves. En los cazaderos de Tari casi no había osos, pero alguna vez cortaban alguna de sus huellas e incluso veían en las primaveras alguna hembra con crías en las zonas más inaccesibles y de cortados más abruptos y algún macho solitario. Y fue la imagen de una osa con su cría de aquel año la que vino a la memoria del cazador.

Muy cerca de las juntas de su río con el Badiel, donde habían llegado en una de las últimas y largas expediciones antes de que las ventiscas de nieve se hubieran apoderado por completo del invierno, existía un enorme bosque, un inmenso encinar que llegaba casi a las mismas márgenes del río. Y allí, el

hombre había visto las huellas de los plantígrados. Estaban regresando ya, pero el viejo y experimentado cazador quiso quedarse un poco atrás, intentando descubrir a aquella posible presa, aun sabedor de que un oso no se caza como un corzo y que harían falta muchas lanzas, suerte e incluso heridas para poder abatirlo.

No logró ver a los animales, pero averiguó algo. En una hondonada muy cobijada, donde la vegetación ribereña se solapaba con la del encinar, había un gigantesco árbol medio caído, casi descuajado, con un montículo de tierra pegado a sus enormes raíces. La parte inferior del tronco estaba absolutamente hueca. En la tierra removida de las raíces había sido excavada una entrada y junto a ella las huellas de la osa y de la cría eran numerosas. Como si hubieran estado merodeando con frecuencia por aquel lugar. El hombre, antes de retirarse para alcanzar cuanto antes a sus compañeros, pensó que allí era donde la osa se metería a dormir aquel invierno. Porque sabía, alguno habían descubierto y matado, que los osos en invierno duermen y no es hasta que vuelve el sol a revivir la vida cuando salen de nuevo de sus madrigueras.

Ese recuerdo y ese pensamiento es el que contó en el desesperado fuego de los cazadores de Tari. Era un albur, una remota posibilidad, pero apenas tenían otra de supervivencia. La carne de una osa, y si además estaba con su cría grande, significaría quizás la diferencia entre lograr sobrevivir al invierno o acabar por perecer todos los fuegos de la Roca.

Decidieron que los cazadores que más fuerza y energía conservaban, sin llevarse para su sustento nada más que unos tasajos de ciervo y unos puñados de endrinas, irían hacia el lugar y lo intentarían. Al fin y a la postre, habrían de salir de cualquier forma a tratar como fuera de conseguir comida, y aquel destino, al que se podía llegar bajando por las márgenes de su río, era tan bueno o tan malo como cualquier otro.

Así que, encabezados por el hombre de Tari con sus dos lobos, un pequeño grupo de cazadores avezados, entre ellos el veterano que creía poder localizar el refugio del plantígrado, hasta completar una mano, se dispusieron para la partida. Salieron de la Roca. Silbó el de Tari y desde su refugio del Chorrillo se descolgó el Blanquino, que prestamente encabezó, adelantado un trecho, la fila.

La andadura fue penosa y a punto estuvieron de no poder alcanzar su meta. Las dos primeras jornadas, una vez que dejaron atrás los Farallones Rojos, no consiguieron cazar nada. Habían agotado casi por completo sus reservas cuando los lobos echaron una piara de jabalinas con sus crías que estaban refugiadas entre la maleza cercana a la ribera del río. Fue algo imprevisto y que les cogió por sorpresa, pero un venablo alcanzó a unos de los «bermejós» que iban con la hembra y los lobos consiguieron atrapar un segundo. Hubo alegría en la partida. Hombres y animales se saciaron y aquella noche el olor de la carne asándose en el fuego hizo que este les pareciera más alegre. Como si aquello fuera el presagio de que al fin la suerte les sonreía. Todos preguntaban al viejo cazador si recordaba bien el sitio, si tenía la seguridad de que allí hallarían dormida a la osa. Este asentía y, aunque en su fuero interno anidaban las dudas, no quería que se trasluciera su inseguridad al resto de sus compañeros. Él también, con el estómago lleno, sentía el ánimo elevado.

Luego la suerte volvió a serles esquiva y el ánimo a torcerse. Hubieron de atravesar una zona muy expuesta al vendaval, allá donde el río bordea una enorme muela pétreo de enormes cárcavas, y fue cuando la tormenta, que aunque no cesaba del todo sí daba alguna tregua, arreció de nuevo. Era imposible continuar el camino por la orilla del río, donde hubieran podido avanzar algo más a cubierto, y hubieron de ascender a la planicie donde el viento y la nieve les golpearon con toda su furia. No había árboles, sólo matorros desolados, que les protegieran, y el frío era tan intenso que detenerse únicamente podía conducirles a la parálisis, el agotamiento y la muerte. Pero ellos estaban reconfortados y animosos, y el hombre de Tari fue en aquellos momentos el líder que no se rindió, que perseveró ante todos, plantando cara al aire y avanzando sin desmayo paso a paso. Por la tarde habían logrado de nuevo descender a las márgenes del río, y allí, más cobijados y al calor de una gran hoguera, recuperaron buena parte del ánimo perdido. Además, y antes de descender, habían divisado desde lo alto la mancha enorme del encinar al cual se dirigían.

Alcanzaron el bosque a media mañana del siguiente día, que incluso trajo algo de mayor claridad y hasta pudieron presentir el sol detrás de las nubes, menos espesas y algo más clementes. El viejo cazador, nada más adentrarse

en la foresta, tomó la delantera. Todos confiaban en él y al principio este pareció tener muy preciso y fijo el lugar al que se dirigía. Pero, llegada la tarde, y ya con las sombras de nuevo sobre ellos, no había conseguido dar con el sitio, se le observaba desorientado, y el desaliento volvió a anidar al lado de la hoguera.

—¿No reconoces el lugar? —preguntaban todos.

—La nieve me confunde. Todo parece igual. Pero lo hallaré. Hemos de seguir la orilla sur del río. Estaba de este lado, y en cuanto tropecemos con el lugar, sabré conducirlos —contestaba, aunque por el tono de su voz delataba que su seguridad era más para no desesperar a sus compañeros que por estar él mismo convencido.

—Si no encontramos la osera, cazaremos otros animales. Aquí, en este monte espeso y protegido, ha de haberlos. Volveremos a la Roca con carne. De la osa o de lo que sea. O no volveremos —sentenció el hombre de Tari.

Fue al finalizar la mañana siguiente cuando el guía se paró de pronto y, con gran aspaviento, señaló con un gesto decidido y enérgico la pequeña vaguada, musitando a modo de excusa.

—Se me hacía que nos habíamos pasado. Pero entonces, sin tanta nieve, el camino se hizo más corto y tardamos menos.

Localizado el lugar, la partida se detuvo. Llegaba el instante decisivo. No tardaron en divisar también el enorme árbol, aunque les costó cierto esfuerzo, pues estaba cubierto casi por completo de nieve. El viejo cazador se aproximó al enclave con el mayor sigilo y señaló el lugar por donde recordaba estaba la boca de la madriguera, entre las raíces descuajadas, ahora tapada totalmente por el manto blanco. Circunvaló luego, a prudente distancia, lo que quedaba del gigante arbóreo caído y se detuvo justo al lado contrario de la base del árbol hueco. Luego volvió junto al grupo, que se organizó con gestos y apenas musitando.

—A la osa, si está dentro, la obligaremos a salir con fuego y humo.

—¿Y por qué no metemos al lobo?

—La osa lo mataría dentro. No. Lo haremos con fuego y humo. Recoged toda la leña y madera que podáis.

El hombre de Tari hizo, a considerable distancia de la guarida, nacer el fuego. Escarbando bajo la nieve consiguieron matojos y hierba menos

empapados que en la superficie. Se trataba de provocar la humeada y hacer salir a los animales. Fuera le esperarían las lanzas. Las lanzas más fuertes, pues contra la piel aquella los venablos ligeros no valían.

Por fin avanzaron con el corazón en vilo. Podían haber llegado hasta allí y que en aquella madriguera no hubiera nada. Eso es lo que les roía el corazón. Daban por seguro que, de estar dentro, la cazarían.

Rodearon primero el árbol caído. Cada cazador se apostó en un lugar determinado. Y empezaron a retirar la nieve del montículo bajo el cual debía encontrarse la boca de entrada. No hablaban y habían sujetado a los lobos a una cierta distancia. Tan sólo el del Tallar permanecía al lado del hombre de Tari.

Tardaron poco en llegar a la tierra, y allí, casi de inmediato, descubrieron que había sido removida y que había una especie de tapón de brozas.

Aquello les hizo concebir todas las esperanzas. La osa estaba dentro, se decían en sus cabezas, y con gestos se lo comunicaban, pero sin hablar en absoluto los unos a los otros. La excitación crecía y las manos aferraban con fuerza los astiles de las gruesas lanzas de fresno.

El tapón de brozas secas fue el mejor combustible. Allí prendieron fuego y lo empujaron hacia dentro. Luego, expectantes, tensos, esperaron. Durante un tiempo que les pareció interminable no oyeron nada. Al cabo de un rato, hubo una conmoción en el montón de nieve. Pero no por la entrada, sino por el lado opuesto. Un animal salía.

La cría de la osa brotó asustada y confusa ante el hombre que aguardaba. El lobo del Tallar ya estaba allí. El plantígrado, al verse sorprendido por el hombre y el lobo, se levantó de manos. Y ya tenía una lanza clavada profundamente en el vientre cuando otro cazador arremetió contra ella por el costado. Cayó revolcándose y dando gritos quejumbrosos. Otros hombres querían ir hacia ella, pero el de Tari los detuvo.

—No os mováis, la grande puede salir por esta entrada.

Y así fue, la osa intentó salir por la entrada entre las raíces. Asomó su gruesa cabeza, pero antes de que pudieran atacarla, la ocultó de nuevo sin sufrir más que un pinchazo.

—Sabe que estamos aquí. Más fuego, nos hace falta más fuego.

Metieron brozas y las empujaron. La cría agonizaba. Y quizás fueron esos

lastimeros sonidos los que hicieron aparecer finalmente a la madre. Salía furiosa, dispuesta a matar a aquellos que estaban hiriendo a su hija, salía con las enormes fauces abiertas y las garras prestas a rajar a todo el que se pusieran su alcance.

Pero fue ella quien estuvo a merced de todas las lanzas. Cuando intentaba salir por la apertura más pequeña, quedó incluso algo impedida, y aunque la corteza cedió y pudo hacer brotar su enorme corpachón, ya tenía dos lanzas hundidas, en medio de gritos y alaridos de los humanos —ahora los hombres sí que gritaban y los lobos silenciosos la acechaban y mordían.

En su ira inmensa aún alcanzó a herir. Un lobo salió disparado por los aires gañendo de dolor hasta aterrizar sobre la nieve que comenzó a teñirse del rojo de la sangre.

Pero la osa estaba perdida. Cinco lanzas la atravesaban cuando trató todavía de levantarse sobre sus patas traseras en un último gesto desesperado. Cayó muerta, desplomada justo al lado donde su hija todavía agonizaba.

Los hombres, sin confiarse del todo, se acercaron con cautela, y el hombre de Tari le hundió una última lanza en el corazón. Con un último estremecimiento, la osa le dio su carne a la manada de hombres y de lobos de Tari.

Antes de alborozarse, se congregaron alrededor de los dos animales muertos, en tanto que el dueño del lobo herido se acercaba a él y al ver su estado, totalmente desventrado y con las entrañas desparramadas por la nieve, lo remataba también de otro golpe de venablo.

En aquel momento, el hombre de Tari cogió en el cuenco de sus manos sangre de los dos osos y pidió al cazador que había perdido a su lobo que hiciera lo propio con su sangre. La trajo y las juntaron, y el hombre de Tari la elevó hacia el cielo plomizo y gris dando gracias a la Madre de todos los seres vivos por habérsela concedido para que ellos, la manada de Tari, pudieran sobrevivir al invierno.

El tiempo de la hierba nueva

*L*os brezos han tendido, como si fueran inmensas pieles tapando las montañas, sus flores moradas por lo más alto de las laderas. Las extienden al sol, que en las praderías altas y en los resguardados valles ha traído ya la hierba nueva. Los verdes intensos vencen al blanco en la tierra, y en el cielo el gris de la ceniza se retira ante el empuje de azules lavados por las aguas.

Ha vuelto el lobo a subir a las más altas cuerdas, a caminar por entre los extensos brezales, rodeado de su color y de su aroma; a asomarse a la profundidad de los valles, a los arroyos, a los ríos espumeantes, a las mínimas cascadas que se dejan caer incluso a los caminos, a las riegas que bajan desde los más altos picachos, al prado apacible y recogido y al que se retrepa por el monte y combate con el matorral; a atalayar el canchal, el recodo, la laguna a la que sigue entrando el agua del deshielo, a contemplar al abedul, al piorno, al roble, al acebo, al serbal, al castaño y al avellano. Parece sentirse, perdida la borra del invierno más ligero, y querer hacer también él carreras con el viento o con la sombra de la nube que corre por la ladera.

Bajará pronto. Descenderá donde el morado será el del lenguazo, el amarillo de los jaramugos, el rosa de peonías y el blanco de las jaras. Bajará a cazar a las alfombras de flores entre las que el corzo esconde a sus crías sin olor para que no le falte alimento a las suyas. Bajará a cazar cerca de Tari, donde el hombre saluda igualmente al sol más calido y quisiera extender su piel al aire. Pero el humano ahora está atónito ante un inmenso arco que acaba de nacer en el cielo y que tiene juntos todos los colores de los que pueden vestirse todas las plantas en la tierra. Han pasado las nubes y han dejado el agua, pero al mirar donde estuvo el aguacero, lo que se levantan son

colores.

El hombre de Tari piensa que ha descubierto el gran secreto. Los colores de la hierba, del brezo y el lenguazo, del jaramago, de la malva y hasta el color del mismo fuego están allí, en el horizonte, los está viendo todos juntos en este mismo instante y son las plantas las que los capturan con la lluvia y luego cada cual se viste con el que se considera más hermoso. El hombre de Tari sabe y siente la hermosura. El lobo no ve los colores del arco. Pero siente alegría por el olor húmedo y joven que surge de la tierra.



Capítulo XVI

Las dos manadas

Tardía, pero al fin, llegó la primavera, el tiempo de la hierba nueva y de las crías. La loba del Blanquino tuvo esta vez una abundante camada de siete cachorros. Pero la sorpresa se produjo en Tari. Una jovencísima hembra también parió lobeznos. Sabían los hombres que en las manadas de lobos, tan sólo el macho jefe y la hembra dominante se apareaban. Eran los únicos que procreaban. Sabían asimismo que habían de pasar más de tres inviernos para que los lobos padrearan y al menos dos para que las hembras entraran en celo. Pero en la Roca aquella ley se había roto. El macho, el cachorro vivo de la hembra que mató el leopardo, pasaba apenas de los dos y la hembra no tenía más que uno. Además, bien lo habían visto, esos lobos se sometían al Blanquino cuando estaban en campo abierto.

Pero la ley de los lobos se había roto. Los que vivían en Tari obedecían, ante todo, a los hombres. Ellos eran quienes les cobijaban, quienes les alimentaban y, aunque se mostraran sumisos ante el gran macho, a quienes en realidad obedecían era a sus amos humanos. Y sus hijos, los pequeños y

renegridos lobeznos que la loba parió justo en un pequeño recoveco casi al lado de la caverna de los chamanes, ya nacían en el poblado de los hombres, sometidos a las leyes de los hombres que no eran las leyes de los lobos.

La noticia fue recibida con alborozo. Casi nadie rechazaba ya a los lobos en la Roca y todos querían tener uno. Sin ellos, más niños, más mujeres, más ancianos hubieran muerto en el gran frío. Habían sido una gran ayuda y los fuegos que carecían de su apoyo quienes peor lo habían pasado.

Entre los del poblado y los que cuando se destetaran arrebatarían a la arisca loba del Blanquino habría en esta ocasión para todos, aunque la jovencísima loba apenas si pudo sacar adelante a dos de su exigua camada.

La primavera fue, pues, aquel año en Tari dedicada en buena parte al adiestramiento de los cachorros. Cada cazador tuvo adjudicado el suyo, excepto el precursor, que continuaba fiel al Blanquino, que seguía libre y sin ascender jamás al poblado, y a su primer hijo, el que había criado en la cabaña. La loba les acompañó, esquiva y distante por un tiempo, emparejada con el macho líder, pero, tras quitarle sus cachorros, no apareció más. Quizás se hubiera ido con los badielinos, aunque aquello le parecía en exceso raro al hombre de Tari o tal vez hubiera sufrido algún percance en sus cacerías solitarias y hubiera muerto. Pero no vieron rastro de ella, ni encontraron osamenta de lobo ninguna en los territorios de campeo.

—La arisca se ha ido. Ya no viene con el Blanquino ni contigo —observó el jefe al hombre joven de Tari.

—Mejor así. Adiestrar a los cachorros estando ella hubiera sido más difícil.

—Pero tu lobo se ha quedado solo.

—Ya buscará él hembra si quiere. Es fuerte. El más fuerte de todos.

Cazaron mucho aquel año los hombres y los lobos. Llenaron sus despensas, el campamento en lo alto de la Roca olía de continuo a carne ahumada. No querían que otro invierno como el anterior les sorprendiera.

El jefe empezó, por entonces, a salir menos encabezando las expediciones.

El joven comenzó a sustituirle cada vez con mayor frecuencia y nadie se opuso a que lo hiciera. Había demostrado su valía trayendo carne cuando fue más necesario y era quien había amansado a los lobos. Ni siquiera el cazador,

o quizá el que menos, que había recibido su lanzada cuando intentó arrebatarse su hembra, levantó su voz contra él en el círculo de la hoguera.

Fue él quien propuso adentrarse de nuevo por las estepas hacia las montañas Azules. Aquí sí hubo resistencia. Estaba viva la memoria de la muerte de cuatro cazadores. Se opuso incluso el viejo jefe. Pero su voz quedó acallada.

—Nuestros cazaderos a este lado del río están cada vez más agotados.

—La nieve ha hecho que allí crezcan los mejores herbazales. Las manadas pacen allí.

Lo decían los más jóvenes y los más fuertes. Los que seguían con mayor entusiasmo al hombre de Tari.

El viejo jefe aún intentó resistir.

—No es prudente. Podemos ir estepa adelante, pero únicamente hasta los últimos desfiladeros de los ríos que bajan de las montañas. Más allá hay otros hombres que cazan. Fue hace sólo tres tiempos del hielo cuando murieron los nuestros. Ellos les mataron. Ellos no vienen. No vayamos nosotros.

—Allí está la caza grande. Hay bisontes, que aquí nunca llegan. Allí hay más cabras y rebecos. En esos ríos hay más truchas. Con nuestros lobos somos ahora más poderosos que ellos. Nos tendrán miedo.

Los jóvenes, liderados por el hombre de Tari, se impusieron. El viejo jefe lo único que consiguió fue que la mitad de los cazadores se quedara en la Roca y que no fueran ni muchachos ni mujeres.

Partieron, en una hilera orgullosa, flanqueados por sus animales que trotaban a su lado. El hombre de Tari iba delante y más adelantado iba su lobo.

Cruzaron su río, se adentraron por la estepa alomada. Cazaron sólo para comer. Cargarían los morrales a la vuelta. Hicieron fuegos de humos altos y no se ocultaron. Ascendieron aguas arriba de un fresco río cuya transparencia permitía ver las piedras del fondo y a los huidizos peces incluso en las pozas hondas. Pescaron truchas y cangrejos y vieron que las laderas de los montes estaban llenas de jaras de flores blancas. Atravesaron un angosto desfiladero y remontaron luego hacia lo alto para encontrarse en sombríos bosques de árboles muy diferentes a los suyos, los unos con hojas como agujas y los otros de cortezas blancas, los abedules, que en su territorio escaseaban.

Ascendieron una gran montaña y al otro lado vieron grandes praderías donde las manadas pastaban, y eran tantos los caballos y los ciervos y los rebecos y las cabras que no había dedos entre todos para contarlos. Vieron una especie de uros de cuernos más pequeños y jorobas, y uno de los veteranos los nombró como bisontes. No llegaron a ver renos.

Más allá había otras montañas todavía más altas, donde aún permanecía la nieve.

Pero el hombre de Tari dijo que era momento de cazar y de volver. Capturaron muchos animales con sus lobos. Aquellas manadas no estaban acostumbradas al acoso de hombres y lobos combinados, y las vacadas y los caballos hacían frente a los cánidos y daban tiempo a que los hombres los alancearan. Cuando ya no quedó macuto que llenar e incluso cargaron en largos y fuertes palos que portaban a hombros entre trozos de reses despedazadas, emprendieron el regreso.

Esta vez hicieron menos fuegos de humos altos y quisieron apresurarse al menos hasta llegar a las lomas que insinuaban ya las planicies y llanuras hasta el lado norte de su río.

Fue en campo abierto cuando vieron llegar a los otros hombres.

Venían también al descubierto y sin ocultarse. Eran más, casi dos por uno, y llegaban desplegados. Los de Tari dejaron sus cargas en el suelo, cerraron sus filas y con los lobos sujetos les esperaron.

Los otros hombres se pararon. Señalaban a los lobos y blandían lanzas. Pero ninguna arrojaron. Después, dos de ellos se adelantaron. Gritaron en voz extraña, pero las palabras grandes se entendían.

Les decían que se marcharan.

El hombre de Tari aceptó con voces y con gestos. Los otros hombres gritaban que no volvieran nunca y los que estaban detrás prorrumpieron en un clamoreo de amenaza agitando sus armas y haciendo gestos de clavarlas.

El hombre de Tari voceó que marcharían y que no regresarían nunca. Los dos hombres que habían avanzado volvieron con los suyos y desde allí les hicieron gestos de que se alejaran, mientras permanecían inmóviles. Los cazadores de la Roca volvieron a cargarse a hombros su carne y comenzaron a andar, con el hombre de Tari retrocediendo con el lobo blanco al lado, sin dejarles de plantar cara, hasta que ya sus figuras apenas se distinguieron

sobre la loma.

Luego avivaron el paso. Cuando las sombras cayeron, ya estaban en medio de la estepa, y agotados por la carga e impedidos de caminar rápido en la oscuridad sin luna decidieron acampar en un pequeño altozano.

—No nos han perseguido —quiso creer uno.

—Vendrán, no van a dejar que nos llevemos su carne —dijo el joven jefe.

—Tendrán miedo a los lobos y no vendrán —quiso seguir creyendo el otro.

—Haced fuego, que crean que paramos. Dejaremos los palos con la carne, sólo nos llevaremos los morrales cargados. Tenemos que ir deprisa. Pero no nos iremos todos.

Los más débiles y cansados fueron los que antes se pusieron en camino. Los más fuertes con casi todos los lobos encendieron hogueras y aguardaron.

Era poco antes del alba cuando los lobos avisaron de que los enemigos se acercaban. Unos hombres solos no hubieran sabido dónde estaban hasta tenerlos casi encima. Pero el olfato de sus animales les dio toda la ventaja. Y sus colmillos en la noche sembraron el pánico.

El hombre de Tari y los suyos atacaron el flanco de los que llegaban. Lanzaron sus venablos con gran griterío, los lobos se abalanzaron sobre algunos que habían caído. El hombre de Tari seguido del resto y llamando a los lobos corrió a la oscuridad y se perdieron todos en ella. Al mirar atrás vieron a los otros hombres en el altozano agitando las lanzas, pero las bajaron pronto y corrieron hacia el costado de la pequeña colina de donde llegaban los gritos de los heridos.

Y ya no les persiguieron. Ni ese día ni al otro los divisaron tras ellos. Cuando ya hubo luna que iluminaba la noche, llegaron a su río y muy ufanos alcanzaron Tari. Contaron en la gran hoguera su hazaña mientras comían bisonte. Pero el viejo jefe estuvo hosco y preocupado y el joven jefe de Tari comprendió su ira y lamentó su propia soberbia. Ellos habían ido, herido y tal vez matado a los otros hombres. Un día los otros también vendrían.

La sangre

Todos los seres que caminan mueren por la misma sangre. El hombre, el lobo, el león, el jabalí, el caballo, el bisonte, el ciervo, el corzo y la cabra. Cada sangre tiene y trae una muerte y algunas no son mortales. El cazador debe saber, ante todo y sobre todo, de la sangre.

La sangre más clara, espumosa y con grumos, alegrará al que la persigue. Lleva una muerte rápida y cercana. La herida es de pulmón. La sangre que se encuentra a media altura en el matorral descubre dónde se clavó la lanza. Se clavó alta. Es bueno. Pero si es limpia, puede ser un venablo trasero en la grupa o en el jamón. La perderemos pronto. Si en ella hay suciedad y hasta restos de hierba digerida, nuestra presa está empanzada. Morirá, pero es mejor apresurarse, perché puede irse tan lejos que nunca la encontraremos. Y se perderá su carne para todos, excepto para el buitre.

Si la sangre salpica, es porque sale como un chorro. Esa es delantera. La lanza ha entrado bien y roto los veneros. Vayamos despacio, estará muerto a nuestro lado.

Otra es la sangre que encontramos en el suelo cuando el que acosamos se ha parado. ¿Por qué pezuña le cae hasta la tierra? Hay que saberlo. Si es por la delantera, alegraos; si es por la trasera, prepararos para una larga persecución y poned en su huella a vuestro lobo.

La sangre herida fuertemente camina hacia abajo. Cuando remonte laderas o suba por collados, sabed que os será muy difícil alcanzarla. Pero si desmaya y busca descendiendo su camino de huida, es señal de que está perdiendo sus fuerzas. Buscad hacia los lugares fangosos y con barro. Allí irán a buscar alivio y a taponarse las heridas. Si veis que hacia un lugar así se dirigen tambaleantes, no los persigáis, no los acoséis de inmediato. Si se

echan, puede que ya no se levanten. Dejadles que tengan tranquilos su muerte. Dadla con respeto. Rematad rápido. Si podéis elegir entre a quién dar muerte, dadla al macho. La hembra es otras vidas. No matéis a la hembra vieja, de ella depende la manada.



Capítulo XVII

El comienzo del odio

La guerra entre los hombres la comenzó el joven de Tari, la guerra de los lobos, el lobo blanco del Tallar.

Con las primeras lluvias que preludivan que otros colores llegarían a los bosques y cuando los ciervos machos comenzaron a llenar la noche con sus roncros bramidos, una expedición de cazadores ascendió a los llanos del alto y acampó al resguardo de los farallones de piedra que protegen la fuente de la Tobilla para aprovechar la enloquecida berrea del venado. El nuevo jefe de Tari quería además una gran cornamenta para ponerla en la entrada de su cabaña.

El lugar era propicio y decidieron que lo utilizarían como campamento durante algún tiempo, al menos hasta la llegada del frío. Estaba relativamente cerca de la Roca, y cuando la cantidad de carne era ya importante, se mandaba un mensajero, venían mujeres y algún joven y se la llevaban al poblado. Los cazadores evitaban así la continua pérdida de jornadas de caza y allí en la Tobilla no les faltaba de nada. Habían levantado, pegados a la roca y

aprovechando algunas oquedades, pequeños refugios cubiertos donde extender sus pieles, los fuegos ardían alegres y no les faltaba calor ni comida. Era un lugar propicio.

El lobo del Tallar y todos los lobos de los hombres parecían encontrarse también a sus anchas. Cazaban con los hombres por el día y volvían a por sus raciones de comida a la atardecida. Pero en la noche, encabezados por el lobo blanco, desaparecían. A los hombres no les importaba demasiado. Sabían que no solían andar lejos y, por otro lado, siempre quedaba alguno de los más pequeños, al que ataban, para estar vigilante y dar la alarma si alguien venía.

El Blanquino, el ya poderoso lobo del Tallar, sabía sin embargo qué buscaba. Una deuda de sangre debía ser saldada. Su manada había sido muerta y él ahuyentando. Había sido un lobo desterrado, y la presencia del lobo del Badiel señoreando aquellos cazaderos era una espina que no había dejado de herirle en la entraña. Cada vez que el lobo invasor aullaba, el lobo del Tallar sabía que alguna vez tendría que enfrentar aquel aullido, ahogarlo y expulsar para siempre aquellos lobos invasores. Cierto que los habían hecho correr ante ellos y que ahora, cuando atravesaban su territorio en compañía de los hombres, huían, pero la cuenta pendiente, la deuda de sangre, era entre lobos. Los criados en Tari no lo sabían, aunque el que había nacido sobre la fuente del Jabalí la tenía muy presente. Por eso se llevaba a la manada por la noche y los congregaba en coros de aullidos retando cada luna a su enemigo.

El lobo del Badiel no había permanecido tampoco inactivo al ver invadido su territorio. Había comprobado que los hombres en la noche no se movían del campamento de la fuente y que eran sólo los otros lobos los que salían a aquellas descubiertas de desafío. Primero, cauto, no respondió al reto, pero, reuniendo también a los suyos, se dispuso a dar un escarmiento a aquellos lobos intrusos que olían cada vez más a humano. Un olor que ya no era propiamente olor de lobo.

Durante algunas noches se acecharon y, al fin, una se encontraron en los bordes del navazo. Allí donde la hembra del Tallar había enseñado a matar a su hijo Blanquino. En medio del enorme chaparral se abría aquella pradería, apenas respunteada por algunos espinos salvajes, una pequeña depresión que en invierno se convertía en una somera laguna y que solía aguantar encharcada hasta bien entrada la primavera. Era un lugar muy querencioso

para los corzos que venían a pastar aquellos tiernos y frescos brotes y a encamarse bajo la sombra de los olorosos espinos. También el jabalí aprovechaba las últimas humedades para restregarse en ellas acabando por hacer en las zonas más hundidas revueltas y sobadas bañas.

Los lobos llegaron, con la media luna luciendo arriba, a los dos extremos opuestos del navazo y se observaron, sabiéndose enfrente, sin querer salir todavía ninguno a campo abierto. Lo hizo primero el del Tallar. Rígido, avanzando con las patas envaradas, el hocico adelantado, las orejas alerta y los colmillos desenfundados, enseñando al otro la largura de sus caninos.

El del Badiel repitió el rito y avanzó en idéntica posición hasta estar casi hocico con hocico, diente con diente. Luego giraron, costado contra costado, lomo con lomo. El lobo del Tallar atacó con saña entonces. El gruñido torvo, tanto tiempo contenido, se desparramó en furiosos mordiscos buscando la yugular del enemigo. El poderoso lobo del Badiel, fuerte y macizo, vencedor tantas veces, no supo replicar a tanta saña, a tanto odio acumulado. Pronto se vio que el Blanquino llevaba claramente la iniciativa, que siempre era quien aparecía encima, que al rodar por la hierba era quien más duramente y mejor asestaba la dentellada y quien prevalecía. El lobo badielino, ya casi rehuía, cuando un nuevo ataque le hirió sañudamente en sus ijares. Supo que había perdido y ensayó el viejo gesto inhibitor de la dentellada del enemigo. Hizo ademán de encogerse y retirarse. Con ello tendría que haber sido suficiente. El otro sería el señor de su manada y el padre de las nuevas crías. Pero el lobo del Tallar proseguía en su insania y en su ataque. Quería la sangre. El lobo del Badiel se dio cuenta de que quedaba la huida, abandonar el campo. El otro apenas le perseguiría. Proclamaba su derrota y aceptaba la sumisión ante el nuevo líder.

Logró, como pudo, zafarse de la presa de su adversario y escapó raudo hacia un costado del navazo. Pero en su código no estaba la vesania de su enemigo. Este no le dio tregua y se lanzó tras él con mayor furia todavía y fue a alcanzarlo al lado de uno de los espinos donde los corzos hacían sus camas. Cayó sobre su costado y lo derribó en el suelo. El del Badiel aún intentó apaciguarlo, pero cuando supo que el otro sólo buscaba el cuello, ya era tarde. Su nuca estaba entre los poderosos caninos de su vencedor. Este apretó la presa con la más profunda de las rabias. Crujió un hueso, se quebró una

vértebra y el lobo del Badiel, vencedor tantas veces, dominador de tanto cazadero y tan extenso territorio, rodó entre estertores y pataleos por la hierba ensangrentada.

Los lobos súbditos del badielino permanecían inmóviles. Su jefe estaba muerto. Un nuevo líder había logrado el liderazgo de la manada. Si alguno osaba retarlo habría de ser ahora o someterse. Y nadie insinuó siquiera un gesto mínimo de desafío. Hicieron un primer ademán de retirarse entre los chaparros, pero luego, uno a uno, salieron. El lobo del Tallar permanecía erguido, con las patas rígidas sobre el cadáver de su enemigo. Un lobo macho de la otra manada se acercó casi arrastrándose sobre las tripas y con la cola metida entre las patas. Rendía así pleitesía. El lobo del Tallar pondría su pata sobre él y el otro mostraría después la barriga y orinaría incluso en prueba de absoluta entrega al vencedor.

Pero otra vez el código ancestral fue violado. El lobo que cazaba con los hombres no respetó la petición de tregua. Lejos de ello reanudó su ataque, se lanzó sobre el segundo lobo buscando de nuevo su yugular o su entraña. Y ante el espanto de la manada perdedora, toda la jauría de los lobos de los hombres lo imitaron y se lanzaron de pronto sobre ellos saliendo de los matorrales de enfrente, dispuestos a matar, a no dar cuartel alguno, a no respetar ni señal, ni código ni rendición convenida. Los lobos del Badiel hubieron de huir, los que pudieron, para no ser muertos, en aquella ordalía de gruñidos carniceros que se desató sobre el navazo, donde por primera vez unos lobos no respetaron la rendición a cambio de su vida, por parte de otros lobos.

El lobo del Tallar, el Blanquino de los hombres, no quiso el mando de la gran manada de lobos libres, no quiso su viejo territorio, señorear de nuevo el cazadero, tener madriguera en la fuente del Jabalí o cuidar sus cachorros en la Tejonera. Volvió aquella noche, al frente de los suyos, hacia el campamento de la Tobilla. Los lobos de Tari le entendían como su jefe, pero, en realidad, a quien se sometían todos era al hombre.

Los hombres comprobaron por la mañana que los lobos habían combatido la noche anterior.

—Tienen los belfos con sangre. Han cazado anoche por su cuenta — adelantó un joven cazador.

—No han cazado animales de pezuña. Han peleado con otros lobos. Mira sus heridas. Y han vencido.

Cuando barruntaron la llegada de los fríos y las nieves, hombres y lobos abandonaron el campamento de la Tobilla. En señal de su paso y su dominio ante otros hombres que por allí pudiera pasar, pero también de respeto a otras fuerzas poderosas de los cielos, grabaron en una piedra plana y redonda un sol ardiente y ofrecieron las vísceras de un corzo para que en el regreso al año siguiente les volviera a ser tan propicio. Regresaron a Tari para pasar el invierno. Y no volvieron a oír en mucho tiempo los aullidos de lobos sobre las cuerdas que bordean los llanos en alto. Pero una noche de hielo y luna muy baja de nuevo los sintieron. En algún lejano risco, sobre un viso, un lobo venido de algún lugar remoto lanzaba a todo el espacio su sostenido aullido de llamada. Otras voces de lobo contestaron.

Los hombres de Tari se fijaron en sus lobos. Estos habían salido y se asomaban al borde de la Roca, dirigiendo enveladas sus orejas hacia aquel sonido. El jefe de la Roca esperaba de un momento a otro desde el otero del Chorrillo oír la respuesta del gran macho. Y él lo hizo, solitario. Pero no esperaba lo que hicieron entonces los lobos de Tari. Estos levantaron un coro de réplica. Pero no era un aullido.

Era una voz que a veces habían escuchado a los cachorros, más corta, más contenida. Los lobos de Tari, los lobos del hombre, ladraban.

El odio entre el lobo y el perro había comenzado.

La hoguera

El hombre de Tari se había adormilado, sentado en cuclillas ante el fuego. Había estado largo tiempo mirándolo arder, contemplando la llama y el ascua, y a su calor y caricia sus párpados se habían cerrado. Los abrió de golpe. Sobresaltado. Con el vello de su piel erizado. Pero no era ningún ruido más allá del círculo de su hoguera lo que le había asustado en su duermevela. Lo que sintió fueron los ojos del lobo del Tallar clavados en él. Desde el otro lado de la hoguera, el animal, echado y con la gran cabeza apoyada en sus extendidas patas delanteras, lo observaba fijamente. El hombre sintió los ojos amarillos de la fiera, aquellos ojos con el color de la miel, que brillaban con un destello intenso y ardiente a la luz de las llamas, con la llama reflejándose en el interior de sus pupilas. El hombre devolvió la mirada. Ojo sobre ojo. El lobo la mantuvo un tiempo y luego pareció molestarle, y sin rehuirla del todo, ladeó levemente la cabeza y la esquivó haciendo al mismo tiempo un pacífico gesto al reposar la cabeza y mostrar el cuello descubierto entre su zarpas. Y exhaló, además, un profundo suspiro que pareció salirle de lo más hondo del cavernoso pecho.

Fue ahora el lobo quien entornó poco a poco los ojos hasta cerrarlos por completo.

Salvo ese casi imperceptible movimiento, el lobo y el hombre no habían hecho ademán alguno. El hombre de Tari sí lo hizo ahora. Con una mano se acarició el vello del otro brazo, aquel en que permanecía la cicatriz dejada por aquel lobo padre cuando fueron a matar la camada de la que sólo se salvó el que ahora tenía ante él, hasta que el erizado pelo volvió a atusarse sobre la piel. El hombre lo hizo sonriendo. El lobo del Tallar era ahora y desde hacía mucho tiempo su amigo, su compañero, su olfato y su guardián.

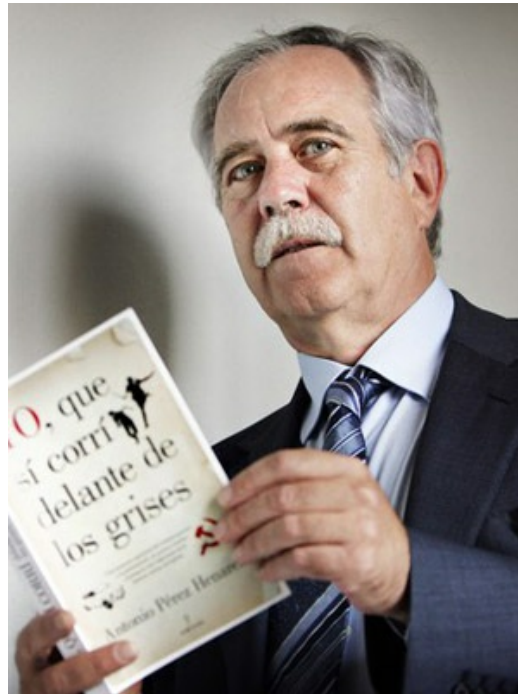
Pero aún pensó, mientras volvían a cerrársele los ojos al calor de la hoguera, ¿había hecho bien trayendo al lobo al fuego del hombre? Y, de repente, otra idea asaltó su cerebro somnoliento. Tal vez el lobo estuviera ahora pensando también si había hecho bien viniendo al fuego del hombre.

La hoguera tremoló un instante en medio de la noche. El aire la agitaba entre el lobo y el hombre.

A cabé de escribir este libro en la cabaña de madera de El Enebral en los montes de Albalate de Zorita, una noche muy fría, en la que el fuego era más rojo y brillaban mucho las estrellas. El amanecer descolgó espesas nieblas que taparon el horizonte de la sierra de Altomira. Quien haya recorrido estas tierras, y sobre todo las de la Alcarria Aba (los «llanos en alto») de mi Bujalaro natal, reconocerá sus paisajes y el origen de algunos de sus topónimos. Me hubiera gustado acabar, como en otros, diciendo que Lord, mi buen perro, está a mi lado. Pero él ya no está. Se fue el pasado otoño, en el que perdí tantas cosas, antes de las grandes nevadas que cuajaron en invierno y regeneraron todos estos paisajes. Está enterrado bajo la más hermosa sabina de estos bosques y son muchos los atardeceres en que subo hasta allí para que me siga, él a mí, haciendo compañía.

El joven Mowgli se pega a mi pierna presintiendo mi desconsuelo. Él continúa el viejo vínculo que recorre todas estas páginas. No somos apenas diferentes ni ellos ni nosotros de cuando nos encontramos y comenzamos a caminar juntos por la tierra.

El Enebral, Albalate de Zorita, Guadalajara



ANTONIO PÉREZ HENARES (Bujalaro, Guadalajara, España, 1953). Es escritor, periodista y viajero. A los 18 años comenzó a trabajar en el diario *Pueblo*, y después estuvo en otros medios como *Mundo Obrero*, *Tiempo*, *El Globo* y la Cadena Ser. En 1989 se incorporó al equipo directivo de *Tribuna*, publicación de la que fue director entre los años 1996 y 1999. DE 2000 a 2007 fue coordinador de Ediciones Especiales del diario *La Razón* de donde pasó al grupo Negocio del que fue director hasta enero de 2012. Incorporado a PROMECAL, editora de una decena de periódicos en las CC. AA. de Castilla y León y Castilla-La Mancha, ejerce el puesto de Director de Publicaciones. Además colabora habitualmente como comentarista político en RNE, TVE, La Sexta, 13 TV, Telemadrid, TV de Castilla y León y otras cadenas autonómicas. Sus columnas pueden ser leídas en *La Razón* y, a través de Europa Press, en más de 40 diarios de toda España. Posee una bitácora, «La Marea» en *Periodista Digital*.

Es autor de *La tierra de Alvar Fáñez* (2014), novela histórica medieval, que ha impactado tanto a los lectores como a los especialistas por su visión sobre la Reconquista y sus figuras emblemáticas, su héroe, Alvar, su primo hermano, el Cid y el rey Alfonso VI, conquistador de Toledo. Era ya

reconocido por su trilogía basada en la prehistoria peninsular, compuesta por *Nublares*, *El hijo de la Garza* y *El último cazador*, así como de *La mirada del lobo* donde recrea el momento en el Paleolítico en que el lobo —origen de todos los perros— y el hombre anudaron un vínculo que perdura hoy en día. Otras de sus obras de narrativa son *Las bestias*, *El río de la Lamia* y *La cruzada del perro* (Premio Tigre Juan), los libros de viajes *Un sombrero para siete viajes* y *El pájaro de la aventura* y los que muestran su emoción con la naturaleza *El diario del perro Lord* y *El sonido de la tierra*. Una de sus últimas obras, *Yo, que sí corrí delante de los grises* es una memoria emocional de los años finales del franquismo que vivió y sufrió intensamente en su comprometida juventud.

Autor igualmente de importantes obras sobre la sociedad española como *Los nuevos señores feudales* (el más importante estudio reciente sobre la propiedad de la tierra), *Nobles y plebeyos* y *La conducta sexual de los españoles*, este último en colaboración con Carlos Malo de Molina. Cuenta en su haber con dos libros de poesía, *Animales, vegetales y minerales* y *El vuelo de la Garza*.